

BIANCA DE SANTIS

Te sigo  
Amando

CUANDO UN RECUERDO  
SE TRANSFORMA EN UNA REALIDAD

# TE SIGO AMANDO

**Empezó como un recuerdo, se transformó en una realidad**

---

---

***BIANCA DE SANTIS***

*Copyright: Publicado en Amazon*

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.*

# CONTENIDO DE LA NOVELA

Capítulo 1: Julián

Capítulo 2: Carla

Capítulo 3: Julián

Capítulo 4: Carla

Capítulo 5: Carla

Capítulo 6: Carla

Capítulo 7: Julián

Capítulo 8: Julián

Capítulo 9: Carla

Capítulo 10: Carla

Capítulo 11: Julián

Capítulo 12: Carla

Capítulo 13: Carla

Capítulo 14: Julián

Capítulo 15: Julián

Capítulo 16: Carla

Capítulo 17: Carla

Capítulo 18: Julián

Capítulo 19: Julián

Capítulo 20: Carla

[Capítulo 21: Julián](#)

[Capítulo 22: Julián](#)

[Capítulo 23: Carla](#)

[Capítulo 24: Julián](#)

[Capítulo 25: Julián](#)

[Capítulo 26: Carla](#)

[Capítulo 27: Julián](#)

[Capítulo 28: Carla](#)

[Capítulo 29: Carla](#)

[Capítulo 30: Julián](#)

[Capítulo 31: Julián](#)

[Capítulo 32: Carla](#)

[Capítulo 33: Julián](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1: Julián

Esa noche sentía una necesidad enorme. Una necesidad que recorría mi cuerpo y mi mente. La de querer tener sexo pronto.

Quizás había tenido sexo con unas cuantas chicas en las últimas semanas, algo que no me parecía mal. De hecho, la noche anterior había estado con una chica con la que la había pasado muy bien, y que se había limitado a pedirme un autógrafo después de la excelente mamada que me había hecho. Me pareció genial que solo me pidiera eso.

De todas formas, ya era otra noche y necesitaba sexo otra vez. Quería desahogarme después de los días intensos que había tenido. Sentía esa necesidad de buscar una chica alocada, una mujer que yo no conociera, y pasar una noche de locura con ella. Pero no sabía si ese era el mejor lugar para encontrarla.

El Bar de las Estrellas había sido el último lugar en el que pensé que estarían los otros jugadores de básquet. Era un lugar aceptable, sin muchas pretensiones, con unas cervezas de mediocre calidad, pero era el sitio favorito de Alberto y Gustavo. Entonces fuimos.

En cualquier caso, desde mi cambio de equipo de las Panteras de Las Moras a los Tigres, había estado alejado de las discotecas y los bares, así que ellos estaban más actualizados que yo sobre los lugares de moda.

Ese era un bar pintado con tonos bastante oscuros que afectaban mi visibilidad. Sus pocas sillas y mesas eran de madera rústica, sus paredes eran de bloques poco pintados y los televisores colgados en la pared mostraban los juegos en vivo. Sobre nosotros, en el techo, brillaban muchas luces de neón que me hacían sentir como si estuviera en otra época.

Sin embargo, cuando nos sentamos a tomar algo me sentí mucho mejor. A nuestro alrededor estaban nuestros fanáticos, las personas que adoraban nuestra forma de jugar y pagaban por entrar a ver nuestros partidos, y eso me hizo sentir mucho mejor que si estuviera con nuestros compañeros de equipo o nuestros rivales.

Y ese buen ánimo era algo que no sentía hacía muchísimo tiempo.

Con mucha calma, conversé con mis amigos mientras tomaba mi cerveza. Era consciente de que estábamos en las semanas de entrenamiento, lo que nos obligaba a practicar y estar en forma todo el tiempo, así que debía ser muy cuidadoso, tomando en cuenta mis antecedentes. Fui suspendido toda una temporada por mis errores fuera y dentro de la cancha. Adicionalmente, al comienzo de esa temporada no estaba en buen estado físico. Sabía que la suspensión por mi vida personal me había hecho sentir muy mal.

Y esa decepción era la que me había llevado a que me cambiaran de equipo. Después de golpear a un rival en pleno juego. Pero no podía reaccionar de otra manera después de que me dijo que había tenido relaciones con mi novia. Después de eso, no volví a jugar por el resto de la temporada. Así que para los dueños del equipo fue más fácil negociar conmigo tras esos sucesos.

¿Sentía que me habían dejado a un lado o que estaba triste por todo?

Para ser honesto, sí.

Pero tenía las ganas de volver a mi antiguo hogar. Nací y crecí en un suburbio de Ciudad del Parque. Fui a la universidad del estado y jugué básquet para ellos, antes de ser contratado por las Panteras y que iniciaran una investigación sobre mi comportamiento.

Y aunque pensé que me sentiría renovado y feliz de volver a Ciudad del Parque, la sensación era muy distinta. Todos me rechazaban de alguna u otra forma y mis viejos amigos me evitaban por los errores que había cometido con mi antiguo equipo. Era como si me hubieran incluido en una lista negra de personas a ignorar.

Pensé que querrían que llegara arrodillándome ante todos y me excusara por mi forma de actuar. Pero no lo haría. Más bien les diría: “Mírenme, soy el mejor jugador”.

Tenía la convicción de que mis nuevos compañeros tenían dos opciones: aceptarme con mi pasado o ignorarme completamente. Al parecer, habían escogido la segunda opción. Pero había tiempo todavía para que me aceptaran.

Apenas entrenábamos para el inicio de la temporada. Sentía que podrían estar a gusto conmigo antes de que empezaran los juegos. Mis fanáticos siempre me decían que era una persona extrañamente encantadora, y esperaba que mis

compañeros notaran también ese encanto misterioso, además de ver cómo podía jugar: como el mejor de todos los tiempos.

Gustavo y Alberto conversaban y bromeaban. Sin duda alguna, se la llevaban muy bien dentro y fuera de la cancha. Eran un par de excelentes jugadores. Si bien todos los jugadores de básquet se esforzaban por cultivar amistades para facilitar el juego, Alberto y Gustavo se la llevaban mejor que muchos de los jugadores que conocía. Se visitaban en sus respectivas casas y preparaban almuerzos familiares mientras veían un partido. La esposa de Alberto simpatizaba mucho con la novia de Gustavo.

Pero me costaba confiar en ellos, a pesar de lo amistosos que eran. Eran amables conmigo todo el tiempo, pero no sabía si considerarme su amigo. Y estar en ese bar no me ayudaba a sentirme más compenetrado con ellos.

Pero mis ganas de volver al básquet me llevaron a tratar de abrirme más con ellos y luego con el resto del equipo, de tal manera que apreciaran mi presencia y amaran mi juego. Tenía la sensación de que lo lograría.

"¿Qué te parece el equipo?", me preguntó Alberto.

Alberto era uno de los mejores de los Tigres.

Tomé un trago y medité mi respuesta. Quería ser educado, pero sinceramente aún me costaba verme a mí mismo como parte del equipo. Eso me incomodaba.

"Me parecen un equipo muy competitivo y me alegra que ahora formaré parte de él".

Alberto rió. "Parece que sabes cómo responder con educación", me dijo. "¿Crees que podrás llevarte bien con todos?", me preguntó. Me había descubierto.

Encogí mis hombros y me dispuse a responderle.

"Bueno, con los jugadores no", le respondí con crudeza en mi voz. "Pero sí creo que no me aceptan aún. De todas formas, no es algo que me preocupe ahora. Necesitaré unas semanas para que vean lo que puedo hacer por el equipo".

Alberto y Gustavo asintieron.

"Bueno, seré sincero contigo", dijo Alberto. "Si te portas mal, el equipo va a

ignorarte, lo cual es una cagada, porque todos hemos cometido errores y la prensa los muestra sin pudor, pero así es la vida. Estarás bien si te portas bien, créeme".

"Sí", añadió Gustavo. "Los dos tuvimos enredos con mujeres y los pagamos. Para ti no ha sido tan difícil, por suerte".

Tomé más cerveza y asentí, sin agregar nada más a la conversación. Evité contar toda la historia, los cargos que enfrenté, mi reacción desmedida en la cancha y mi suspensión. Lo había hecho por mi novia. Ese jugador se había acostado con mi novia.

Se había metido conmigo... y también se había metido en la vagina de Lucía.

*Era suficiente para joderlo.*

"Isabel quería llevarme por buen camino", dijo Alberto. "pero por más que lo intentaba, más errores cometía yo. Sentí que mi vida se iría al demonio, y todo por las mujeres".

Gustavo asintió. "Pero ahora están felizmente casados y tienen un bebé. Créeme, todo estará bien contigo".

Les sonreí para agradecerles. "Gracias por sus palabras de aliento", les dije.

Hablaba con gentileza, aun sabiendo que las mujeres no eran mi tema de conversación favorito. Especialmente con ellos, cuyos problemas con las chicas habían sido publicados en todos los periódicos nacionales.

Simplemente no me gustaba hablar de mujeres. Lucía y yo tristemente ya no estábamos juntos. Y no había sido por mi culpa. Ella había decidido buscar otro pene. Así de sencillo. Y por todo eso, mi vida sentimental era un desastre, tenía una terrible fama y no sabía si podía recuperar mi carrera.

Pero me alegraba que Gustavo y Alberto tuvieran lindas parejas y sus relaciones fuesen estables. Se lo merecían. En mi caso era diferente. Lo único que necesitaba era una mujer con la cual pasar la noche.

Entonces vi a una hermosa mujer en la barra. Solo se fijaba en mí con sus exuberantes ojos verdes. Su cabellera era increíblemente larga y dorada. Ya podía excitarme al imaginar esa inmensa cabellera regada por mi abdomen cuando se montará sobre mi pene para cabalgarlo o sus ojos verdes como el bosque viéndome con malicia mientras me lo mamaba.



Con sus curvas tremendas seguí pensando cómo sería tenerla en mi cama. Vi mis manos apretando sus caderas y su culo arriba y abajo, mientras la penetraba y ella gemía hasta quedar sin aliento. Me imaginaba a mí mismo haciéndole las cosas más perversas, aunque trataba también de pensar en su personalidad. Pero con su sexy ropa, una falda extremadamente corta y una blusa que mostraba casi todas sus tetas, era evidente que no quería mostrar su personalidad sino su cuerpo.

En un momento pensé que la conocía de algún lugar. Quizás era una fanática extrema, de esas que nos seguían para ver dónde nos divertíamos. Y si ese era el caso, era mejor para mí. Tendría unas ganas gigantescas de acostarse conmigo.

"Voy a la barra un momento. Espero que me disculpen".

Gustavo me miró y asintió. Alberto miró hacia la barra y luego sonrió. Me sentí bien por su silencio. Ambos tenían sus parejas hacía muchísimo tiempo y no saldrían a buscar mujeres. Pero yo sí tenía que buscar alguna presa en el bosque para saciar mi hambre.

En Ciudad del Parque había mujeres muy hermosas, incluso más hermosas que en muchos otros lugares. Mi intención era buscar mujeres y encontrarlas rápidamente, así como me desharía de ellas también rápidamente. Para mí, ya no había espacio para una chica con la que quisiera quedarme el resto de mi vida, como sí querían hacer Gustavo y Alberto. Una vez lo había intentado y todo había salido mal, y ahora me arrepentía de esa equivocación. No volvería a cometerla.

Para mí, lo mejor era acostarme con mujeres y olvidarlas lo más rápido posible. Y la siguiente era esa hermosa chica en la barra que se mostraba dispuesta a todo.

Esperaba que no quisiera buscarme una y otra vez después de hacerle el amor. Cuando eso pasaba con una chica, no me gustaba para nada. Quería solamente desnudarla, hacerle lo que se me antojara y luego despedirme de ella.

Así lo había hecho siempre y esa vez no sería diferente. Ya iba a acostarme con esta chica, y pude ver de su cintura para abajo. Sus piernas se veían igual de hermosas que el resto de su cuerpo.

## Capítulo 2: Carla

Le escribí un mensaje a mi mejor amiga, Isabel. *No te imaginas dónde estoy justo ahora.*

Ella me respondió de inmediato. *¿Estás diciéndome que saliste sin mí?*

*Puedes venir. Pero no vengas a burlarte de mí. Mariana me trajo a un bar deportivo. Dice que este es el mejor lugar porque aquí vienen todos los deportistas. ¡Pero preferiría que vinieras y pasáramos una noche de chicas!*

Respondió de inmediato otra vez. *¡Cómo quisiera ir! Alberto salió con Gustavo. Estoy en casa con Enrique.*

"Vaya, qué asco," dije, girando para ver a Mariana y mostrándole el mensaje de Isabel. Hacía tiempo que conocía a Mariana, así que también conocía a Isabel. Ahora que Isabel tenía a Enrique era más difícil que saliéramos todas a pasar una noche de chicas. "Son los beneficios de ser madre", le dije a Mariana.

"Y los beneficios de ser soltera", agregó Mariana.

Levantó su bebida para que brindáramos.

"Brindo para que seamos solteras para siempre", me dijo.

Mariana estaba ya un tanto borracha. Había tomado mucho, tanto que no sabía cuántas bebidas llevaba. Unos chicos guapos se habían acercado a nosotras con cierto interés y nos habían comprado bebidas toda la noche. Para ella, eso mostraba que había tomado la decisión correcta al sugerirme ir a ese bar. "Está lleno de deportistas con ganas de comprar bebidas para nosotras, que solo somos dos", había dicho.

Tenía razón. Bebimos mucho gracias a los deportistas que nos obsequiaron los tragos. Pero yo tomé con más calma. No estaba acostumbrada a beber, a diferencia de Mariana.

Brindé, pero fruncí mi ceño.

"No sé", le dije. "No quisiera estar soltera todo el tiempo, aunque me siento bien. Lo que sucede es que hace mucho que no tengo... ya sabes".

Sentí un poco de vergüenza al confesarle a Mariana esa noticia. Pero la necesidad de estar con alguien era terrible.

"¿Por qué?", preguntó.

"No tengo idea. Las pocas citas que he tenido últimamente han sido horribles, para ser honesta contigo".

Encogió sus hombros con tranquilidad.

"No tienes que tener citas", me dijo. "Busca a un tipo que esté bien bueno y acuéstate con él".

Me sorprendió su respuesta. "¿Cómo dices?".

"Lo que acabas de oír", me dijo. Ya se había fijado en un hombre que estaba en la esquina izquierda del bar. "Siempre lo hago. Vivimos una época de modernidad. Tenemos la libertad de acostarnos con quienes queramos, así como hacen los hombres".

Se fijó de nuevo en el tipo de la esquina y le guiñó un ojo. Sospeché que en cualquier momento me demostraría su teoría y se iría con él.

*Mariana cree que debería buscar a un chico guapo y acostarme con él, escribí en un mensaje a Isabel y se lo envié.*

Esperé la respuesta de Isabel con ansiedad. Ella seguramente me convencería de lo contrario. Pero en mi celular apareció su respuesta, muy distinta a la que esperaba.

*¡Hazlo! Un día estarás en casa esperando que tu bebé se duerma, y recordarás cuando estuviste en un bar y tuviste sexo con alguien que acababas de conocer.*

Me pareció un chiste. ¿O no lo era? Me inquieté con esa respuesta que me había enviado. Le pregunté a Mariana su opinión sobre la respuesta de Isabel, pero el tipo ya estaba en nuestra mesa y nos saludaba con un efusivo "¿cómo están?".

*Mariana, no hagas esto, pensé, pero ya estaban tocándose mutuamente. Ya daba señales claras de querer avanzar. Unas señales que los hombres siempre recibían con gusto.*

"Carla, ¿crees que...?".

"¿Puedo quedarme sola aquí, en un bar, rodeada de extraños?", le pregunté, sonriendo con ironía. "Por supuesto que sí. Anda".

Quizás había notado mi ironía, pero igual se levantó. El chico en cuestión se acercó más, la levantó de la silla y se la llevó. Ella estaba contenta.

"Tranquila", dijo ella a modo de despedida, dándome un beso en cada mejilla. "Busca a alguien para tener sexo. No lo pienses tanto. ¡Inténtalo y te divertirás! Créeme. Soy tu amiga".

"Pásala bien", le dije.

Me convenció con sus palabras, así que miré por el bar en busca de un hombre atractivo. Al fondo, un chico atlético llamó mi atención. Parecía un modelo de comerciales de perfumes. Por el Dios de los cielos. Era hermoso.

Con la poca luz del bar se me dificultaba verlo, pero no me quedaban dudas, el tipo estaba jodidamente bueno. Era bastante alto, con sus enormes pectorales perfectamente configurados y sus piernas esculpidas. Algo en él me hizo sentir que lo conocía de alguna parte.

Me miró con malicia. Yo vi hacia otro lado y luego lo observé de nuevo. Sin darme cuenta, le sonreía indiscretamente.

*Vaya.*

¿Iba a hacerles caso a mis amigas? ¿Saldría con un completo desconocido?

Lo vi y entonces recordé de dónde lo conocía. Mi estómago se estremeció.

*¿No es Julián Contreras?*

No. Debía ser otra persona. Quizás estaba confundida. Él y yo habíamos perdido contacto desde que nos graduamos en la secundaria. Era el mejor amigo de mi hermano Iván.

Iván y Julián habían sido muy amigos en la secundaria y luego en la universidad, donde habían jugado para su equipo de básquet. Julián había sido elegido para continuar en el equipo, pero Iván no. Algo pasó entre ellos después de eso que había roto su amistad.

Volví a mirar, esta vez con más calma, y alguien muy parecido al esposo de Isabel, Alberto, estaba acompañándolo.

Le envié otro mensaje de texto a Isabel: *¿Alberto está en El Bar de las*

## *Estrellas?*

Quise esperar su respuesta, pero ya el extraño iba en mi dirección. Quería hablar conmigo. Corrección: quería *lucirse* para mí. Y vaya que se lucía.

Algunos tatuajes poderosos se asomaban por su camisa y subían hasta su cuello. Otros más se mostraban en su muñeca y sus manos. Este era un hombre muy distinto al Julián que conocí en la secundaria, si efectivamente era el mismo, pero no era de extrañar, pues había sido un adolescente muy irreverente.

Recordé que muchas veces tuve sueños húmedos con él, pero siempre me ignoró. Para él, era la hermana de su mejor amigo, y su tiempo transcurría entre el básquet y las animadoras de su equipo. Mi tiempo transcurría entre los libros y la matemática. Él no me notaría jamás, pero cómo me hubiera gustado que, al menos, me besara.

Siempre me pregunté cómo sería un beso suyo. "Bésame en la boca", le hubiera dicho. Era una forma de invitar a los chicos a besarnos en esa época. Luego lo dejaría tocarme los senos, la vagina... o que me hiciera más cosas.

Llegué a tocar mi cuerpo en la madrugada pensando en Julián. Mientras me tocaba, pensaba en él encima de mí, poniendo su atlética mano dentro de mi falda, tocando mi vagina y luego avanzando con sus dedos. Me tocaba más y más mientras me lo imaginaba chupándome las tetas y luego la vagina. Incluso me vine muchas veces mientras me lo imaginaba penetrándome.

Ahora, él venía hacia mí.

Entonces dejé de pensar como una mujer racional y empecé a actuar como un animal, como mis amigas me habían recomendado. Este chico, cada vez más parecido a Julián Contreras, se acostaría conmigo y luego no volveríamos a vernos. Y nadie lo sabría, especialmente Iván, que había tenido problemas con Julián.

¿Pero qué hacía él en Ciudad del Parque, si jugaba al otro lado del país? Bueno, lo había buscado en internet. Su equipo había entrenado aquí, con el equipo local. Esto podría ocasionarme problemas, ya que Alberto me conocía, podría contarle a mi amiga Isabel y ella podría considerarme una zorrita, aunque Mariana dijo que los tiempos habían cambiado.

Pero seguramente Isabel no se molestaría si me acostaba con Julián. Además,

era el momento de dejar de pensar en los demás y empezar a pensar en mí. Mi cuerpo empezaba a enviar señales de excitación, así que debía acostarme con este chico tan sexy que había conocido en la secundaria, y luego continuar con mi vida, feliz de haber tenido sexo casual sin tener que preocuparme por nada.

## Capítulo 3: Julián

Fui a la barra. Estaba contento de sentarme al lado de esa esbelta mujer. Ella me vio de pies a cabeza, detallando todos mis músculos. Por mi parte, solo me fijé en sus hermosos y profundos ojos verdes.

"Eres una linda chica. ¿No deberías estar en otro lugar?", le pregunté.

Ella rió con mis palabras. "¿Me lo dices en serio o como una broma?".

Encogí mis hombros.

"Parece que no sueles ser un hombre muy elocuente con las chicas, ¿cierto?", me preguntó, y una sonrisa leve se apareció en mis labios.

Era agradable y preciosa por donde la mirase. Estaba jodidamente buena. A las mujeres les encantaba mi personalidad, a diferencia de mis rivales en el básquet. Con mis encantos podía acostarme con cualquier mujer, como lo haría con esta chica.

La chica de nombre desconocido se inclinó hacia atrás y llevó su pecho hacia adelante, con lo que sus senos se mostraron más rebeldes que nunca. Contuve el aliento y obligué mi mirada a permanecer sobre sus ojos. "Quizás contigo seré elocuente", le dije.

Me acerqué a su cara. Me miró con malicia, pero también con un dejo de inocencia. Entonces recordé que la conocía.

"Eres Julián Contreras, ¿cierto?", me dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

"Me descubriste", le dije. "Y tú eres Carla Querales, la hermanita de mi amigo Iván".

En la secundaria, esa chica era muy diferente, con cabello despeinado y ropa ancha todo el año. Los años la habían favorecido. Ahora era una mujer tan hermosa que incluso me costaba creer que era la misma persona.

"Sí, lo soy", dijo ella entre risas.

Me sentí tranquilo al ver su reacción, pues todo lo que quería era llevarla a una cama cercana y cogerla sin parar. Tuve miedo por un momento de que se alejara de mí cuando supiera quién era.

Y ciertamente esa circunstancia me hizo más difícil hablar. Sin embargo, mi

excitación era tan grande que no podía retroceder ni un paso en ese punto.

"¿Te gustaría que nos fuéramos de aquí e hiciéramos el amor?", le pregunté crudamente.

Seguir conversando o tomar algo era inútil. Yo sabía lo que quería hacer y ella también había ido al bar por lo mismo. Era importante para mí dejarle claras mis intenciones de inmediato, en lugar de que pensara que quería tomar unos tragos como un viejo amigo reencontrándose con ella después de mucho tiempo.

Encogió sus hombros y me miró con calma.

"De acuerdo", me dijo, y posó sus hermosos ojos sobre los míos.

Si una mujer está dispuesta a acostarse contigo de inmediato, en el baño de un bar o en el lugar más cercano, para mí está claro qué tipo de mujer es. Pero eso era secundario para mí. Yo actuaba de la misma manera, así que no podía juzgarla. Ni a ella ni a nadie.

"Lo haré con la condición de que no le cuentes a Iván", me pidió.

"Está bien", le dije. "Lo que pasa aquí, aquí se queda. Además, saldremos de aquí y será como si nunca hubiese pasado", le dije.

"Me parece bien".

Saber que saldríamos del bar y no nos importaría lo que acabara de pasar era otra razón para convencerme de hacerlo. Sus sentimientos ya no me afectarían, así que lo que pensara me daría igual. De todos modos, mis sentimientos también estaban rotos.

Fuimos al baño de mujeres. Los revisó todos para cerciorarse de que no hubiera nadie, y luego cerró la puerta.

Con rapidez le saqué el sostén y puse sus senos perfectos sobre la parte superior de su camisa. Subí su falda hasta su cintura y bajé sus bragas. Era escultural, muy bien proporcionada. Su cabello dorado cayó hasta su trasero. Ya mi pene empezaba a latir y noté el esplendor de sus pezones y la belleza de sus redondos pechos.

Sí, aunque me costara mucho creerlo, era la misma chica que en secundaria usaba camisetas negras de grupos de rock y shorts playeros. El tiempo había pasado, y ahora solo quería sexo.



Entonces sentí que perdía tiempo entre mis pensamientos. Tenía un cuerpo escultural y bien moldeado, que podría ver durante horas, pero no podía perder tiempo en ello. ¿Por qué mirarla cuando puedo tocarla por donde me plazca? ¿Lamerla hasta el fondo? ¿Cogerla hasta acabar?

Decidí dejar de pensar y sacudirme entre su cuerpo. Con rapidez llevé mi lengua a su vagina y la chupé. Ella sintió el placer, pero se abstuvo de gemir, para que no nos sorprendieran. Llevó su pierna hacia mis hombros. Seguí chupando su clítoris y llevé mi lengua hacia el interior de su vagina húmeda.

"Qué rico", dijo. Gimió suavemente y su cabeza quedó levemente inclinada. "Acabaré pronto si sigues así. Me dejarás sin aliento".

Sus palabras llenas de malicia me excitaban. Se notaba en su tono de voz que estaba feliz de encontrarse con alguien en un bar, aunque fuese un conocido de la secundaria, tener sexo con él y luego desaparecer de su vida. Necesitaba sexo, se le notaba, y era bueno para mí ser útil en esa situación. Entonces quise que ella también me complaciera.

Saqué mi pene erecto y lo llevé a mi cintura. Quedó arrodillada y dispuesta a lamerlo con furia. Abrió su boca y sin dudarlo atraje su cabeza hacia mis bolas.

Casi me vengo cuando abrió su exquisita y cálida boca para lamer todo mi pene. Pasé mis ojos por los suyos y luego me detuve en su cuello y sus tetas. Chupó mis bolas y luego subió, llevándome casi al orgasmo.

"Sabes lo que haces", le dije. Retiré su boca de mi pene, aunque me hubiera gustado dejarla allí, pero quería penetrarla. "Es hora de hacerlo".

Ya estaba lista. Yo lo sabía por la humedad en su vagina. Yo también estaba listo. Ya había lamido mi pene. Necesitaba sacar todo mi semen. Pero para hacerlo, debía estar seguro.

En mi bolsillo tenía un condón y lo saqué. Me lo puse sobre mi pene, aunque sabía que eso rompía la emoción. Debía hacerlo pues no sabía con quiénes había estado ella. Me esperó temblando, dejando entrever su necesidad.

La llevé contra la pared. Con furia, levanté una de sus piernas. No pasó mucho tiempo para que pudiera penetrarla. Había tanta humedad en la entrada de su vagina que un gemido escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo. Contemplé la expresión de placer en su cara mientras empujaba para salir y

entrar de su cuerpo.

Fui con fuerza sobre su vagina. La sensación de placer era inmensa.

"Lo haces espectacular", dijo entre gemidos.

"¿Te gusta que te penetre?", le pregunté.

"Me encanta", dijo. Claramente hablaba en serio. "Lo tienes tan grande que llega hasta el fondo de mí, y eso me encanta".

Tenía toda la razón. Entonces azoté su culo mientras seguía empujando en su vagina.

"Te mereces un castigo por portarte mal", le dije mientras le propinaba suaves golpes en sus nalgas. Ella gritaba con cada golpe, pero sentía placer. Un placer que se notaba en sus pezones duros y su vagina apretada. "Pero tu vagina se siente muy bien".

"Sí, merezco esos golpes. Dame duro", gritó. Sentí que sus palabras salían sin que ella lo pensara, abrumada por la excitación y la necesidad de ser golpeada. Quise empujar con más fuerza, impulsado por el placer de escuchar esas palabras y su afán de ser azotada en cada nalga.

Miré su vagina humedecida y su culo ya enrojecido por los golpes. Había olvidado cuándo había sido la última vez que había tenido un sexo tan bueno. ¿Quién iba a pensar que tendría sexo casual en el baño de un bar con la hermana de mi mejor amigo de la secundaria?

Volví a toquetear su clítoris mientras sus gemidos salían de su boca uno tras otro.

"Soy una chica muy mala", dijo ella. "Te vi afuera y quise que me cogieras como quisieras. Sabía que tu pene me dejaría completamente satisfecha".

"Sí", le dije, golpeando con mucha suavidad su clítoris mientras empujaba dentro de su vagina. "Yo sabía que querías que te cogiera".

"Siempre lo he querido", me dijo ella, y quedé sorprendido.

Me gustó oírlo, aunque noté cierto rubor en sus mejillas cuando lo dijo.

"Por Dios, Julián", gritó. Se vino y sus manos acariciaron mi cabello. "Qué rica sensación".

Toqué sus pezones y jugué un rato con ellos mientras ella recobraba la

respiración. Cayó sobre mi pecho, agotada pero feliz de haber llegado al orgasmo.

Me sentí feliz de haberle dado placer. Un placer que se notaba que no había tenido hacía muchísimo tiempo. Fui hacia sus pezones de nuevo y luego recorrí su cintura hasta llegar a su clítoris. Actué como si fuese su dueño, como si reclamara lo que era mío después de muchos años.

Seguía sobre mí, a pesar de que ya había acabado. Sin duda, era una amante gentil. Quería seguir dándome placer después de todo. Yo seguía dentro de ella, buscando mi propio orgasmo, mientras ella dejaba caer sus tetas libremente sobre mí. Su vagina seguía caliente. Quise seguir así, dándonos placer, pero recordé que mi intención inicial era tener sexo bueno y rápido. Iría en contra mi personalidad el querer seguir sobre ella

Una sensación de atracción llegó a mi pene. Era como si su vagina tratara de ayudarme a venirme. En ese punto no lo necesitaba, pero sí pude sentir más placer. La sorprendí más cuando introduje uno de mis dedos en su culo hambriento.

"Cielos...", dijo ella. Lo dijo de una forma tan cándida que estuve a punto de estallar.

Al hablarme de esa manera, supe que no solía actuar de esa manera, buscando extraños en bares para tener sexo con ellos. Tampoco había estado con hombres que supieran complacerla. Básicamente, nunca había tenido relaciones con un buen amante como yo. Y cuando metí mi dedo en su culo, supe que tampoco había estado con muchos hombres.

Pensé en todas esas cosas y me vine. Se me hizo inevitable al escuchar su tono de voz. Mordí su cuello mientras su cabeza se inclinaba hacia mí. En unos segundos, todo mi semen cayó sobre el condón.

Retiré el condón y lo dejé caer en una papelera. Un leve sonido de placer, apenas audible, escapó de sus labios.

Me contuve para no mirarla y así no verla desnuda otra vez, aunque me hubiera gustado deleitarme con su cuerpo nuevamente.

Estaba tratando de impedir esa sensación de fragilidad, de sentir que mostraba mi alma a una mujer. No me gustaba para nada esa sensación, pues una vez mostré mi alma a una mujer y sufrí las consecuencias de que todo saliera mal.

Entonces tuve temor de mirarla y no poder detenerme. Sí, quise mirarla y excitarme, cogerla otra vez, y otra, y otra.

*Parece que es hora de calmarte.*

Quizás pensaba en tener sexo con ella otra vez porque, a fin de cuentas, no era una extraña. Nos conocíamos desde la secundaria. Pero el sexo había sido *muy* bueno, y pensar en ello estaba sacándome de control.

Por fin pude verla de nuevo. Ya se había puesto la blusa y estaba colocándose su falda. Recogió su hermoso cabello, se aplicó algo de maquillaje, lo que me hizo recordar que la había besado mientras lo hacíamos, cosa que no solía hacer, y me sonrió con tranquilidad.

Pensé que querría un autógrafo, como la última chica que se acostó conmigo. Quise decirle que no lo hiciera, para no sentirme ofendido, pero no lo hice.

Sin embargo, no me pidió nada de eso. Más bien sonrió y dijo: "Voy a terminar de maquillarme. No me esperes. Puedes salir si quieres".

"Por supuesto", le dije. "Me encantó estar contigo".

"A mí también". Volteó y se concentró en su cara.

*Vaya.*

Esta chica se había acostado conmigo y ahora me pedía que me marchara. Generalmente era yo quien las despedía sin pensarlo.

*Debe ser por eso que aún quiero cogerla*, pensé. Salió del baño y me ignoró. Por alguna razón, siempre queremos lo que no podemos tener. Quizás ella lo sabía y por eso actuaba así. De todos modos, no sería buena idea acostarnos otra vez.

Iván *no* quería saber de mí. Y si sabía de nuestro encuentro, se molestaría mucho. Este era un tema prohibido, por lo que seguramente me causaba tanto placer. Era como un tabú.

*Sí, debe ser eso*, me dije para convencerme, mientras Carla iba delante de mí y se marchaba para siempre. *Es imposible que sea porque es la misma chica del pasado y ahora es la más sexy del mundo, o porque te causó el mayor placer que hayas tenido hasta ahora, con su vagina deliciosa y sus tetas esculturales.*

*Si sigues diciéndote eso, tal vez te convenzas en algún momento, Julián. O quizás logres olvidar esa extraña sensación que tuviste cuando la cogías. Una sensación que te niegas a sentir hace muchos años. Solo que ahora es más fuerte.*

## Capítulo 4: Carla

Una vez que le conté todos los detalles de mi alocada experiencia a Isabel, volví al trabajo. No me quedaban dudas: había sido una charla *muy* interesante.

"¿Hablas en serio?", me dijo casi gritando. "¿Era amigo de Alberto? ¿Alguien que juega con él?"

"No, al menos hasta donde sé", le dije. "Me parece que juega en otro equipo. Pero como entenderás, no le pregunté mucho sobre su vida. No sé qué hace aquí ni cómo conoce a Alberto. Me pareció un tipo muy guapo y decidí tener sexo con él en el baño del bar. Y Mariana dice que ya no deberían decirnos putas por hacer eso. Según ella, ‘estos son tiempos modernos y podemos hacerlo cuantas veces queramos’”.

"Bueno, yo *nunca* pensaría que eres una zorra o una puta", insistió Isabel. "Me casé, sí, pero no juzgo a nadie ni soy anticuada. Me parece bien que decidas hacerlo sin pensar en las opiniones de los demás. ¡Y además fue con el amigo de la secundaria de Iván! ¿Qué va a hacer cuando se entere?"

"No quiero que se entere", le dije. "Julián y yo prometimos que mantendríamos el secreto. Nadie lo sabrá. Bueno, sin tomarte en cuenta a ti".

"Claro, amiga".

"Lo que quiero decir es que tú eres *alguien*", le dije para aclarar mientras reíamos. "Y eres alguien en mi vida, una amiga importante para mí, que conoce todos mis secretos. Entonces no te tomé en cuenta en cuanto a la promesa que nos hicimos Julián y yo en el bar, eso de que lo que pasa en el bar, se queda en el bar".

"Le preguntaré a Alberto qué sucede con Julián y por qué está aquí. Quizás le pregunte cuánto tiempo estará por esta zona. Si decides acostarte con él de nuevo, quizás puedas hacerlo".

"No, eso no es necesario", le dije. "Te lo agradezco porque me daría placer estar con él, pero..."

Pensaba cómo sería estar de nuevo con él, pero quise desechar esos pensamientos rápidamente. No era una buena idea estar con él después del pacto que hicimos, pero una parte de mí sí quería hacerlo nuevamente.

"Es que no quiero que la gente empiece a soltar rumores sobre mí".

"Bueno, Alberto no ha mencionado nada y no creo que lo haga", dijo Isabel, y yo respondí con prisa.

"Sí, lo sé", le dije. "Él sabe cómo guardar secretos. Fíjate, calló todo lo que pasó entre ustedes"

Ella rió a carcajadas.

"Quiero que quede atrás", le dije. "Prefiero que eso permanezca enterrado y no traer eso a mí presente".

"Respeto tu decisión. Puedes estar tranquila", dijo Isabel. En mi mente, quise creer lo que decía.

Era hora de enfocarme en mi trabajo. Isabel y yo habíamos estudiado la misma carrera, Relaciones Públicas, y cuando nos graduamos empezamos a trabajar inmediatamente. Ella tuvo éxito. Trabajó con clientes importantes y se hizo famosa. Yo no tuve la misma suerte. Trabajaba cuando me lo pedían, tenía un grupo de clientes poco conocidos y ganaba poco dinero.

Sin embargo, no me quejaba. Prefería tener un bajo perfil mientras hiciera lo que me gustaba. Ayudaba a mis clientes con comunicados de prensa, discursos, charlas y apariciones públicas. Los orientaba para que tuvieran buenos resultados, pero casi siempre me mantenía detrás del telón.

"Hola". Luis me saludó después de fotocopiar algunos documentos. "El señor Vázquez quiere verte".

Asentí y le agradecí la información.

Me levanté y fui a la oficina de Vázquez. Desde el principio de mi carrera había trabajado para él y siempre había sido un jefe agradable.

"Hola, Carla. Por favor, siéntate", dijo cuando entré en su oficina. "Me gustaría incorporarte a un nuevo proyecto".

Me senté como me pidió. Su noticia me causó ansiedad. Trabajar con nuevos clientes siempre me emocionaba. Podía estar con ellos desde el principio y

ayudarlos con sus objetivos, lo que me parecía excelente.

El señor Vázquez me entregó un documento. "¿Sabes quiénes son los Tigres de Ciudad del Parque?", me preguntó.

Me sorprendí con lo absurdo de su pregunta. Claro que los conocía.

Mi mejor amiga era la esposa de un jugador de ese equipo. Y no solo eso: eran el equipo local de la Liga Nacional de Básquet Profesional. Y yo había tenido relaciones en el baño de un bar con un jugador de básquet de esa liga.

*Bueno, no importa*, me dije.

Me molestó que el señor Vázquez me preguntara si sabía quiénes eran. Quizás me lo preguntó por ser mujer, pero a esa altura no importaba. Parte de mi trabajo era saber un poco de todo.

"Sí. Son un equipo de básquet", le dije.

El señor Vázquez asintió. "Así es. Y uno de sus nuevos jugadores necesita ayuda".

Mi agenda estaba llena de empresas locales que necesitan ayuda, no de equipos de básquet profesional. Mis clientes no eran famosos.

"¿Y me das esto por...?", le pregunté.

"Bueno, porque has trabajado duro. Creo que mereces un cliente así", dijo el señor Vázquez.

Lo vi con cierta incredulidad. Era un cliente de alto perfil si jugaba básquet en la liga profesional. En síntesis, para mí era como un ascenso.

"Le agradezco la oportunidad, señor Vázquez", le dije.

El señor Vázquez asintió. Sonrió y se fijó de nuevo en su computadora. Me retiré de su oficina, sabiendo que prácticamente había recibido un ascenso. Sentí una gran emoción en mi pecho.

Por primera vez, tenía un gran cliente, un jugador famoso. Por Dios.

Me senté. Abrí la carpeta y adentro había una memoria. La inserté en mi computadora y lo abrí. Estaba muy emocionada por la oportunidad. Por primera vez, iba a trabajar con una persona conocida en todo el país. Isabel había trabajado con famosos todo el tiempo, y esta era mi primera vez. Iba a trabajar con...



Julián Contreras.

*Santo cielo.*

¿Era él? ¿En serio estaba pasando esto después de todo? ¿Por qué me hacía eso el destino? ¿Julián iba a jugar para los Tigres? ¿Trabajaría con él?

El señor Vázquez aclaró su garganta y me dijo: "¿Te sientes bien con esta asignación? Entiendo que puede parecerle difícil, pero considerando tu trayectoria y..."

"Está bien, señor Vázquez", dije. Quise dejarle claro que podría hacerlo. "Puedo trabajar con este cliente. No se preocupe".

*Es todo lo contrario. No sé si pueda trabajar con él, admití en mis pensamientos. Trabajar con él quiere decir que tendré que estar cerca de él y evitar que se repitiera lo del bar.*

Lo quisiera o no, tendría que tratar de lograrlo. Julián era el mejor amigo de mi hermano, y además, acabábamos de tener relaciones en el baño de un bar.

Por primera vez, trabajaría con un cliente famoso y era él. No era una oportunidad que pudiera desperdiciar, así que debía hacer mi mayor esfuerzo para que todo saliera bien.

"Bien", dijo el señor Vázquez y se retiró. "Es bueno saberlo".

La emoción se aceleraba mientras veía las fotos de Julián. Había cambiado mucho desde la secundaria, aunque conservaba algunos de sus rasgos más hermosos. Había triplicado su tamaño... en todas las partes de su cuerpo. Con su nuevo corte de cabello se notaba más la intensidad de sus ojos azules. Y, además, se veían todos sus tatuajes. Por un momento, recordé cómo los recorría con mis dedos cuando hicimos el amor.

Traté de concentrarme en las fotos e ignorar esos pensamientos libidinosos. Vi otras, y me di cuenta de que tenía cierta expresión de soberbia en su rostro. La tenía en la secundaria y aún la conservaba.

Inhalé y exhalé para calmarme. Pensé que haría con él lo mismo que hacía con todos los clientes. Hablé con María, la secretaria de la oficina, que llamara a Julián y le pidiera venir a una reunión cuando estuviese disponible.

"Dijo que puede venir ya", me dijo María. "Puede llegar en unos minutos".

*Vaya.*

Más pronto de lo que pensaba, me reencontraría con Julián Contreras.

# Capítulo 5: Carla

Nos vimos en una de las salas de reuniones de nuestras oficinas.

Entró y fue como si inundara la sala con su cuerpo. Como si toda la sala se llenara con su anatomía y apenas quedara espacio para respirar.

Su reacción al verme fue la misma que sentí cuando vi sus fotos en la computadora.

"Mierda", me dijo, con sus ojos bien abiertos y sorprendidos. "¿De verdad esto está pasando?"

"Sí", le dije, moviendo la cabeza. Con mi rostro quise demostrarle que yo también estaba sorprendida. "También me pareció una tremenda sorpresa. Pero este es mi trabajo y no puedo rechazarlo. Entonces..."

Asintió con calma. Esa reacción me tranquilizó. Le agradecí que pusiéramos el profesionalismo por encima de todo. Entonces descubrí en él cierta vergüenza. Necesitaría a alguien para sus relaciones públicas, y resulté ser yo.

Olí su aroma aunque se sentó al otro lado de la mesa. Me contuve, aunque me costaba pensar.

"Señorita Carla Querales", dijo y se sentó, "te encargarás de limpiar mi imagen".

"Sí. Seré tu gerente de relaciones públicas".

Lo contemplé, y su cabello me iluminó. Sus ojos brillaban y se posaban sobre mí como el cielo.

Me mostró una sonrisa que lo hizo ver aún más hermoso. Casi me desmayo sobre la mesa.

"Entonces no perdamos tiempo. Comencemos", dijo con firmeza. En un momento como ese, su actitud era importante. "¿Qué debo hacer? No quise venir aquí, estoy obligado. Me lo impusieron para permitirme jugar otra vez. Haré lo que me digas".

Vi su archivo otra vez y la emoción estaba saliéndose de control. El tipo era un jugador de fútbol muy famoso, además de ser el mejor amigo de mi

hermano... y el hombre con el que había tenido sexo casual por primera vez en mi vida. Y su fama no era la mejor.

"Bueno, háblame sobre tus antecedentes", le dije.

Evidentemente, Julián no quería conversar sobre ese tema. Se notaba molesto. Era comprensible, pues los cargos por agresión eran un problema para cualquiera.

"Tuve un problema, pero mi rival entendió todo mal", me dijo.

Asentí con mi cabeza y seguí hablando. "Leí el informe y supongo que tienes razón".

No me respondió. Su cara lucía totalmente distinta, con un aire de enfado. Recordé su cara cuando salió en las noticias por la pelea. Era la misma expresión.

"Carla", dijo, "eso fue una cagada y lo sé. Admito mis errores. Quiero continuar con mi vida y seguir jugando. Quiero que la prensa me deje en paz y que las cosas mejoren para mí. Lo necesito".

Revisé la parte final de su archivo con calma. Debía ser difícil atraer la atención de los periódicos amarillistas por tanto tiempo. Mis clientes habían salido en los periódicos y la televisión, pero con un jugador famoso como él, el asunto era distinto.

"Y lo será", le dije para calmarlo. "Trabajaremos juntos y con el tiempo, las cosas mejorarán para ti".

Escuchó mis palabras con atención y luego sonrió. De nuevo estaba calmado. Sus ojos eran un mar que transmitía tranquilidad.

"Ya quiero empezar a trabajar contigo", me dijo con una sonrisa que erizó mi piel. Educadamente le sonreí también.

"También quiero empezar cuanto antes y que tengamos buenos resultados", le contesté.

Sonó mi celular y miré qué sucedía. En otras circunstancias habría ignorado el sonido mientras atendía a mi cliente, pero el nombre de Julián aparecía en la pantalla. Con molestia lo revisé para ver de qué se trataba.

Una noticia reciente sobre Julián estaba ya en las portadas de la prensa

sensacionalista.

"Julián, disculpa un momento por favor", le dije. Revisé la noticia con más calma.

¿JULIÁN QUERALES QUIERE RECUPERAR SU CARRERA O ACOSTARSE CON TODAS?

Entré en una de las páginas y aparentemente alguien presumía de haber tenido relaciones con Julián. También se jactaba de tener un autógrafo suyo.

Respiré profundamente para calmarme.

*Sí, sé que es molesto, pero es parte del trabajo, pensé. Cálmate y concéntrate en el trabajo.*

Sí, sabía que el tipo había tenido largas noches con muchas mujeres. Eso estaba claro desde el inicio. Yo misma había tenido sexo con él una noche y luego le pedí que se marchara. *¿Pero por qué te molestó verlo en esa foto con otra chica?*

## Capítulo 6: Carla

"Me gustaría saber si has tenido algún problema durante las últimas semanas", le dije con firmeza a Julián. Imaginé los peores escenarios. Esperaba que me dijera toda la verdad, por muy dura que fuese, o que al menos no maquillara sus actos con palabras cursis.

Julián negó con su cabeza. "Si te refieres a pelear en la calle, no. Lo evito porque en mi contrato con los Tigres hay una cláusula sobre ese tema. Me despedirían si peleo dentro o fuera de las canchas".

Moví mi cabeza en señal de negación. "Me refiero a problemas con las mujeres".

La expresión en su rostro cambió. Apenas si pude notarlo.

"Mujeres, además de...", me dijo y frenó la oración.

"Sí, aparte de...", le respondí.

*Además de mí, obviamente. Jamás subiría fotos con él a una página de internet.*

"No, para ser sincero. Bueno, tampoco soy soltero".

Me molesté con sus palabras. Sí, sabía que no era soltero, al menos sexualmente hablando.

"No es eso precisamente lo que quiero saber".

Le mostré el teléfono. Vio la noticia y se molestó. Me arrebató el celular para leer y se molestó aún más.

"Carajo", dijo con furia.

"No podré trabajar contigo si siguen pasando este tipo de cosas", le comenté.

"Puedo cambiar tu fama por tu pasado, pero con este tipo de noticias saliendo será difícil arreglar todo".

Me pasó el celular y trató de calmarse y decir algo adecuado. "Sí, lo sé", me dijo. "Es que no era por esa razón. Pensé que no me habías reconocido, hasta que me lo dijiste. Y esto fue antes, una noche antes de... bueno... Te lo comento para que estés al tanto. Con ella no sentí nada. Pensé que se quedaría

allí".

Sí, fue bueno saber que eso había pasado *antes de* estar conmigo. De todas formas, no era su esposa ni nada por el estilo, así que era libre de actuar como quisiera. De todas maneras, era evidente que se había acostado con muchas mujeres, con todas las que encontraba a su paso, y eso despertaba en mí una profunda ira.

Para olvidar esa enorme rabia que me desconcertaba, intenté concentrarme en el tema para ver cómo resolverlo. Sabía de su vieja fama con las mujeres, así que debía lidiar con ello así no fuese mi tema preferido.

"Oye, es hora de que seas más desconfiado. Todos saben quién eres y lo que haces. Y cuando digo todos, quiero decir *todos*. Querrán aprovecharse de ti, por el básquet o por el incidente que tuviste con otro jugador".

Respiró profundo y se llevó las manos sudorosas a sus pantalones, desvencijados por el tiempo. De todos modos, se le veían perfectos. Era claro que esas noticias corriendo por internet le preocupaban. No quería que se creara una espiral de mala fama. Entonces supe que podíamos trabajar sobre ese asunto, porque quería cambiar esa percepción.

"¿Cómo podemos resolver este entuerto?", me preguntó con sus dedos en el teléfono.

"Haremos algo para solucionarlo. Ya lo verás", le aseguré.

"¿Me hablas en serio? ¿Podemos hacer algo?".

Asentí con mi cabeza, segura de lo que decía. Si bien aún no había decidido exactamente qué hacer, mi experiencia era excelente con mis clientes, a los que les había resuelto problemas de relaciones públicas, aunque al principio no sabía bien cómo hacerlo.

Sonrió y sus ojos azules me atraparon. Yo quise sonreír también al mirar en ese océano de luz que irradiaba masculinidad. Al revisar su perfil, supe que había pasado cosas difíciles por la pelea. Pero eso no era motivo suficiente para querer acostarme con él de nuevo, aunque mi excitación crecía por mis muslos y se anclaba en mi vagina.

Iba a decir algo, pero mi teléfono sonó de nuevo. Ahora me llamaban de un número desconocido. Me sentí un tanto irritada.

"Disculpa nuevamente", le dije. Atendí la llamada.

“¿Carla?”.

Era Iván. Se oía distinto, y entonces recordé que llamaba de un número no identificado. Solo había una razón para eso. Traté de calmarme mientras tapaba con mi palma el celular.

Mi hermano acostumbraba ocasionar líos en todas partes. Su comportamiento había sido un problema desde siempre. Y él, a diferencia de Julián, no había buscado ayuda profesional. Toda mi vida había tratado de enderezar su rumbo, lo que no habían hecho mis padres, que lo habían abandonado y nunca se habían preocupado por él. No podía dejar de ayudar a mi hermano gemelo, el que había estado conmigo incluso en el vientre de mi madre.

Cada vez que llamaba, había un problema. Era él quien me llamaba a mí, pues yo evitaba llamarlo incluso para saludarlo. Sus problemas eran con frecuencia graves y requería algo de mi ayuda para solucionarlos.

"Julián, discúlpame, pero esta llamada es urgente y debo atenderla", le dije.

Salí de la sala para hablar por el celular, que aún tenía tapado con la palma de mi mano, y lo llevé a mi oído izquierdo.

"Iván, estoy atendiendo a un cliente", le informé.

*Tu antiguo amigo. Por cierto, tuvimos sexo en el baño de un bar.*

Esas palabras surcaron mi mente, pero jamás se las diría.

"Me llevaron a prisión", me interrumpió. Sí, mi suposición se hacía realidad.

*Qué “buena” noticia.*

"¿Y ahora qué mierda hiciste?", le dije con altivez.

"Te juro que no hice nada. Solo tomé unas copas extra y, bueno, acá estoy".

Traté de buscar algo de calma. "Y ni siquiera son las cuatro de la tarde. Qué cagada".

Se quedó en silencio. Solía hacer eso cuando no sabía qué responderme. Este era uno de esos casos.

"Iré a buscarte en un momento", le informé.

Era algo simple: sacarlo de la cárcel hasta que pasara su embriaguez y pudiera



comportarse medianamente decente.

Colgué y volví a la sala de reuniones para hablar con Julián.

"Julián, deberás disculparme. Debo terminar esta reunión porque tengo una emergencia familiar. Debo buscar a mi hermano".

"No te preocupes", me dijo. "Te entiendo perfectamente".

Lo dijo con convicción, pero no le creí. Desconocía desde cuándo no hablaba con Iván o si sabía de su comportamiento reciente.

Quiso decir algo, pero se contuvo.

"Envíale mi saludo a tu hermano", me dijo. "Ojalá resuelvas esto".

Quise indagar más sobre Julián, pero no quería escuchar respuestas negativas. No quería terminar de convencerme de que era un galán que quería acostarse con todas, aunque sabía que eso era lo más probable.

Recogí mis cosas con rapidez mientras me despedía de él. "Te llamaré y concertaremos otra cita".

Julián aceptó y me extendió su mano como señal de despedida. Sus palmas eran poderosas y rugosas, tanto que me costó no sentirme excitada.

"Mi mayor deseo es que tu hermano se enderece", me dijo.

Al decir eso, sospeché que sabía algo sobre el errático actuar de mi hermano.

"Gracias", le dije y asentí. "También es mi mayor deseo".

Tuve una rara sensación al pensar en sus palabras. Conocía a Iván hace mucho tiempo, pero no había sabido de él desde que se alejaron.

Julián, como todo un caballero, abrió la puerta y dejó que yo saliera antes que él. Así, dejaba atrás a este guapo hombre para adentrarme en el caos de mi hermano.

# Capítulo 7: Julián

Entrené como nadie durante las semanas previas al inicio de la temporada. Era el jugador que más necesitaba estar en perfecto estado.

A mediados de semanas, nuestro entrenador Ignacio nos permitió jugar, aunque con limitaciones.

"Hagan su mayor esfuerzo o no jueguen", nos dijo. "Hagan su mayor esfuerzo hasta que puedan jugar a la perfección".

Jugamos tanto que llegamos a un punto en el que todo nos salía casi perfecto.

El básquet era mi vida. Me permitía concentrarme, sudar, dar lo mejor de mí sin tener que pensar en nada más. Gracias al básquet había olvidado todas las cagadas de mi vida. No dejaba de ser irónico que mi vida girase en torno al básquet.

"¡De nuevo! ¡Háganlo perfecto!", nos gritó, y mis compañeros se irritaron. Era la misma jugada que habíamos repetido y repetido una y otra vez.

Nos ubicamos en la cancha otra vez. Esperé la pelota. Miguel la tenía. De acuerdo a lo planeado, él me la pasaría. Luego yo se la daría a Gustavo para que encestara.

Pero Miguel me ignoró y le cedió la pelota directamente a Gustavo. Él la tomó y encestó. Apenas fueron tres, cuatro segundos, y yo quedé perplejo.

Los chicos no querían tomarme en cuenta. Eso me molestaba. Y también me molestaba el hecho de no sentirme en forma. Sentía que me faltaba entrenar más, para sentirme tan bien como cuando había llegado a Ciudad del Parque.

Sí, tenía mis antecedentes, mis problemas con los rivales, eso les molestaba, ¿pero por qué no querían jugar conmigo, para poder demostrarles que mi talento les callaría la boca?

Me sentí peor, más molesto. Sentí que era estiercol. Aunque sus acciones estaban a punto de hacerme explotar de la ira, tenía que controlarme. Me echarían si iniciaba una pelea. La cláusula era clara.

Ningún equipo, ninguno, me contrataría si me enfrentase a Miguel o a

cualquier otro jugador o a algún pendejo en un bar. Sería el fin de mi carrera como jugador.

De hecho, que los Tigres decidieran contratarme había sido un milagro. A pesar de mi agradecimiento con el equipo, también tenía cierto malestar.

Pero traté de convencerme de que todo mejoraría. *Calma y cordura*, me dije. Sí, la ira estaba allí, pero debía controlarla, así los compañeros me llevasen al extremo.

Miguel era una de esas personas que trataba de irritarme para que reaccionara y lo golpeara. Pero siempre me tranquilizaba, porque sabía que así podría seguir jugando al básquet, mi verdadera pasión. Podía suavizar mi rabia si me lo proponía.

Aunque Lucía había sacado lo peor de mí, eso no tenía que marcarme para siempre.

"¡Háganlo de nuevo!", nos gritó el entrenador desde la esquina.

Me reincorporé a la cancha, tratando de llevar mi cuerpo a una calma absoluta.

Miguel siguió ignorándome. Gustavo completó las jugadas que yo había estado completando. Jugaban *sin* mí, aunque yo estaba allí. Pero no perdí la calma.

El entrenador tampoco hizo nada.

Seguí dando lo mejor de mí, como gritaba el entrenador. Todo era complicado, pero el básquet era así. Por eso me gustaba estar ahí y jugar. Jamás me rendiría.

Y había sido difícil hasta donde podía recordar. Pero no podía renunciar al básquet. Era lo único que atesoraba en mi vida.

Gustavo se acercó a mí para decirme algo en el vestuario.

"Julián, te pido disculpas por las jugadas. No es algo personal".

"No hay problema", le dije para aceptar su disculpa.

Quise decirle que debía haber actuado a mi favor, pero ¿quién era yo para decirle qué hacer o cómo jugar con Miguel?

"Escúchame", me dijo y continuó, "No fue mi idea. Es solo que Miguel es tremendo pendejo. No te preocupes, porque actúa así con todo el mundo".

Asentí y le agradecí, pero quería terminar la conversación.

"Gustavo, te agradezco esas palabras sinceras", le dije.

Me golpeó levemente el hombro y fue a cambiarse. Fui tras sus pasos para hacer lo mismo. Mi enojo se había convertido en tristeza. Me había esforzado tanto en la cancha que lo había sacado de mí y ya no quedaba nada. Solo esa profunda tristeza.

Me sentía extenuado.

Agotado, cansado de que me vieran como el nuevo, el malo, el hombre al que había que ignorar.

Me cambié y busqué mi teléfono. Había un mensaje de voz. Era Carla. Su voz se oía dulce.

"Hola de nuevo, Julián", me dijo. Escuchar esa dulzura en su tono me refrescó por un momento, tras la tormenta que había vivido durante el día. "Si te parece bien, podemos cenar hoy y hablar con más detalle sobre el trabajo. Avísame, por favor".

El mensaje me alegró la noche. Poder salir con ella a cenar era una excelente noticia. Todas las cosas iban mal, pero ella era experta en enrumbar a la gente. Además, con su sonrisa me sentiría mejor, pero nadie, solo yo, sabría eso.

La llamé, pero estaba apagado. Dejé un mensaje en su buzón.

Luego, pudimos concertar un encuentro en un restaurante de hamburguesas. Era la primera vez que yo iba a ese lugar y me pidió ir con ropa casual.

Sentí algo de alegría, una emoción que había desaparecido de mi vida luego de muchos años. Y era claro para mí que no debía tratar de llevarla a la cama. Era imposible. Pero esos pensamientos nunca me habían frenado. Y no sería distinto con Carla.

# Capítulo 8: Julián

La Mansión de las Hamburguesas, el lugar en el que nos reuniríamos, al final resultó ser un restaurante bastante informal en Mar del Sur. Carla ya me esperaba. Nos saludamos y nos sentamos.

Tomé su mano. Era una mano delicada. Una mano de una chica de oficina. Vestía casual, con un vestido de flores que terminaba justo encima de sus rodillas. Además, usaba una pequeña chaqueta marrón.

A pesar de parecer una chica ingenua con esa ropa, sabía perfectamente que Carla podía ser una mujer pervertida en la cama. Ese contraste me encantaba.

Ese contraste también se notaba en su cabello recogido, que caía suavemente sobre sus hombros.

"Es bueno verte otra vez", dijo para iniciar la conversación.

Probablemente quería sonar profesional. Decidí seguir la corriente.

"Lo mismo digo", le respondí.

Era un restaurante agradable, con los camareros sumamente ocupados atendiendo a los clientes. Las mesas estaban llenas de gente comiendo hamburguesas y papas fritas y tomando cerveza fría mientras conversaban animadamente.

Afortunadamente, era un lugar casual, con lo que podía sentirme más cómodo. No me hubiera sentido así en un restaurante más elegante. Al parecer, ella sabía que ese no era mi estilo.

"¿Qué podemos comer?", le pregunté mientras veía el menú.

Encogió sus hombros. "Cualquier hamburguesa que pidas te gustará. Todas son excelentes. Por eso me gusta venir aquí".

Sonrió y el candor de sus labios me arrancó una sonrisa.

Pedimos hamburguesas grandes y papas fritas. Decidió tomar algo de vino y yo le pedí al camarero una cerveza bien fría. Su mirada me atrapó. Con sus intensos ojos verdes sentí que caía en un profundo río de placer, del que jamás querría salir. Era una mirada brillante, que me hacía sentir extremadamente

bien.

*Pero ella es la encargada de tus relaciones públicas*, me recordé. Sí, cogerla fue la mejor experiencia de mi vida. Era lógico que quisiera penetrarla otra vez. Pero estaba con ella en el restaurante solo por motivos profesionales.

En cualquier caso, pertenecíamos a mundos diferentes. A pesar del sexo grandioso, yo jugaba básquet y ella... se encargaba de su hermano y sus cagadas.

Era una chica que vestía casual casi siempre y se encargaba de mejorar la imagen de las personas. Personas como yo, con una fama tan mala que debía buscar a alguien como ella para limpiar el desorden. Sí, éramos de clases distintas.

Llegaron las bebidas y me preguntó si le gustaba Ciudad del Parque.

Encogí mis hombros. "Bueno, a decir verdad, no me siento tan bien como creí que me sentiría. Me cambiaron de equipo en parte por los problemas que tuve. Sabía que no sería como tener unas vacaciones divertidas en parques temáticos, pero jamás pensé que sería tan malo".

Por primera vez le contaba a alguien sobre mis emociones. Alberto y Gustavo sabían algo, pero no les había hablado con tanta sinceridad.

Carla asintió como si supiera de lo que le hablaba. Pasó un dedo por su copa de vino como si pudiera sacar sonidos de ella, como si fuese una copa de cristal. Pero esa copa no era de cristal, obviamente.

"Sí, entiendo que es complicado crear una imagen de uno mismo si todos te dicen quién eres y cómo deberías actuar en el futuro", me dijo.

La miré con calma. Con sus palabras sentí que podía ver dentro de mí, conocer mis pensamientos, mis emociones. Evitó verme. En lugar de hacerlo, miró a los otros clientes, pero luego se detuvo en mi mirada inevitablemente.

"Debo suponer que haces esto con frecuencia", le dije y seguí, "porque es parte de tu trabajo".

Carla asintió. "Sí, supongo. Pero es la primera vez que trabajo con alguien como tú".

Una fuerte tensión se acumuló en mi garganta. ¿Qué la llevaría a buscar clientes tan mentirosos, tan difíciles?

"Como tú, celebridades", dijo como si leyera mi mente, o mi cara quizás estaba delatándome. "Pero creo que lo merezco después de tantos años de trabajo duro".

Vi su cara encantadora, sus ojos azules y su sonrisa gentil, y la tensión cedió lentamente. Hablaba con sinceridad, sin tapujos, eufemismos ni exageradas condescendencias.

"Bueno, cuando me fui de esta ciudad todo era muy distinto a como es ahora", le dije.

Me sorprendí al ver que le contaba sobre esas emociones, pero para mí era sencillo abrirme de ese modo. Y lo mejor era que sabía que me oía con atención. *Realmente* me oía.

"Es normal que sientas que todo cambió cuando estás empezando de nuevo y tienes toda la vida delante de ti".

Asentí con mi cabeza. Esa era la sensación exacta.

"Estoy preocupado por mi carrera, que todo terminé así, bruscamente, y mis fanáticos se queden para siempre con esa mala imagen de mí", dije. Apenas noté lo que sentía cuando pude decir esas frases. "No me gustaría ser recordado por mis fanáticos como el agresor de un compañero".

Ella negó con su cabeza. "Cambiaremos esa percepción que tienen de ti", me aseguró.

Irradiaba una determinación que la hacía ver incluso más sexy de lo que se veía normalmente. En su cara había una expresión de seriedad que recorría sus ojos y llegaba a sus labios. Con mis ojos pasé por sus cabellos ligeramente despeinados por la brisa y llegué a su hermoso cuello, y pude darme cuenta de que estaba ante la mujer más espectacular que había visto en mi vida.

Viendo sus labios perfectamente delineados, voluptuosos, pero no en demasía, recordé lo bien que me sentí al besarla en el baño. Durante años, evité besar a las mujeres. Había besado a Carla, aunque siempre había tratado de acostarme con todas sin tener que besarlas o tener algo de intimidad con ellas. Y la había besado nada más y nada menos que en el baño de un bar. Era una emoción que no había sentido desde que había tomado la decisión de satisfacer mis deseos y olvidar mis sentimientos después de mi desagradable experiencia. Carla me hizo sentir de una manera distinta. Como si quisiera *seguir* con ella. Y no

quería sentir eso, pero parecía quedarse allí, dentro de mí.

"Mejor háblame de ti", le dije. "Creo que si obtuviste este contrato estás a punto de tener más éxito. Lo digo porque ya estás relacionándote con alguien famoso como yo".

Se rió, y yo también lo hice. Ese sonido era una agradable sinfonía para mí. Mi arrogancia estaba ahí, y no podía evitar que se notara. Era un soberbio hijo de puta.

"Bueno, es como si fueses de una liga superior", me dijo. Un leve rubor se asomó en sus mejillas. Fue lo mejor que vi. "Me refiero a mi carrera. Pero aún no sé si me traerá ventajas o desventajas".

"Entiendo", le dije entre risas. "Tampoco sé si será algo positivo o negativo para mí. Pero sí sé que soy el cliente más sensual que has tenido".

No sabía qué decir. Titubeaba, así que agité mi cabeza para decir algo.

"Solo lo decía. No tienes que responder porque no era una pregunta".

Ella rió. "En realidad eres otra cosa. Pero supongo que lo sabes", me dijo.

Sentí que todo fluía entre nosotros. Nada de lo que decía me parecía mal, así que sentí que ella querría estar con alguien como yo el resto de su vida, aunque claro estaba, mi plan no era ese.

No quería involucrarme en algo serio. Para mí, el compromiso o una relación a largo plazo eran cosa del pasado. Y aparte de eso, ella era mi gerente de relaciones públicas, lo que significaba que yo era el jugador de básquet que había tenido problemas y necesitaba que alguien como ella mejorara su imagen ante el público y los medios. Tuvimos el mejor sexo del mundo, sí, pero no podíamos acostarnos otra vez.

A partir de ese momento, todo se reducía a una relación estrictamente profesional. Iba a portarme de la mejor manera posible. Debía recordarlo siempre.



# Capítulo 9: Carla

Con la sensualidad que emanaba Julián, me costaba concentrarme en el trabajo. Aunque trataba de hablar sobre su imagen, continuamos hablando sobre nuestras vidas personales, porque la conversación era amena, y mis clientes anteriores no se parecían en nada a él. Por momentos era soberbio y por momentos mostraba parte de su alma. Esa ambivalencia me encantaba.

Ese antagonismo de su personalidad me hizo querer indagar más sobre su vida. ¿Por qué dudaba tanto de la gente? ¿Y por qué sentía que era el mejor jugador del mundo? Para tener esa seguridad era necesaria una gran experiencia y mucho talento, pero al mismo tiempo, era como si algo terrible casi lo hubiera sacado del camino.

Pero no era mi trabajo averiguar sobre su vida y responder esas preguntas. Lo importante era buscar cómo mejorar su imagen. Su pasado era solo eso, su pasado, y nada lo cambiaría ni lo traería al presente.

Lo que más importaba era su imagen como jugador de básquet. Fuera de la cancha, nada importaba tanto.

Pero a mí *sí* me importaba. Quise saber más sobre él al ver sus profundos ojos azules que me derretían, y entender cómo podía esconder su verdadera personalidad detrás de ese halo de arrogancia y misterio.

Comimos y hablamos de nuestras experiencias universitarias. Ambos sentíamos que nuestras metas de ese pasado eran muy diferentes a nuestras vidas del presente. Antes había magia, unas metas que parecían sencillas de cumplir. ¿Ahora? La vida era totalmente diferente, nada parecida a nuestros sueños, pero era nuestra vida. Era real, y a pesar de las imperfecciones, estábamos bien.

Julián parecía comprender lo que yo sentía respecto a mi pasado y cómo se veía el presente. Solo él lo entendía hasta ahora.

Lo que dejaba claro que nos habíamos salido del tema de su imagen... otra vez.

Sentí que era hora de dar por terminada la reunión cuando habíamos comido

todo y tomado suficiente vino. Si continuaba con él, ya no sería nada profesional sino completamente personal. *No* podía estar con él de nuevo. Y aunque estaba clara, sabía que era una idea terrible, debía recordármelo a cada tanto pues lo olvidaba fácilmente.

"Creo que ya debemos pedir la cuenta", dije. Acto seguido, llamé a la camarera.

La trajo y la puso en la mesa, justo en el centro.

Nuestras manos se tocaron cuando ambos quisimos tomar la factura. Miré a Julián y él también me miró fijamente. Sentí que la electricidad pasaba de su mano a la mía, y juré que él también sentía la corriente por su cuerpo. Supe que ambos sentíamos la tensión en nuestra piel.

Me contuve. "Estos son negocios. Déjame pagar".

Titubeó, pero finalmente soltó el papel. ¿Quería dejar su mano sobre la mía o quería pagar? Esperaba que quisiera pagar y me recliné en mis pensamientos. No era adecuado pensar en él así, incluso para pagar la cuenta o tomarme la mano.

"De acuerdo", dijo entre quejas. "Pero yo pagaría si esto fuese una cita".

"Entonces, debes agradecer que no sea una cita", le dije. "Quiero decir, porque no tienes que pagar".

"Oh...".

Me miró con una mitad sonriente y la otra mitad de su rostro pensativa. Estaba claro que él no quería decir nada más, y yo tampoco.

Julián era un cliente. No solo eso, sino que era uno de los clientes más famosos que nuestra oficina había tenido nunca. No podía pensar en él como alguien que me interesara.

Además, en ese momento nadie se había enterado de lo nuestro, y era probable que nadie lo hubiera hecho. Si hiciera otra cosa con él y todo saliera a la luz, Dios, podría imaginarme la mala publicidad. Y el pobre hombre no necesitaba más de eso. Ya estaba bastante destrozado por lo que decían de él. Me di cuenta.

Era el tipo de hombre que fingiría que todo estaba bien, pero las cosas le afectaron.

No lo conocía muy bien cuando había sido amigo de Iván, porque los dos siempre hacían lo suyo y rara vez me querían cerca. Pero no era difícil ver ese lado de él ahora.

La camarera regresó a nuestra mesa con una máquina de tarjetas, y yo saqué la mía para pagar nuestra comida. Cuando terminamos, Julián se levantó. Yo también me levanté y respiré hondo.

"Puedes oler el mar desde aquí", le dije cuando inhalé el aire espeso y salado tan fuerte tan cerca de la playa.

Julián asintió. "No he ido a la playa desde que volví".

Parpadeé sorprendida. "¿Cómo dices?".

Encogió sus hombros y asintió. Se veía un tanto apenado. "He estado muy ocupado entre mis entrenamientos, la mala fama y todo lo demás. Ya sabes cómo es. Ocupa todo mi tiempo".

Reí con lo que dijo. Podíamos hablar con tranquilidad sobre cualquier tema, por muy serio que fuese. Era bueno para mí saber cómo manejaba las adversidades.

"Es increíble que aún no hayas ido", le dije. "Supongo que te mueres de ganas de ir".

Respiró tranquilamente. "Estuve en Montaña Blanca durante cinco años", me dijo. "Te acostumbras a la lejanía del mal".

Agité mi cabeza. "Moriría si pasara un mes, solo un mes, sin ver el mar".

De repente, sacudió su cabeza. Una idea acababa de atravesar sus pensamientos. "¿No quisieras ir?".

Me sorprendí.

"¿Quieres decir ahora?".

Asintió con alegría.

Me hubiera gustado ir, pero no debería. *¿O sí?*

Vi la hora en mi teléfono y luego miré alrededor.

"Ya casi son las diez y está oscuro".

"Pero el mar sigue ahí", me dijo

Lo miré y sonreí.

"Bueno", le dije. "Vayamos".

Sonrió por mi respuesta. La noche aún no terminaba.

Yo también estaba contenta.

No podía resistirme a sus encantos.

# Capítulo 10: Carla

Después de salir del restaurante paseamos por el centro de la ciudad, hasta que llegamos a las cercanías de la playa. La playa era muy diferente durante la noche, ya que en el día siempre estaba llena de gente, pero en horas nocturnas era un lugar vacío, y el único sonido que llegaba a mis oídos era el de las olas batiendo la orilla sin parar.

Julián se quitó los zapatos y yo hice lo mismo, para poder pisar la arena con nuestros pies descalzos. Me sujetó para que no resbalara mientras me quitaba mis sandalias negras.

Cuando me sujeté de él, se me hizo inevitable ver la musculatura de su cuerpo. Ya había visto toda su piel y me había centrado en sus tatuajes, lo que me llevó a imaginar en qué situación los vería nuevamente. Lo recreé en mi mente, aunque sabía que estaba mal pensar en esa posibilidad.

Sentí que la temperatura de la arena era fresca. Conversamos mientras caminábamos por la orilla de la playa. Sentí otra vez cómo el sonido del mar llegando a la orilla me calmaba y el suave viento llevaba mi cabello hacia delante, igual como hacía con mi vestido. Luego ambos callamos, y yo pude sentir su presencia más cerca de mí, su calor cerca de mi cuerpo.

"Hacía tanto tiempo que no venía que había olvidado esta sensación", dijo para romper el silencio. "Estaba tan metido en mis asuntos que no lo había hecho, pero me siento feliz de estar aquí".

Le dije que tenía razón. Para mí, vivir lejos del mar era simplemente imposible. Poder ir cuando quisiera al océano era como un regalo para mí y lo disfrutaba como pocas cosas en la vida.

Cuando dejamos de conversar y caminar, noté las grandes palmeras que se asentaban en esa zona de la playa y nos dificultaban ver más allá, donde se ubicaban las casas rosadas. Allí nos sentamos, y me di cuenta de que la brisa era suave, con lo que la arena no irritaría nuestros ojos. Encima de nosotros estaba la luna y a nuestro lado veía las acogedoras palmeras.

Julián se acercaba a mí, y su cuerpo y su aroma inundaban mi alma. Emanaba una fuerte masculinidad, una gran presencia. Entendía perfectamente por qué

tantas mujeres querrían acostarse con él.

Lo vi en medio de la oscuridad de la noche. Me atrajo de inmediato. Me costó mucho frenar mi necesidad de besarlo en ese preciso instante.

Pero él no se detuvo. Supe que quería besarme como yo también quería y fue por mis labios. Sin darme tiempo para pensar, llevó sus labios a los míos. De nuevo, un arco de electricidad pasó de su brazo a mis dedos. Le permití besarme y pasar su lengua por mi boca. Puse mis brazos en su cuello y el beso creció en intensidad.

Con la fuerza de su piel sobre la mía, se deslizó sobre mí. Ante cada estímulo que me proporcionaba, yo respondía.

"Está bien aquí", le dije mientras encogía mis hombros.

Sentí algo de frío, pero nada que no pudiera soportar. Recogí algo de arena para que posara su cabeza y funcionara como una almohada. Ya de espaldas, su cuerpo encontró el mío. Noté su erección enorme y mi vagina pidiendo ser penetrada.

*Pero todo esto es una mala idea*, me dijo una vocecita en mi mente. Sin embargo, la necesidad me abrumaba, y tener a Julián frente a mí, con sus pectorales perfectos y su aroma masculino, además del ambiente marino que nos rodeaba, me daban el contexto ideal para satisfacer mis deseos. No podía sacarme el deseo de mi cuerpo.

Llevó su mano, fuerte, a mi pecho. Él me tocaba con mucho cuidado, como si pensara bien qué hacer, pero yo quería que actuara ya, que me llevara a lo más profundo del placer. Si bien no quería sexo casual, tampoco estaba metida en una relación seria hacía tiempo. Con Julián era muy distinto. Yo ansiaba su penetración lo antes posible.

Cuando volví a tocar su cuerpo, su erección se hizo más notable. Mis músculos se tensaron. Él se percató y empezó a moverse sobre mí.

Mis senos quedaron entre su otra mano. Suavemente, deslizó sus dedos entre mi sostén y tocó mis pezones rígidos. Los apretó, los palpó y yo solté un gemido intrépido.

"Tenía tantas ganas de estar contigo", me confesó.

Yo también sentía esas ganas, pero evité decírselo. Habíamos estado juntos en

un baño y yo había enloquecido de placer, pensando que jamás volveríamos a encontrarnos. Se me hacía un poco difícil entregarme, pero otra parte de mí estaba completamente decidida.

Ya la excitación colmaba mi cuerpo. Julián me hacía sentir que debíamos hacerlo. Sí, en una playa, y con alcohol en mis venas. Pero yo quería hacer el amor otra vez.

"¿Quieres decirme algo?", dijo. Me azotó con suavidad el culo como había hecho en el baño.

*Bueno, sí.*

No lo sabía, pero al darme esa nalgada, terminó de convencerme, así como en el bar. Pero no quería decírselo, pensando que quizás así evitaría que me golpeará otra vez con más fuerza. Sentir sus golpecitos me calentaba. En realidad, era la primera vez que me golpeaba alguien, y me excitaba como nadie lo había hecho.

"Yo también moría de ganas de estar contigo", le dije. No sabía si mis palabras salían de mis labios con la misma velocidad que mis líquidos mojaban mis bragas, porque me costaba frenar mis impulsos con su presencia. "Quería tenerte dentro de mí otra vez".

"Exacto", dijo Julián. "Sé que eres una buena chica. Entiendes lo que te digo".

Tocó cada centímetro de mi culo. Lo golpeó, lo apretó y luego volvió a golpearlo. Sentí que quería arrancarme la ropa.

Me senté sobre él, y quedé sobre sus caderas. Busqué su mirada en medio de la oscuridad reinante, y noté la intensidad de sus ojos cuando pude encontrarlos. Era como si el universo me poseyera. Y el universo era él, dentro de mí.

Me esforcé para sacarle los pantalones y palpé su gran erección. Se sentía como una tela suave sobre una superficie rugosa. Con mis dedos recorrí todo su pene y luego llegué a las bolas, hasta que empecé a subir de nuevo.

Él gimió mientras sentía mis dedos. Siguió tocándome el culo y luego fue por mi vestido. Cuando me levanté suavemente, pasó sus dedos de mi culo a mi vagina y me exalté de inmediato.

"Vaya, estás bastante empapada por mí", dijo como un susurro. Tocó mi vagina

a través de mis bragas. Llevé mis labios a los suyos y seguí tocando su pene lentamente. Él seguía tocándome, con fuerza, luego con suavidad, y luego con fuerza otra vez. Era como si reclamara lo que era suyo. Y, de hecho, mis líquidos salían sin parar, como si *quisieran* ser suyos. Aunque mis pensamientos trataran de frenarme, mi cuerpo deseoso iba en otra dirección. Ya no podía controlar mis reacciones.

Me quitó las bragas e introdujo un dedo en mi vagina. Los dos gemimos por la reacción. Pero yo deseaba su penetración cuanto antes. Buscó un condón mientras yo aguardaba pacientemente... o, mejor dicho, impacientemente.

Me metió su pene después de que me agaché y empecé a soltar gemidos descarados. Me separé un poco, sus manos quedaron en su cintura y me metió su pene con más fuerza. Me incliné levemente, tratando de acostumbrarme al momento. En realidad, no solía acostarme con hombres en baños... o en cualquier lado.

Con Julián, todo lo que sentía era distinto. Me hacía sentir... muy bien.

Empezó a moverse con más ímpetu y tomó mis caderas. Nadie podía vernos en medio de la oscuridad de la noche, con nuestro vestido alrededor ocultándonos, y el mar callando nuestros gritos de placer, mientras me penetraba con su pene sediento y mi vagina iba arriba y debajo de él y se saciaba con su frenesí.

Me sentí más excitada y me moví con más fuerza. Sentí sus músculos con mi clítoris tembloroso. Me vino con fuerza. Todo mi cuerpo recibió una intensa ola de placer y los gritos salieron de mi boca sin que yo pudiera contenerlos. Tuve que poner mi boca sobre mi hombro para que nadie pudiera oírme, y dejé mi piel marcada con lápiz labial.

Él me ayudó a acabar, poniendo sus manos sobre mis caderas y manejando mi ritmo. Me vino otra vez. Y solté otro grito. Sentí que poco a poco mi cuerpo volvía a la normalidad.

Pero me costaba respirar todavía, y mi cuerpo seguía temblando ante el pene inmenso de Julián. Se sujetó con fuerza de mis caderas y liberó su semen en lo más profundo de mí. Se vino, gimiendo, tensándose, y sus palabras placenteras se escuchaban en mi oído.

En esos diez minutos sentí que había tenido el mejor sexo de mi vida.



Entonces sonó mi teléfono e interrumpió mi placer.

"Cielo santo", dije.

Julián salió de mí y yo empecé a moverme. Acomodé mi ropa como pude. Él retiraba su condón y yo buscaba mi celular en mi bolso.

"Debe ser Iván", dije mientras buscaba el celular hasta que lo encontré.

"¿Iván?", dije respondiendo.

"Están desalojándome", me soltó, sin saludarme. Respiré profundo. Quería sentir algo de calma.

"Iván, ¿y ahora qué mierda pasa?".

Pregunté, pero no respondía. Evoqué mi infancia, cuando corría a buscarme para que lo ayudara a superar sus miedos, lo que no hacía con mi madre.

Inhalé y exhalé de nuevo. "Bueno, espérame. Voy en camino".

"¿Qué pasó? No entendí", me dijo Julián cuando terminé la llamada.

Ya estaba vestido. Apenas quedaba el recuerdo de nuestros orgasmos en mi mente y la electricidad en mis muslos.

"Ahora están desalojándolo", le dije.

Julián se sorprendió. "Bueno, creo que debes ir". Afirmaba en lugar de preguntar. "Puedo ir contigo y ayudarte".

Iba a aceptar su propuesta, pero luego desistí. "No creo que debas hacer eso".

Julián asintió. "Sí, quizás es lo mejor no ir".

A fin de cuentas, si Iván había llegado a ese punto era por culpa de Julián.

*¿Entonces por qué carajos te acuestas con el enemigo de tu hermano gemelo?*

¿Era para vengarme de él? No. No era por esa razón, sino por la tremenda atracción y la lujuria increíble que me acosté con Julián dos veces, primero en un bar y luego en la playa. Quizás volvería a acostarme con él por esa razón, aunque mi mente quisiera renunciar a esos instintos.

# Capítulo 11: Julián

Unos días después comenzó la pretemporada. Tenía otros compañeros, pero de todos modos tenía que dar mi mejor esfuerzo. Había presión por todos lados y yo lo sabía. La sentía.

Pude darme cuenta de que estaba en buen estado físico, más de lo que había pensado en un principio. No podía parar de correr, y, sin embargo, no sentía cansancio.

Tenía la misma sensación agradable de que mi cuerpo respondía a la presión y podía aguantar la velocidad de los contrincantes. Sí, necesitaba más tiempo en la cancha para estar al cien por ciento, pero estaba incluso en mejor estado que algunos de mis compañeros, con más años que yo en el equipo y que creyeron que no debían entrenar y estaban pagándolo con creces.

En mi caso, siempre estaba entrenando o metido en el gimnasio con Gustavo y Alberto, y también con otros que disfrutaban sudar mucho para estar en forma. Por una parte, sentí que finalmente todo mi esfuerzo estaba siendo recompensado. Me lo merecía.

Además, mis compañeros también querían esforzarse al máximo y dejar claro que eran piezas clave del equipo. Podía jugar bien sin ellos mientras se armaba el equipo titular definitivo, y me alegró saber que, hasta ese momento, todos daríamos lo mejor para que el equipo ganara, sin preocuparnos por dejar en ridículo a los compañeros.

Los gerentes y el entrenador nos miraban desde la primera fila. Era importante rendir al máximo.

Esa fue la sensación que tuve cuando terminó el partido. Me esforcé como nunca para que ganáramos, el equipo lució bien, y yo pude demostrar que podía estar en la cancha y aportar mi mayor rendimiento para lograr una buena victoria.

Una vez que terminamos, caminé hacia los vestuarios. Tomé una ducha lenta y me preparé para vestirme, cuando los compañeros suplentes entraron para felicitarnos.

La plática fue cordial, y entre todos nos felicitamos por el triunfo.

Pero otros decidieron quedarse en un rincón y quejarse por el desarrollo del juego.

"Si Contreras está tan metido hacia la izquierda, no hay mucho que decir", dijo Miguel. "Así no podrá demostrarnos que todavía es bueno. Jugar en esa zona es algo que hasta un niño puede hacer".

"Todo está arreglado para él", agregó otro suplente. Miguel tenía su grupo de fanáticos en el equipo, y eso incrementaba su nivel de estupidez.

"Creo que, si esta cagada sigue así, en unos años vamos a jugar con los jovencitos que acaben de terminar la secundaria".

Se diluyó la alegría de la victoria con esos comentarios. Volvía ese desánimo a mi estómago. Aunque jugara perfecto, este grupo de pendejos no me aceptarían como un integrante del equipo. Había jugado perfecto, y los imbéciles seguían rechazándome.

El entrenador Ignacio hablaba con el resto del equipo y en mi mente surgió la duda. ¿Alguno de ellos me sustituiría? ¿Sería pronto o en un tiempo? De inmediato saqué esos pensamientos de mi cabeza.

*Si alguien se fue del equipo y yo lo sustituí, por algo será*, pensé. Pero habíamos firmado un contrato y Carla ya estaba manejando mis relaciones públicas. Evidentemente, me tenían en sus planes para los Tigres. Si querían cambiar mi imagen era porque yo les importaba.

"Todo esto del deporte, y en especial el básquet, se reduce ahora a negocios y publicidad", dijo el pendejo de Miguel. "Te haces famosos por una pelea o algo así, y obtienes publicidad gratuita".

Me miró mientras decía esa última frase, que cayó como un estruendo sobre mí. ¿Ese pendejo se refería a mi pelea? Eso no era negocios ni publicidad. No sabía de lo que hablaba.

En ese momento sentí un gran deseo de partirle la cara. Todos los cabrones como él merecían una buena ronda de golpes para que callaran sus miserables bocas.

Pero eso arruinaría mi vida y mi carrera. Si me pidieron firmar ese contrato, con esa cláusula específica sobre peleas, había una razón. Quizás el

entrenador Ignacio presentía un enfrentamiento entre Miguel y yo, y quería evitar que la sangre llegara al río.

"Mejor ignóralo", me dijo Gustavo, y se quedó a mi lado. Actuaba como un hermano mayor, diciendo sus frases con calma y experiencia. Parecía que estaba cuidando de mí. Era muy amable de su parte. "Actúa como un idiota y trata de convencer a todo el mundo de sus locuras".

"¿Todo funciona así en los Tigres?", le pregunté con inquietud.

Gustavo negó con su cabeza. "No, pero muchos apostarán a tu fracaso. Bueno, supongo que ya sabes de fracasos y depresiones".

Sí, sabía de lo que hablaba. Con Iván, mi mejor amigo, supe de decepciones. Me convenció de que jugar básquet era una locura, aunque siempre había sido mi mayor sueño. Lo hizo porque nunca pudo avanzar. Entonces pasó a ser mi *antiguo* mejor amigo y quedó en el baúl del olvido. Y personas como él se atravesaban en el camino a la victoria todo el tiempo.

Mi experiencia había cambiado mi forma de pensar y de actuar. Además, no me gustaba para nada recordar mi decepción con Iván. Él era parte del pasado, pero resucitó con la llegada de su hermana gemela. Así que si no necesitaba que todo fuera a peor.

"Miguel, mejor cállate la boca", le dijo Alberto. Se unió a nosotros mientras sostenía su mirada sobre Miguel.

Miguel miró a Alberto y luego me miró, mientras su rostro mostraba ironía y una sonrisa malvada.

"Ahora tienes quien te cuide las espaldas. Pero sabes que no podrán hacerlo todo el tiempo".

"Deja que ese pendejo diga lo que quiera. No le hagas caso", dijo Alberto, dándole la espalda a Miguel. "Está molesto. Eso es todo".

"¿Porque vine a jugar con los Tigres?", le pregunté.

Alberto negó con su cabeza.

"No. Es porque podrían cambiarlo", dijo Gustavo y Alberto no pudo terminar sus palabras. "Se oyen rumores, y como él siente que no puede controlar lo que va a pasar, quiere que todos se sientan igual de mal que él".

Asentí y noté que todo empezaba a encajar.

"En algún momento dejará de molestarte si lo ignoras. Entonces buscará a alguien más a quien joderle la vida. Actúa como un niño inmaduro, que no pude controlar sus caprichos".

Esa frase me alivió, aunque solo fue un poco. A fin de cuentas, mi plan era evitar discusiones y peleas. Mi plan se basaba esencialmente en jugar al básquet. ¿Nadie podía entender esa mierda?

"Mejor vámonos", dijo y me tocó un hombro. Aparentemente, tenía planes. "Tenemos tiempo libre porque nuestras chicas salieron a comprar algunas cosas. Vayamos a tomar algo".

Alberto rió. Accedí a su propuesta. Me habían convencido porque sus compañías eran agradables. Además, no sabía adónde ir.

Dejamos el vestuario y nos dirigimos hacia El Aro, el restaurante del Estadio de los Tigres, que además tenía un bar. Ellos pidieron cervezas y yo me conformé con agua, pues no quería tomar alcohol justo después de un partido. Eso *sí* me jodería la vida.

"Es lo mejor que puedes hacer", me dijo Gustavo tocando mi hombro.

"Eres un cobarde", me soltó Alberto. Con su respuesta y la de Gustavo me di cuenta de sus personalidades. Eran buenas personas y se habían jugado el todo por el todo al discutir con Miguel y abrirme un espacio para que me sintiera cómodo en el equipo.

Pero me costaba abrirme con ellos, así como me costaba confiar en cualquier persona. Era algo que sentía después de mi dura experiencia amorosa. Me había abierto como a nadie, y ella había roto mi corazón. Si bien Alberto y Gustavo eran compañeros de equipo y teníamos una relación totalmente diferente, la confianza era algo que me costaba dar, aunque se trate de una amistad o de un amor. La traición es dolorosa, sin importar quién te la inflija.

Entonces tomamos, ellos cervezas y yo agua, y conversamos. Intenté abrirme un poco, conversar distendidamente y crear lazos de amistad, pero no pude. Al menos no por el momento.

"¿Qué sucedió con la chica de la otra noche? La del bar", dijo Gustavo después de que él y Alberto hablaran sobre el juego.

"¿De quién estás hablando?", le pregunté con inquietud, como si no supiera de quién se trataba.

"La rubia de la otra noche, la de El Bar de las Estrellas".

Ah... *esa* chica.

"Bueno, hicimos el amor y ya. Sexo casual. Fue todo", le dije con calma.

Se miraron y reflejaban cierta intranquilidad. Lucían a la defensiva. Para mí, tener sexo casual era algo normal.

"¿Qué les sucede?", les pregunté al sentir su tensión.

"Bueno, no queremos saber sobre tus aventuras sexuales", me dijo Alberto. Sintieron que les respondí para alejar su curiosidad. "Ya estamos comprometidos. Los chismes tampoco nos interesan. Lo que sucede es que Isabel me comentó que... salías con... su amiga. Entonces hice mis cálculos en mi cerebro, pensé que era tu gerente de relaciones públicas, y me pareció que eso podría ser un conflicto de intereses. Debes cuidarte, por lo de tu pasado".

"Así es, amigo. Salió en la prensa", dijo Gustavo. "Quizás Miguel y sus secuaces te tratan así por esa razón".

Asentí con la cabeza.

"Mi pasado fue una cagada. Mi novia se portó muy mal conmigo, como una zorra", les dije con ira. "De todas formas, no tengo la más mínima intención de *no* acostarme con una mujer".

Alberto rió. "Bueno, no creo que se trate de eso. Lo que te digo es que debería elegir con prudencia a tus chicas para no cagarla. Y llevar a la cama a tu gerente de relaciones públicas... bueno, realmente no parece conveniente para ti. Pero como no quiero parecer hipócrita, te digo esto por mi experiencia, no para que sientas que estoy ordenándote cómo debes vivir tu vida. Hablo en serio. Yo lo sé perfectamente. Mi cara ha salido en la prensa tantas veces que ya no puedo recordarlas todas. Y siempre ha sido por mujeres. Entiendo que para cualquiera es muy difícil negarse, y algunas veces te descubre la prensa y otras no. Mi único consejo es que seas prudente y discreto. La prensa estará encima de ti".

Asentí con mi cabeza. Él tenía razón. Debía ser cuidadoso, prudente, discreto en cada paso que diera.

Pensé en Carla unos segundos después. Habíamos sentido un enorme placer las dos veces que habíamos tenido sexo. La segunda vez, en la playa, fue incluso mejor, con el mar y la arena cerca de nosotros.

Antes me inquietaba estar con alguna mujer, pero con Carla mis sensaciones eran distintas. Sentía un gran deseo de estar a su lado, hacerle el amor, conversar. Todo. Por un momento, me sentí como los románticos empedernidos, que veían en el amor una forma de vida y tenían la ilusión de pasar toda su vida con una sola persona.

Pero Carla manejaba mis relaciones públicas. Estar con ella era ir en la dirección contraria. Era todo menos prudente y discreto. Si nos descubrían, mi carrera se iría al traste, y también la de ella.

Carla, sin embargo, sabía guardar secretos. Entendía el riesgo que corríamos. Solo se lo había contado a su mejor amiga, que de todas formas no contaría nada en internet ni en los periódicos sensacionalistas. Carla era discreta. Era parte de su trabajo.

Y no lo hacía para su protección. Lo hacía porque estaba plenamente convencida de que mantenerse así era lo mejor. Yo sabía que ella impediría que volviéramos a estar juntos.

Yo haría lo mismo. Evitaría acostarme con ella de nuevo.

¿O no?

Mierda. Había problemas a la vista.

# Capítulo 12: Carla

Isabel y yo solíamos vernos a finales de mes para conversar y distraernos un rato. Con tantas ocupaciones me costaba verla, así que si no nos encontrábamos para esas fechas podía pasar un buen tiempo sin tener noticias de ella. Lo mismo me sucedía con el resto de mis amigos.

Debía buscar la manera de tener más tiempo para entretenerme y olvidarme del trabajo, aunque solo fuese por un rato.

Julián y yo habíamos cenado para conversar sobre su imagen, así que Isabel y yo habíamos decidido encontrarnos dos días después. Nos vimos en Las Margaritas, nuestro lugar habitual para tomar algo. El sitio era lujoso, con piso de madera de pino y paredes revestidas. Había una barra en un lado y una pista de baile con un espacio para alguna banda en otro costado. Las mesas estaban en el centro del lugar.

Como éramos clientas habituales, el camarero sabía qué queríamos tomar, así que nos sirvió dos ginebras.

"Háblame de Julián. Quiero saber cómo van, tanto en la parte profesional como en la parte íntima", me pidió Isabel. "Y permítame felicitarte por ese gran logro. Estás escalando en tu oficina. Ahora manejas relaciones públicas de celebridades".

Asentí y le agradecí. Era mi primer cliente de ese tipo, con los que ella estaba acostumbrada a trabajar. Yo me sentía bien con mis clientes de siempre, pero trabajar para alguien como Julián subía las cosas a otro nivel para mí.

Además, Julián y yo habíamos dedicado tiempo a revolcarnos.

"Bueno, me gusta trabajar para Julián. Su pasado está lleno de conflictos y peleas. Pero supongo que es parte de mi trabajo".

Bebí e Isabel me dio la razón.

"Por supuesto, amiga", me dijo. "Y tu trabajo se facilita si conoces más a Julián".

Reí a carcajadas.



"Sí, tal vez es cierto", le dije. "Ya nos conocemos *muy* íntimamente".

Isabel no pudo evitar sonreír con esas palabras.

"Me cuesta mucho pensar que hiciste el amor con el enemigo de Iván, que antes era su mejor amigo. Y no solo eso, es tu cliente. De todas formas, no me gustan los chismes ni los rumores".

Reí con su declaración. "Sí, me lo tiré en un baño. Cuando estudiamos juntos, nunca pensé que eso se haría realidad. Seguí con mis sueños húmedos aun en la universidad, pero estar con él se veía imposible, como si él fuese de otro planeta".

Incluso poco antes de verlo en el bar había tenido orgasmos mientras me tocaba pensando en él. Ese recuerdo me estremeció, al punto de que me ruboricé.

Isabel afirmó con su cabeza. "Sí, recuerdo perfectamente que te gustaba incluso cuando estabas en la universidad".

"Sí, pero ni en mis pensamientos más optimistas pensé que ocurriría".

"Es que realmente es todo loco, amiga", me dijo Isabel.

Encogí mis hombros. "Bueno, como dicen en la oficina, el mundo es un pañuelo. Pero no había sabido más de él. Sabes que mi hermano y yo quisimos distanciarnos de nuestros amigos".

Isabel asintió con la cabeza y sus recuerdos se fueron a la universidad. Mi hermano y yo habíamos sido muy unidos siempre, incluso estudiamos juntos desde el preescolar. Pero cuando empezamos nuestros estudios universitarios, decidimos bifurcar nuestros caminos y ser más independientes el uno del otro.

Esa estrategia había funcionado en mi caso. Isabel era mi mejor amiga y mi carrera me satisfacía. Pero Iván era todo lo contrario. Había empezado bien la universidad y el básquet, pero cuando lo rechazaron para jugar en la liga profesional, que había sido su anhelo de toda la vida, su recorrido se estropeó un poco... o bastante.

"Entonces... ¿cómo estuvo en la cama?", me pidió que le dijera.

"Amiga, te confieso que...", le dije, "estuvo excelente".

Isabel rió con mi confesión. "Quizás sea porque es un atleta. Imagino que

Alberto debe ser igual de bueno en la cama. Se ejercitan durante toda la semana y te dan una rica sesión de placer".

Dije eso y me pareció que sabía de cosas muy privadas. Eso sonrojó mis mejillas. Isabel, por su parte, no tenía reparos para contarnos todo lo que hacía con su marido, con lujo de detalles. Eso me parecía bien, salvo que algunas veces preferiría no oír todo con tanta precisión.

"Y ahora que ya han estado juntos en la cama ¿qué sientes por él?", me preguntó Isabel. Pero no le respondí, así que supo que debíamos cambiar de tema rápidamente.

Encogí mis hombros. Tomé algo de mi bebida y vi cómo el hielo lentamente se derretía en el vaso. Hablar de ese tema en concreto me incomodaba. Hablar sobre Isabel y su intensa vida sexual me parecía una mejor idea que conversar sobre lo que sentía por Julián.

# Capítulo 13: Carla

"Bueno, creo que solo es sexo", le respondí después de un rato que pareció una eternidad. "La pasamos muy bien las dos veces que estuvimos juntos, pero me parece que no sé mucho sobre él. Me parecía sexy en la secundaria y la universidad. Iván y él discutieron y se distanciaron. Es todo lo que sé sobre él. No tenemos una relación tan profunda".

Isabel asintió. Bebía tan rápido que su ginebra ya casi estaba a punto de terminarse. Por el bebé apenas si salíamos, así que trataba de disfrutar conmigo lo máximo que pudiera.

"Pero es muy sexy", le dije, sonando obvia. "Además, en la cama es un semental. Me siento tan atraída por él que me cuesta distanciarme, aunque solo sea un poco. Sé que es lo correcto, porque es un jugador famoso, tiene mala fama y debo encargarme de cambiarla".

Isabel rió con mis palabras. "Supongo que eso será complicado", dijo.

Isabel conoció a Alberto cuando empezó a gestionar su imagen y sus relaciones públicas. Después de todo ese tiempo, me parecía increíble que tuvieran una relación estable y alejada de problemas. Con su experiencia, y la mía, podíamos comprobar las dificultades de mantenernos a distancia de los deportistas que ayudábamos.

Mientras terminábamos nuestras bebidas, una apacible música se oía desde el fondo del plácido restaurante. Tenía algunas mesas llenas y otras vacías, lo que me hacía sentir bien. Me gustaban los lugares que no estaban colmados de gente.

"¿Planeas acostarte con él otra vez?", me preguntó Isabel.

La miré a los ojos tratando de negarme, aunque en mi interior sentía que sí quería hacerlo.

"Pues no creo que sea lo más adecuado para ambos", le dije, tratando de sonar convincente. "Lo digo por la prensa".

Isabel encogió sus hombros. "Sí, sé que no lo es, pero a mí eso no me detuvo". Ella rió. "Creo que, aunque lo intentes, no podrás detenerte. Todo lo que va a

pasar, pasará".

Asentí con la cabeza y le di la razón. Me había pasado con Julián. Nunca había planificado estar con él en una playa o el baño de un bar, pero había sucedido porque no había logrado frenar mis impulsos.

"A mí me sucedió con Alberto. Manejaba sus relaciones públicas y cuando me di cuenta ya hacíamos el amor. Y un tiempo después, ya había decidido que quería pasar con él resto de mi vida. Ahora no puedo imaginar mi vida sin él".

Agité mi cabeza. "Bueno, no creo que ese sea mi caso", le dije.

Isabel rió. "Pareciera que estás convencida".

"Sí, lo estoy", le dije. "No lo veo como el hombre de mi vida. Estoy tan ocupada que no tengo tiempo para eso. Ni siquiera para una cita".

"Sí, me lo has dicho. Apenas tienes tiempo para ti".

Asentí de nuevo. "¿Cómo hace la gente para tener citas? No logro entender cómo tienen tiempo para sus parejas. Yo siempre estoy ocupada".

Isabel encogió sus hombros. "Pensaba lo mismo que tú, pero luego me di cuenta que, si crees que vales la pena, sacas tiempo para esa persona".

Isabel sonaba convencida. "Pero yo no puedo hacer eso. Además, Iván está jodido, como siempre".

"¿Cómo dices?", me preguntó Isabel.

Le pedí a Esteban, el camarero, que me sirviera otro trago de ginebra, más fuerte. Lo necesitaría para contar sobre la última "travesura" de mi hermano.

"Lo sacaron de su casa y ahora vive conmigo", le dije. Isabel asintió. "Y la historia continúa. Por sus antecedentes y su historial de arrestos por el alcohol, los jueces le dieron tres meses de libertad condicional por beber excesivamente en plena calle. Un policía levantó cargos contra él por supuesta agresión".

Isabel parecía sorprendida. "Iván era un buen hombre, hasta donde recuerdo".

Suspiré y recordé esa época. "Sí, lo era. Cómo deseo que se recupere pronto. Entiendo que está triste desde que lo rechazaron en la liga, pero creo que el tiempo ha pasado y debería seguir adelante, buscando otra pasión".

"Pero deberías dejarlo solo para que resuelva sus problemas. Tú no eres su

madre", me dijo Isabel.

Asentí con la cabeza. "Te entiendo, pero no quiero dejarlo en la calle y ya. Es mi hermano gemelo".

Isabel asintió. Ella entendía mi punto de vista, pero también entendía lo que ella trataba de explicarme. Iván ya era un hombre y debería asumir la responsabilidad de sus actos y comportarse.

Pero ya estaba agotada de este círculo vicioso. Quería dejar de actuar como su niñera, preguntándome si aguantaría otra noche más y cuál sería su próxima locura. Él era consciente de las consecuencias de sus acciones y cómo me afectaban, pero en algún punto, dejó de importarle y seguía haciendo cosas fuera de la ley.

Su actitud despreocupada me hacía sentir terriblemente mal. Y estaba también agotada de sentirme así. Por un parte, mi vida iba bien, pero por otra, su vida era un desastre, y yo tenía que hacer lo posible para ayudarlo. Además, quería evitar que no supiera que Julián y yo nos veíamos, o eso solo empeoraría todo.

"En algún momento lo sabrá, Carla", me dijo Isabel. Noté que no había dejado de observarme mientras me había distraído pensando en Iván.

Busqué calmarme respirando profundamente. "Desde lo más profundo de mi corazón espero que tengas razón".

Mi celular sonó y se interrumpió la conversación. Era Julián. Me estremecí al ver su nombre en la pantalla y casi no pude evitar sonreír.

"Isabel, deberás disculparme", le dije. "Tengo que atender esta llamada".

Ella asintió. Puse el celular sobre mi oído y tapé con mi mano derecha el otro para escuchar mejor las palabras dulces de Julián.

"Hola, cariño", dijo Julián. Su voz apenas se oía. "¿Dónde estás?", me preguntó.

"Mi amiga Isabel y yo tomamos algo", le dije.

"Vaya, cuánto lo siento. Ojalá estuvieras aquí conmigo".

Por su forma de hablar, supe que había tomado.

"¿Te gustaría venir?", me preguntó.

"¿Quieres decir ahora?", le pregunté.

Miré a Isabel. Lucía distraída, como si se fijara en los comensales, pero sospeché que trataba de escucharme. Sí, quería ir con Julián, pero me parecía descortés salir corriendo y abandonar a Isabel allí.

"Bueno, sí, ahora", me dijo Julián. "Vamos, cariño. Me gustaría pasar la noche contigo".

Quería acostarse conmigo y su nivel de borrachera era notable. Sí, quería estar con él. Lo supe por mis piernas temblorosas y las mariposas en mi estómago. Sentí cómo mi piel se erizaba por el deseo.

"Déjame ver si puedo ir, pero no te prometo nada", le dije.

Antes de agregar algo, colgué mi celular y quise mantener mi decisión. Pensé en despedirme de Isabel y salir a los brazos de mi chico.

"¿Qué sucedió?", me preguntó Isabel.

"Era Julián. Está un poco tenso porque siente que no logra compenetrarse con sus compañeros en el equipo. Quiere saber cómo puedo ayudarlo con eso".

Obviamente le mentía con descaro. La razón era muy distinta. Simplemente yo quería encontrarme con él y arrojarme sobre su cama. Pero a pesar de ese deseo, quise ser educada con Isabel.

"¿Entonces irás?", me preguntó Isabel.

Agité mi cabeza. "Creo que no debería ir".

"No, amiga. Debes ir, es una emergencia. Busca cómo resolver este asunto. Entiendo perfectamente lo que se siente que estos famosos te llamen a cualquier hora y te jodan las citas".

Sonreí levemente. "¿Segura que crees que debo ir?", le pregunté.

Isabel asintió. "Claro que sí. Y Alberto estará feliz cuando me vea volver a casa".

"Vaya, Isabel, te lo agradezco", le dije. Dentro de mí sentía algo de culpa por interrumpir la cita y huir para ver a Julián. Pero en ese punto, ya no podía controlar mis ganas de verlo. Saqué algunos billetes para pagar y los puse en la mesa.

"Pagaré estos tragos", le informé.

Isabel se quejó, pero le di una palmada en el hombro.

"Cuando nos veamos de nuevo, te tocará a ti pagar", dije y me fui.

Ahora sí estaba disponible para él. Usaba pantalones ajustados que combinaban con una blusa roja y un escote ajustado. Ropa útil para compartir con algunos amigos, ir a una cita o encontrarte con el hombre que te daba largas noches de placer.

Yo quería otra noche de placer. Y la idea de tener relaciones sin compromiso estaba empezando a gustarme.

*Sí, me gusta la idea y me hace sentir feliz, me dije, mientras me estremecía fantaseando con Julián, aunque quería que no pasara nada más profundo entre nosotros. Lo mejor para mí en este momento es tener sexo sin compromiso.*

Y quería también que el resto de mi cuerpo pudiera pensar, así como estaba haciéndolo mi corazón.

# Capítulo 14: Julián

Con tanto licor en mi sistema sanguíneo ya estaba empezando a sentir deseo. Quería tener relaciones pronto, y solo quería tenerlas con Carla. Desde que estuve con ella la primera vez, solo quería estar con ella, lo que me hacía sentir muy extraño.

Habíamos estado juntos y cada vez era mejor que la anterior. La última había sentido tanto placer que pensé que jamás sería posible sentirse tan bien. Solo podía desear tenerla de nuevo para volver a sentir esa delicia de mujer sobre mi cuerpo.

Cuando la contacté por teléfono, ella aceptó verse conmigo otra vez. Sentí alegría y también sorpresa.

Pensé que rechazaría la idea, pero increíblemente la aceptó.

Entonces me excité más.

Tenía muchas ganas de penetrarla, lo que me hizo sacar de mi mente confundida todos los pensamientos que me instaba a negarme. Debía evitar tener sexo con ella, entre otras cosas, por mi pasado. Así que debía ser muy cauteloso. Sabiendo eso, evitaría verla en un lugar público y me limitaría a hacer todo en secreto.

Llegó y abrí la puerta para recibirla. Cuando la vi, era como un ángel caído del cielo. Sus pantalones parecían estar pegados a su cuerpo, pero quería arrancárselos. Me gustaban sus piernas, pero quería verla desnuda.

De pies a cabeza.

Ella pasó y la empujé contra la pared. Con mis caderas apreté su cuerpo. Llevé mi pene a su vagina y busqué rápidamente sus tetas con mis dedos. Pude sentirlos a través de su bajo escote, y noté que la intensidad de los latidos de su corazón era enorme, al igual que sus jadeos. La apreté, toqué sus pezones con furia y ella volvió a gemir. Estaba excitada.

Salieron otros gemidos de su rica boca. Pasé mi pene por su clítoris, sintiendo cómo nuestra ropa nos separaba. Deseaba tanto estar dentro de ella que mis bolas empezaron a dolerme.



Empezó a acariciar mi cabello.

Bajé mis dedos para subir su blusa y palpé su piel desnuda. Se preparó para que se la quitara y se la arranqué. Quedó en el piso. Llevaba un elegante sostén, pero yo ya quería bajar sus vaqueros y empecé a bajárselos, al tiempo que se quitaba sus zapatos.

Quise llevarla a mi cuarto rápidamente. Fuimos a la sala, dando pasos descoordinados en medio de la casa. Caímos sobre el sofá y nuestros cuerpos quedaron pegados el uno del otro. Llevó sus manos a mi cintura para quitarme la camisa hasta que la rasgamos de mi pecho.

Entonces me quitó los pantalones y el resto de la ropa. Quedamos con nuestra piel al descubierto. La giré para penetrarla y ver su culo radiante.

"Venir aquí demuestra que eres una chica mala. Mereces un castigo", le dije, golpeando su culo.

"Me duele," gritó, pero luego continuó: "Quería verte, no pude negarme".

"Pero no deberíamos hacerlo", le dije, mientras la golpeaba otra vez. "Podría complicarnos la vida".

"Lo sé. Es que no puedo evitar ser una chica mala", dijo. Entonces movió el culo hacia mí para que lo azotara otra vez. "Castígame. Sé que lo merezco".

Froté su clítoris y palpé su vagina húmeda, que ya derramaba líquidos para mí, abriéndose para que yo le hiciera lo que quisiera porque era su dueño y necesitaba que la penetrara.

Debía pasar a la acción. Me ubiqué encima de su cuerpo, lo que le arrancó varios gemidos, aunque aún no la había penetrado. Solo me frotaba contra sus caderas y tocaba su clítoris.

Con mi pene casi listo para enrumbarse sobre su interior, sentí que era un hombre poderoso por la fuerza que me daba el alcohol que había tomado.

"Te necesito", le dije entre besos. "Quiero cogerte ahora mismo".

"Entonces hazlo", me dijo.

Mi idea era llevarla a mi cuarto y hacerle el amor allí. Sentí que allí estaríamos mejor. Nos levantamos, la tomé de su cándida mano y la llevé hasta mi habitación. Sentí mi erección en el camino. Descubrí cada centímetro de su

perfecta anatomía mientras subíamos.

Llegamos y casi no la dejo pasar, quería hacérselo, así que fui por su cuerpo. Posé su cuerpo sobre mi cama en una andanada de besos y lamidos urgentes. Busqué un condón, lo llevé a mi pene y me convencí de que era el mejor en lo que estaba haciendo.

La besé más profundo, y pude sentir cada parte de su exquisita boca. Sentí su necesidad también en sus labios con sabor a ginebra.

Dispuse su anatomía para que se sujetara a la cama. Se notaba hambrienta y empezaron a salir más gemidos de sus labios.

Llevé de nuevo mi mano a sus piernas, y fui hacia su vagina. Un mar de humedad salía de su interior. Supe que estaba lista para mi pene.

Era el momento. Ambos estábamos listos. Posé mi pene sobre su entrada y luego la penetré. Trabajé lentamente sobre su vagina, y los sonidos de deseo que salían de su garganta empezaron a llenar mi cuarto. Ya estaba dentro de su cuerpo y ella se movía con placer hacia arriba y hacia abajo.

Retiré mi pene por un instante, lo que la hizo quejarse. Volví a metérsela, y entonces empezó a gritar con fuerza. Estuve adentro y salí hasta que encontré mi ritmo. Fui con fuerza sobre ella y sus alaridos de placer volvían a colmar el ambiente mientras la sujetaba con fuerza. Gritó, cada vez con más furia, y yo metía mi pene con más rudeza. Ella sudaba y su perfume llegaba a mi nariz. Se sujetaba a la cama con sus manos temblorosas.

Sentía que mi orgasmo estaba cerca, pero quería esperar hasta que ella estuviera lista para venirse también. Pude notar que también estaba a punto de acabar por sus movimientos y los gritos, cada vez más fuertes.

Busqué su clítoris con mis manos y me acerqué más a ella. Lo toqué con suavidad y ella gimió varias veces. Seguí cogiéndola y tocándola, arrancándole esos gritos de placer y causándole escalofríos en todo su cuerpo.

Ya casi se venía. Estaba más tensa que antes. Se vino y su vagina apretó mi pene. Gritó sin parar, y me sujetó el pene con tanta fuerza en sus caderas que también me vine.

Fui con intensidad sobre su vagina y llegué lo más lejos que pude. Liberé todo mi semen en el condón y ella sacó todo con su cuerpo, con su vagina actuando

sobre mi pene. También gemí sin poder contenerme.

Después de un rato, pude recuperar el aliento. Ella también estaba respirando con más calma. Cayó sobre la cama, jadeante y agotada, pero feliz.

Fui a la cama y la llevé hacia mi pecho. Quedó sobre mi abdomen y empecé a rastrear su piel. Su cuerpo lucía fenomenal.

"Estoy feliz de que estés aquí", le confesé.

Ella rió. Sí, ambos sabíamos que sonaba rara esa frase en mis labios.

"También estoy feliz", me dijo.

Ignoré el sonido de mi celular, oyéndose repetitivamente entre mis cosas. Nada perturbaría nuestro encuentro.

Pero siguió sonando. Y su celular también empezó a sonar repetidas veces a lo lejos.

"¿Qué sucede?", me preguntó.

Agité la cabeza. "Que yo sepa, no, pero podría estar pasando algo".

Sí, podría estar pasando algo y no sería nada bueno. Empecé a sentir que después de todo, vernos había sido mala idea. Podrían habernos seguido.

# Capítulo 15: Julián

Encontré mi celular en el suelo, entre mis pantalones. Vi que había muchas notificaciones y mensajes. En internet y las redes sociales había miles de comentarios sobre Miguel y el equipo de los Tigres. En todo el país la gente se tomaba el tiempo para leer y compartir sus opiniones.

"¿Y ahora qué hiciste?", me preguntó Carla un poco molesta mientras se ponía de pie.

"Si quieres saberlo, déjame decirte que no es mi culpa", dije, sonando también molesto.

Carla se sintió inquieta, buscó una bata en el baño y se la puso. Salió de la habitación y busqué mi teléfono otra vez. Había comentarios sobre mí, sobre una supuesta "falta de lealtad", unas cosas sobre algunos encontronazos entre los propios miembros del equipo, y para colmo de males, Miguel opinando sobre mi pasado violento.

"Menuda cagada", dije. Carla regresaba al cuarto, así que cubrí mi pene con una sábana. "Esta cagada me perjudica, aunque ni siquiera sé de dónde viene", le dije con ira.

Carla estaba concentrada en su teléfono. Se ubicó en el extremo de la cama, y pude contemplar cómo caían sus lindos rizos sobre sus mejillas. Sabía que su cuerpo me envolvía, pero en ese momento internet era lo que me preocupaba. Ella estaba pensando en su trabajo en ese instante, pero de todos modos se veía espectacularmente bien. Me quedaría observando cada parte de su cuerpo, pero la mierda estaba alrededor de mí.

Siempre había mierda alrededor de mí, aunque me esforzara por dejar mi pasado atrás y hacer todo bien en el presente. ¿Qué carajo estaba pasándole a Miguel? ¿Tenía envidia de mí? ¿Por qué me confrontaba refugiándose en internet? Todos manejaban redes sociales y ya habían leído sus comentarios. Era como si un alud de mala fama pasara por mi espalda. Algo que definitivamente no necesitaba.

Más y más comentarios aparecían en internet y yo podía leerlos todos en mi teléfono, que sonaba incesantemente.

"Julián, si hay algo que no necesitas, es precisamente esto", me dijo Carla con sus ojos fijos sobre los míos.

Su mirada era de molestia.

"¿De verdad crees que tenía la intención de que esto pasara?", le pregunté. "No planeé cogerte y después aparecer en internet como un pendejo".

Se molestó más cuando le dije "cogerte". Entonces me calmé.

"Carla, discúlpame", dije. "No quise sonar rudo. Es solo que no quería que esto pasara".

Carla asintió, pero seguía molesta.

"Resolver esto tomará tiempo. ¿Qué le pasa a este tipo contigo? ¿Qué le hiciste?", me preguntó.

Negué con mi cabeza. "¿Por qué crees que yo le hice algo a él?".

"Porque no eres ningún angelito. Conozco tus antecedentes".

Una marea de ira empezaba a sacudirme. "Si hay algo que no quiero escuchar de ti es exactamente eso".

Ella suspiró y la conversación se interrumpió momentáneamente. No quería agregar nada a la charla, si se podía llamar de esa manera.

"Dices esas palabras como yo quisiera atraer los problemas, que es justamente lo que no quiero".

Ella agitó su cabeza. "Discúlpame. Hay tantas cosas que hacer para mejorar tu imagen y ahora sale esto".

"Sí, sé que mi imagen es una mierda y costará una tonelada de trabajo para que puedas mejorarla, pero no tienes que restregármelo en mi cara".

Ella asintió. "Sí, te entiendo. Ya te pedí disculpas. ¿Explícame de dónde viene esto, de qué se trata?". Señaló mi celular.

"Sinceramente no sé", le dije. "Solo sé que algunos jugadores de los Tigres no se alegraron de mi llegada. Pero no les hice nada, si es lo que quieres decir".

"No quise decir eso", dijo, pero sabía que pensaba lo contrario. Estaba convencido de ello. Después de una buena sesión de sexo, estábamos molestos, y ella parecía arrepentirse de todo lo que había pasado entre

nosotros.

"Escúchame, Julián", dijo con seriedad y continuó, "iré a mi casa para trabajar en mi computadora y encontrar la manera de resolver este rollo. Estoy segura de que en los próximos días pensaré en algo. Te esperaré el lunes en la oficina y veremos qué hacer al respecto".

Fue a buscar su ropa y no dijo nada más. Volvió, supuse que, para despedirse, y su ropa estaba en sus brazos. Delante de mí, sin incomodidad alguna, se deshizo de la bata y subió sus bragas por sus piernas.

Para pensar en otra cosa que no fuese sexo, busqué ropa interior para mí en una de mis gavetas. Terminó de vestirse, la acompañé a la puerta y evité decir algo.

"Nos vemos el lunes", dijo. Su silueta desaparecía poco a poco entre la oscuridad.

# Capítulo 16: Carla

Ví la computadora. Allí, frente a mí, estaba el historial de Julián, un archivo que me inquietaba. Tenía antecedentes terribles. Un cargo por agresión por una pelea en una cancha que se salió de control, y violencia ante los medios de comunicación que le preguntaron al respecto.

Agresión, temperamento fuerte. Esas reacciones violentas complicaban la vida de Julián. Él, siendo famoso, debería hacer lo mismo que muchas celebridades: no tomar nada en serio y continuar con su vida. Así, la prensa no estaría tan pendiente de su naturaleza enfurecida.

Pero el caso de Julián era que tenía una fama negativa. Aún no había cambiado esa percepción. Iba de mal en peor. Y ahora estábamos juntos gracias al destino. Mi deber era hacer mi trabajo para que los fanáticos de los Tigres y el resto de la gente comenzaran a verlo como una buena persona. O que olvidaran ese pasado que los había llevado a verlo de ese modo.

Cerré mis ojos cansados, tratando de encontrar explicaciones. Carajo, ¿por qué el viernes había empezado y terminado infernalmente? Habíamos tenido tan buen sexo que a cada momento pensaba en poder estar con él de nuevo. Mi memoria no podía evocar quién fue el último hombre con quien me había acostado y que me hubiera producido esa sensación, además de parecerme un buen tipo.

Pero después vino lo de Miguel y todo se había vuelto un caos.

Entonces Julián y yo habíamos discutido. Hice referencia a su pasado y eso le disgustó. Aunque estaba claro que él había reaccionado de una manera inapropiada. Actuó consciente de las consecuencias de sus actos, sin presiones de nadie, pero seguía siendo injusto con él que solo él pagara las consecuencias.

No sabíamos qué pasaba con Miguel, pero sí entendíamos que quería molestar a Julián y ponerlo en una situación difícil, como en el pasado. Eso era terrible para Julián. Lo provocaba, quizás con la intención de sacarlo del equipo, lo que sería el fin de su carrera y probablemente de su vida.

Hice mi mejor esfuerzo para que se sintiera bien. Era parte de mi labor de

relacionista pública, pero perder su trabajo lo devastaría. Y lo destruiría a nivel personal.

Como sucedió con Iván, que después de no poder entrar a la liga profesional se había desorientado y ahora vivía borracho y con problemas. Tenía mucha experiencia con sus desastres.

No. No quería ese desorden para nadie. Ni para mi hermano ni para el hermano de nadie.

Encontré una hoja en blanco y escribí algunas ideas para mejorar su decaída imagen. Primero debía atender los comentarios en internet, y luego, lograr que Julián fuese admirado otra vez por los fanáticos. Había sido adorado por sus fanáticos, así que quería que volvieran a amarlo.

Me detuve a pensar. ¿Por qué todos odiaban a Julián? Si entrenara con ellos siempre, entenderían que no reaccionaría violentamente con frecuencia. Quizás nunca lo haría.

A no ser que sí fuese realmente violento y yo todavía no había visto una reacción de ese tipo. Para hacerme una idea completa, debía asesorarme bien y contactar otras personas.

Me guie por mi instinto. A fin de cuentas, nunca me había fallado. Tomé mi celular, marqué rápidamente para no arrepentirme, y esperé que atendiera.



# Capítulo 17: Carla

Miguel Lucena me atendió tras tres repiques, y se oía cansado.

"¿Hola?", me dijo.

"Señor Lucena, es un gusto saludarle. Soy Carla Querales. Lo llamo de parte de Julián Contreras".

"Disculpa ¿quién eres?", preguntó. "¿Eres periodista o algo así?".

"No. Soy su gerente de relaciones públicas".

"Oh...", me dijo. Ahora se oía enfadado.

Quise que mi respuesta fuese suficiente para que él comenzara a hablar conmigo.

"¿Podríamos conversar sobre los mensajes en internet que se han propagado? Entiendo que usted ha expresado sus opiniones sobre él".

"Así es", me dijo Miguel. "Ese hombre no vale la pena, como se puede ver en los noticieros".

"¿Puede contarme qué sucedió?".

Él rió. "Lo que puedo decir es que se descontrola fácilmente. No sé si me entiende".

Me contuve de continuar hablando antes sus palabras. Él quería soltar mierda sobre Julián, pero yo no quería esos detalles.

"Me gustaría que me contaré qué sucedió exactamente", le dije otra vez. "He buscado, pero no hay nada concreto en internet ni la televisión".

Todo lo que circulaba hacía referencia a Miguel como un pobre hombre que había salido perjudicado por Julián, pero no había evidencia de nada.

"Salí con mis amigos a divertirme y de la nada ese pendejo me atacó. Te puedo asegurar que está loco de remate".

"¿Por qué Julián querría golpearte?", le pregunté.

"Sinceramente no lo sé. Solo mencioné el estado de Montaña Blanca y él se irritó. Se irritó muchísimo".

Inhalé con calma y luego exhalé con fuerza.

"¿Y ese episodio cuándo ocurrió?"

"El viernes por la noche. "No se atrevería a golpearme en los entrenamientos porque lo despedirían y lo enviarían a la calle, el lugar donde debería estar ese imbécil".

Asentí con la cabeza al saber que ya había obtenido toda la información que me hacía falta. "ha sido un placer, señor Lucena. Su información será muy valiosa".

Las últimas frases que había dicho no encajaban.

Todo lo que había dicho Miguel era una soberana mentira. Solo decía esas cosas para destruir a Julián. Más allá de sus razones para decir eso, la cuestión es que todo era mentira. Pude haber seguido reconstruyendo sus pasos a partir de su conversación, pero no era creíble por un tema de fechas.

Miguel mentía. Dijo que la pelea había sido el viernes, el mismo día que Julián y yo nos acostamos.

Julián y yo nos vimos alrededor de las nueve de la noche. Acababa de salir de la ducha. Estaba vestido con ropa deportiva, podía percibir su aroma agradable. Estaba preparado para salir a entrenar tras despedirse de mí. Pero se veía triste. Era normal en una situación como la que él estaba viviendo.

"Julián, qué gusto verte", le dije. La reunión era muy profesional, con un tono muy educado. Quise saludarlo con más efusividad, pero no quería romper esa barrera en público y que pensaran que había algo entre nosotros... o *mucho* entre nosotros.

"¿Cómo va todo?", le pregunté.

Encogió sus hombros. "Mal. Estoy hasta el cuello de estos chismes de mierda. Todo lo que quiero es salir a la cancha y jugar. Creo que ya esto ni siquiera es un deporte. Para la gente es solo chisme y diversión. Sufrimos por lo que nos pasa y eso le encanta a esos pendejos".

Asentí con la cabeza. Tenía razón y eso lo hacía sentir muy mal. Iván era el mejor ejemplo de ello, y no tenía ningún fanático pendiente de su vida.

"Entonces primero te daré buenas noticias", le dije.

Un aura de esperanza se asomó sobre su rostro.

"Miguel difundió algunos rumores sobre tu comportamiento. Todo es mentira. Lo verifiqué".

Julián se calmó un poco. "¿Cómo supiste eso?", me preguntó inquieto.

"Simple. Lo llamé a su teléfono".

Frunció su ceño con mucha sorpresa. "¿Y reconoció que mentía?", me preguntó.

Me reí. "Para nada. Me contó todo lo que supuestamente había ocurrido. Que te topaste con él el viernes por la noche y te irritaste cuando él mencionó al estado de Montaña Blanca y lo golpeaste".

Julián negó con su cabeza. "Pasé la noche del viernes contigo".

"Exacto".

Él sonrió, suspiró y sus hombros se relajaron, pero de inmediato su sonrisa se congeló. "¿Y ahora qué paso daremos?", me preguntó.

"Esa es mi duda", le dije. "Lo mejor para ti sería que contaras la verdad, y si tuvieras algún testigo, sería excelente. Todos te creerían".

"Pero tú y yo...".

"Sí, no hace falta que lo digas". Lo vi con seriedad. "Si se enteran, puede que las cosas no luzcan muy bien que digamos".

"¿Crees que está mal que hagamos el amor?".

Agité mi cabeza. "No me parece mal, pero soy tu gerente de relaciones públicas. Podrían pensar que estás tratando de comprarme para beneficiarte".

Julián asintió y luego habló con cautela. "Vaya, creo que tienes razón. Tal parece que siempre la gente piensa lo peor".

"Así es, desgraciadamente, sobre todo para las celebridades", le dije.

"¿Y si decido simplemente mentir como él? Puedo inventar algo sobre él que lo haga quedar mal y la gente me creerá".

"Sí, te creerán. Y es cierto, la gente ama todo ese circo de chismes y dimes y directes, pero no te gustará llegar a ese punto. Si mientes como él, irá por ti. Quedarás en medio de esa telaraña de mentiras y te costará mucho que salgas

de ahí".

"Pero soy yo el que la gente ve como una mala persona".

Agité mi cabeza. "No. Perderás tiempo buscando afectar *su* imagen en lugar de actuar para cambiar la tuya. Te verían como un deportista terrible. Debes actuar como un modelo a seguir".

Julián respiró con ansias. "No arreglaré este problema siendo un 'modelo a seguir'", me dijo.

"Por ahora, no", le dije, aceptando la verdad en sus palabras. "Pero a largo plazo la gente te verá como una buena persona y percibirán que vale la pena dejarte en el equipo".

Pero no se veía convencido. Noté que quería actuar en represalia, provocarle a Miguel el mismo dolor que él sentía. Era el camino fácil responder con rabia cuando tu fama estaba enfangada por los dichos de otros. De hecho, a muchos les parecía lo más justo.

"Miguel espera que actúes como él. Su intención es que te molestes. Y si logra irritarte y que pierdas los estribos, logrará su cometido. Su plan siempre ha sido ese: que lo golpees, y así demostrar que tiene la razón al acusarte de agresión".

Julián se quejó. "¿Por qué todo es tan difícil? No sé qué hice para merecer esta ola de excremento".

"Te entiendo", le dije. "Pero le buscaremos una solución".

Otro quejido salió de la boca de Julián. Sus ojos recorrieron la oficina. Era como si él buscara la solución a sus problemas en el escritorio y las sillas.

"Si guardo silencio sería como si renunciara a defender mi nombre. No me parece bien. ¿Y si le cuento al mundo sobre ti? Podría dar resultado".

Me negué con la mirada.

"No me parece que vaya a funcionar", le dije.

"Carla, yo sí creo que podemos avanzar con ese plan, más de lo que hacemos aquí, viéndonos las caras".

Suspiré varias veces antes de continuar con mis argumentos. Sus palabras insistentes aturdían mi cerebro. Miguel había mentido, lo que me había

calmado, pero ahora estaba estresándome con su deseo de hablar sobre nosotros.

"Julián, tú eliges el camino que tomaremos. Decide qué quieres hacer y solo dímelo".

Julián se inquietó. "¿Yo tomaré la decisión?", me increpó.

"Solo puedo darte sugerencias, pero eres tú quien decide", le rebatí con frialdad. "Tú decides cómo manejas tu vida profesional". Quise comentar algo irónico sobre su "buena" vida personal de antes, pero eludí ser tan cruda. No actuaría como Carlos, quien había llegado al límite de usar recursos tan bajos como las relaciones con final infeliz de alguien para hundir el dedo en la llaga y enfadar a Julián.

Julián también estaba empezando a mostrar molestia. Pero yo no sabía el motivo.

"De acuerdo", dijo aceleradamente. "Yo lo haré".

Se levantó y empezó a decir otras cosas antes de irse.

"El próximo viernes debes decirme qué harás. De lo contrario, tu carrera podría verse perjudicada. El tiempo va en tu contra y debes decidirte pronto".

Julián asintió y se retiró. Después de pensar que habíamos recuperado la normalidad, las últimas frases nos habían distanciado de nuevo. Él me atraía y me gustaba la química entre nosotros cuando nos entendíamos. Pero discutíamos y esa química se acababa. Era testarudo, a tal punto que no escuchaba mis sugerencias, lo que lo llevaría a decidir por su cuenta. Era su gerente de relaciones públicas, pero no su jefa ni su madre. No podía decidir por él.

Relajé mis hombros, pero no lograba sentirme mejor. Cómo quise que regresara y me abrazara, conversar y que nuestra relación fuese perfecta. Pero no lo era. De hecho, sentía que no había relación ni un "nosotros". Además, Julián no parecía ser del tiempo de hombre que vuelve y pide perdón de rodillas.

# Capítulo 18: Julián

Las dudas golpeaban mi cabeza al ver que mi imagen pública estaba en el fondo. Intentaba mejorarla y solo se hundía más y más. Pensaba que no hacía nada, en realidad, aparte de tener a Carla. Ella no contribuía a enterrar mi fama ni era un elemento desagradable en mi vida. Todo lo contrario. Era buena en la cama y estaba ayudándome con mi fama.

El viernes, la fecha límite para decidir qué haría, se acercaba, y el tiempo parecía transcurrir más rápido.

Me verían como una mala persona si contara que no le pegué a Miguel, sino que hacía le amor con Carla. Sería como si en vez de ser violento buscara acostarme con mi relacionista pública. Además, involucrarla en el lío podría afectarla o minar mi poca credibilidad. Ella también era una profesional y su carrera empezaba a tomar vuelo. Si algún cliente llegaba a enterarse de lo nuestro, ¿cómo reaccionaría al saber que se había tirado a un cliente famoso como yo?

Hundirla en el fango la arruinaría y tal vez no me serviría de nada. Sí, había sido un pendejo por mi carácter, pero joder su carrera para salvar la mía era un error, incluso para alguien con un pasado como el mío.

Ese martes empezamos a entrenar y me distraje. El entrenador nos separó. Jugamos en grupos pequeños, así que quedé lejos del pendejo de Miguel, lo que me reconfortó. Quería decirle lo que pensaba. O darle una paliza. Si lo veía cerca de mí, lo haría con todo gusto.

Pero se mantuvo lejos, afortunadamente para él. Y para mí.

Entrené con todas mis fuerzas, concentrándome en mejorar y en desestresarme. Atacar a un imbécil como Miguel me afectaría, y lo último que necesitaba era otro cargo por agresión y otra pila de malas noticias sobre mi terrible imagen.

Quise seguir entrenando, de tal modo que al terminar pudieran fluir mis ideas para mejorar mi imagen. Eso no sucedió.

Terminamos de entrenar y sentí el cansancio en mis brazos y piernas. No se me ocurría nada de nada. El sudor corría por mi cuerpo y necesitaba agua para

hidratarme.

Saludé a Alberto cuando entramos a los vestuarios a cambiarnos. "Si te invito un trago esta noche, ¿aceptarías?", le pregunté.

Alberto asintió. "Hablaré con Isabel, y si no me necesita esta noche, iré contigo con mucho gusto".

Alberto llamó a Isabel después que nos duchamos y nos cambiamos. Terminó su llamada y afirmó con su cabeza. "Iré", me dijo. "Tomaremos algo y nos relajaremos"

"Te lo agradezco", le dije.

Fuimos al bar deportivo. Nos gustaba estar ahí, había buen ambiente, y parecía que Gustavo y Alberto solían pasar las noches en ese sitio. Pude también recordar con alegría cuando despreocupadamente llevé a Carla al baño y la cogí ahí mismo, en un momento en que mi fama no era tan importante.

Nos sentamos en el centro del bar y pedimos cervezas. No era mi costumbre tomar alcohol después de entrenar, pero necesitaba olvidar mis penas.

"¿Qué te sucede, amigo?", me preguntó Alberto, confundido.

"Solo quiero relajarme", le dije.

Alberto rió. "Yo también", me dijo. "Me pareces un buen tipo, un gran basquetbolista, pero se nota que hay algo que te perturba. Y has tratado disimularlo, pero tu cara te delata".

Asentí y miré mi cerveza. Ahora todos podían darse cuenta de cómo me sentía.

"¿Viste lo que el pendejo de Miguel publicó sobre mí?", le pregunté.

Alberto asintió con la cabeza y tomó un trago antes de responderme. "Sí, y me parece un tremendo paquete de mentiras".

"Sí que lo es, porque ni siquiera lo vi esa noche. Pasé la noche del viernes con Carla".

Alberto se sorprendió con mi respuesta.

"¿Un viernes por la noche? No creo que sea un horario para trabajar en tu imagen".

Me encogí de hombros y me sentí un poco mejor de ánimo. "Eso depende.

¿Cómo definirías ‘trabajo’?”.

Alberto rió. "Amigo, ustedes han tenido sexo ya en varias ocasiones y quieren seguir juntos. Qué bueno por ti. Las gerentes de relaciones públicas son muy atractivas, por lo que veo".

Pensé que tenía razón y recordé a Isabel, la esposa de Alberto, que también había sido su gerente de relaciones públicas antes de convertirse en su esposa.

"Y ese es el punto. Estuve con Carla esa noche, pero si confieso eso, podría arruinar su carrera".

Alberto asintió. Una expresión de comprensión se asomaba en su rostro. "Sí, te entiendo. Solo podrías declarar que estás con ella hace tiempo y es una relación seria. Isabel y yo al final hicimos lo mismo".

Negué con mi cabeza. "No, por Dios. No la veo como novia. Para mí, es solamente sexo casual. No puedo dar ese paso en este instante, con toda la mierda que tengo encima".

Alberto rió. "Pareces que quisieras creer eso. ¿De verdad no quieres que sea tu novia?".

Moví mi cabeza de lado a lado. "Bueno, puede ser. Pero después de lo que viví con Lucía... Por ella empezaron mis problemas con mi compañero y luego fui cambiado a los Tigres. Me quitó el ánimo para empezar de nuevo".

"Lamento que hayas pasado por todo eso", me dijo Alberto. "Mezclar mujeres y básquet siempre genera problemas, o al menos eso parece".

"Así es,", le dije, y respiré profundo.

Tenía que ser sincero conmigo mismo. *Sí* me gustaba Carla como novia, incluso más de lo que me había gustado Lucía. Si antes no pude confesárselo a Carla y luego no podía reconocerlo delante de Alberto, tenía dificultades con mis sentimientos, y ese detalle me abrumaba. Por primera vez, estaba empezando a sentir que era el momento para aceptar mis sentimientos por ella.



# Capítulo 19: Julián

"Si dices que estuviste con Carla podrías perjudicarla y también afectar tu carrera, ¿o me equivoco?", me preguntó Alberto. Ambos sabíamos que ese era el conflicto que colmaba mis pensamientos.

Asentí y empecé a responder. "Así es. Solo se me ocurre ir a partirle la cara a Miguel, pero Carla dice que eso sería actuar como él, lo que sería lo peor. Si estuviera en mis manos, ya lo habría hecho, pero escuché a Carla y sé que lo que dice tiene sentido. Y te digo que no se me ocurre nada de nada aparte de eso".

"¿Te vengarías de él?", me preguntó Alberto.

"Por supuesto que lo haría, para que todos sepan que miente como un pendejo. Ya me siento agotado de ser siempre el culpable de todo, cuando el único error que cometí quedó en el pasado y no quiero seguir siendo juzgado por él".

Alberto asintió y tomó otro sorbo de su cerveza. Yo hice lo mismo.

"¿Y Carla cómo está llevando este asunto?", me preguntó Alberto.

Encogí mis hombros. "Dejó todo en mis manos y me pidió una respuesta antes del viernes".

"¿No te sugirió nada? ¿No te dio ideas?".

Moví mi cabeza. "Creo que está siendo tímida, lo que me parece bien en la cama, pero en el trabajo me gustaría que tomara las decisiones por mí".

Alberto se alteró un poco con mi respuesta. Las relaciones sexuales entre Carla y yo no eran su tema favorito. Yo sabía que debía evitar hablar del tema, pero las imágenes de Carla desnuda empezaron a llegar a mi mente.

La imaginé otra vez frente a mí mientras yo enterraba mi pene erecto en su vagina y ella se movía rítmicamente para alcanzar su orgasmo. Intenté sacar esos pensamientos de mi cerebro y pensar en alguna solución.

"Quizás deberías buscarla otra vez y conversar con ella", me sugirió Alberto.

Asentí con la cabeza. Alberto podría tener algo de razón en su planteamiento.

Después de su recomendación conversamos sobre otros asuntos y noté que me

sentía bien con Alberto. Hablaba y se comportaba como un tipo serio, un hombre maduro capaz de protegerte si se presentara un problema. Pensé que podría pasar más tiempo con él y fortalecer nuestra amistad.

Empezó a contar que sus primeros días como deportista fueron difíciles. Me contó que se ganó una fama de mujeriego, que afectaba su concentración y su imagen. Dio lo mejor de sí e Isabel lo ayudó a salir del atolladero. Era una novedad para mí, pues yo sabía poco sobre las noticias negativas de mis colegas, pero sentí que si él había superado esos inconvenientes, yo también podría hacerlo... ¿o no?

"Amigo, deberás disculparme, pero debo irme", me dijo Alberto después de tres cervezas. "Isabel espera en casa".

Asentí con la cabeza. "Tranquilo. Te agradezco que hayas venido", le dije.

"De nada, Julián". Tocó mi espalda levemente. "Recuerda que somos un equipo".

Se despidió con un gesto de su mano y caminó con tranquilidad. Era como si siempre estuviera feliz y yo lo envidié.

Llamé a Carla al salir del bar.

"Justo pensaba en ti", dijo ella, y sonreí.

"Me alegra saberlo", dije. El sonido de su voz alegraba mis sentidos, más cuando decía ese tipo de cosas. "¿Exactamente qué pensabas?".

"¿Ya decidiste qué hacer?", preguntó.

Esa pregunta me desanimó. No pensaba en *mí*, sino en el trabajo. Una cagada.

"A decir verdad, no", le dije. "Quisiera hablar contigo y que me dieras más sugerencias".

Ella respiró con calma. "Eso escapa de mis posibilidades. Tú eres quien decide al final, ya te lo dije. Tomarás la decisión y yo te apoyaré".

¿Hablaba en serio? No lo sabía. Si me decidía a contar lo nuestro, estaría en todas las portadas de los periódicos. No sería bueno para ella.

"Tus palabras no me ayudan mucho. ¿Qué opciones tengo?", le pregunté.

"Claro que estoy ayudándote. Y tienes opciones, aunque no muchas. Miguel te tiene agarrado por las pelotas".

Eso se oyó poco agradable, y peor aún, sentí que no quería que fuese cierto.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Acudí al entrenamiento matutino del miércoles, pero ese día sí tuve que jugar con Miguel. El entrenador nos ordenó hacer una jugada juntos, pero, aunque intenté mantenerlo lejos de mí, éramos compañeros. No había forma de eludirlo.

La pelota se me resbalaba, y Miguel no disimuló sus risas. Estaba poniéndome rojo de la ira.

"Contreras, ¿olvidaste cómo tomar el balón? Si es así, sería otra razón para hablar de ti".

"Mejor cierra el pico, Miguel", le solté.

"¿Y si no lo hago?" preguntó, con su aliento ya cerca de mi boca. Las gotas de su sudor casi caían sobre mis hombros. "¿Vas a golpearme?".

Me contuve, aunque en mi mente imaginaba cómo le daba varios golpes y lo dejaba inconsciente.

"Sé que para eso *sí* tienes talento. ¿O ahora eres una gallina?".

Estaba tan molesto por su tono de voz que la vista se me nubló. Aun así, detuve mis ganas de golpearlo. Quería evitar a toda costa darle la razón. Recordé las palabras de Carla. Debía ser un ejemplo para el resto del equipo, demostrar que mi presencia era importante y que mi pasado había quedado atrás y ahora podía controlarme.

"Parece que después de todo sí eres un cobarde", dijo Miguel mientras me distanciaba. Me provocó, dándome un golpe leve en el hombro. Podría responderle con un golpe directo a su mejilla, una sorpresa que jamás se esperaría y lo enviaría al hospital. Tuve tantas ganas que incluso preparé mi puño para asestarle el puñetazo.

Alberto me miró y apenas movió su cabeza para convencerme de no hacerlo. Lo logró, porque él me había tratado bien, habíamos conversado amablemente y lo consideraba una buena persona, alguien en quien confiar. Me protegía, así

que sentí que debía hacerle caso e ignorar al pendejo de Miguel y sus provocaciones.

Relajé mis manos y me calmé, respirando profusamente. Estaba siendo un hombre maduro, controlado. Carla querría lo mismo.

"¡Señores, empiecen a jugar!", nos pidió el entrenador. Había guardado silencio esperando mi reacción.

Observé a Miguel y le señalé mis puños. Luego volví a alejarme.

"Creo que vas a tener que ser cuidadoso", me dijo Miguel, y me pareció una amenaza.

Evité decirle algo para no aumentar el incendio. Me ubiqué en la cancha, esperando que el resto de los jugadores se alinearan y practicáramos la maldita jugada.

## Capítulo 20: Carla

Julián y yo almorzamos el miércoles para decidir qué hacer y silenciar los chismes que circulaban. Si pasaba más tiempo y no respondíamos, la gente lo creería firmemente y no habría manera de salvar su carrera. Con los antecedentes de violencia dentro de la cancha, era complejo pasar por alto esas acusaciones, aunque fuesen falsas, así que había que aclarar la situación.

Había pagado su deuda con el básquet después de la agresión. No pudo jugar durante toda una temporada y fue cambiado a los Tigres, pero la memoria colectiva guardaba el recuerdo de su pelea en la cancha cuando jugaba aún para su antiguo equipo.

Miguel había activado ese recuerdo al declarar que Julián lo había atacado. Allí estaba el asunto que debíamos resolver. Miguel actuaba para confrontarlo, para perjudicarlo, sabiendo exactamente dónde atacarlo. ¿Qué haría después? ¿Qué otras acusaciones falsas harían para terminar de destruir la carrera de Julián y su vida personal?

"Te agradezco que hayas venido", le dije. Fuimos al majestuoso restaurante El Tren y desde allí podíamos divisar las orillas del Puerto Silente, cerca de Los Cometas. Era un lugar que transmitía paz, pero no me sentía precisamente relajada. Estaba preocupada por cómo afectaría esto la carrera de Julián y la mía. Estaba costándome gestionar esta crisis.

"Acabo de pensar en algo", me dijo Julián. "Quizás no dé resultado, pero creo que podemos intentarlo".

Tomamos agua y quise escuchar lo que se le había ocurrido. "¿Qué pensaste?", le pregunté.

"Pensé en una organización de beneficencia", me dijo.

Titubeé con su respuesta. "¿Cómo dices?".

"Podríamos decirles a los periódicos que fuiste a mi casa para que organizáramos una donación a una organización de beneficencia. Eso suena mejor que decir que nos acostamos".

"¿Pero diremos que fui a tu casa un viernes por la noche a hablar sobre una

donación?".

Julián encogió sus hombros. "Me parece una buena idea. Tengo pruebas de tu llegada y de tu salida, porque mis videos de seguridad muestran que estuviste conmigo. Miguel quedará como un mentiroso".

A pesar de parecer descabellado, podría darnos un buen resultado.

"¿Los videos que tienes son en colores o en blanco y negro?", le pregunté. Recordé que mi vestuario esa noche no era el más adecuado para "hablar de donaciones", pero si el video tenía baja resolución y los ángulos me ayudaban, podría servirnos.

Julián asintió. "Puedes verlos. Creo que nos darán lo que necesitamos".

Sí, esas imágenes podrían ser nuestro salvavidas. De algún modo, todos quedaríamos bien. Yo fui allí por la donación, él limpiaba su imagen y destronaba las mentiras de Miguel, mi carrera no se veía afectada y la suya estaría salvada, y Miguel quedaba en ridículo.

"Me parece que sí es una buena idea", le dije.

Julián sonrió. Me atrapó con la belleza de su sonrisa. Sus ojos eran de un azul intenso y sentí que veía el mar en su mirada. Su rostro era un sol para mí por su enorme sonrisa. Apenas lo había visto sonreír en medio de tanta tristeza y desánimo.

"Pero debemos organizar todo. ¿En qué caridad pensaste para los donativos?".

Julián mencionó una organización que ya yo conocía.

"Ayudan a las personas sin hogar, les donan comida y ropa, los ayudan a encontrar empleo y cosas así. Me parece que podría empezar con ellos para mejorar mi imagen y al mismo tiempo encontrar otra pasión".

Le sonreí. "¿Te apasiona ayudar a las familias sin hogar?", le pregunté.

Julián encogió sus hombros. "Con frecuencia pienso en toda la gente que no tiene la fortuna de tener un hogar como yo. Yo puedo darme muchos lujos, pero todas esas personas no pueden ni siquiera comer algo caliente en la cena".

Me sorprendieron sus palabras. Parecía una persona renovada, interesada por los más desfavorecidos.

"De acuerdo. En un rato indagaré para que colabores con ellos. Si donas algún

monto lo antes posible, será más fácil que crean que lo planeamos el viernes".

"Exactamente", me dijo Julián. "Investiga los detalles y rápidamente transferiré dinero a su cuenta bancaria".

"Podrías reunirte con ellos, colaborar en alguno de sus programas o dar alguna charla".

Julián asintió. "De acuerdo. ¿Sería cómo preparar comida para ellos o cosas así?".

Asentí con mi cabeza. Eso era lo que buscaba, y era importante que quisiera hacerlo. No lo hacía por quedar bien ante la gente. Lo hacía porque realmente quería hacerlo desde el fondo de su corazón. Era una persona que se interesaba por los demás.

"Buscaré la información y te informaré lo más pronto posible. Podríamos publicar un comunicado de prensa mañana, la organización te contactaría para agradecerte, y listo".

Julián asintió feliz. Lo que habíamos acordado no afectaría nuestras carreras, aun cuando yo había decidido que dijera todo sobre lo nuestro, someterme al escarnio, dejar que el mundo se enterara de que se había acostado conmigo. Como se trataba de su carrera, yo había estado dispuesta a sacrificar la mía.

Pero como Julián había ideado un plan, no haría falta llegar a ese extremo, lo que me hizo sentir aliviada. Estaba ganándose mi corazón poco a poco, a medida que lo conocía. Una parte de él, desconocida para todos, se abría ante mí, y me encantaba. Lamentablemente, todos creían lo que se publicaba en los periódicos e internet sobre él, que era un tipo violento capaz de golpear a cualquiera.

Pero él no era así. Era amable y se interesaba por el bienestar de la gente.

"Por fin me siento tranquilo", me dijo Julián. "Temía que la gente me viera todo el tiempo como un hombre agresivo o tener que mentir para salvarme".

"Yo también, por fin, estoy tranquila", le confesé.

Julián rió. "Miguel va a molestarse mucho".

"¿Pero por qué actúa así?", le pregunté. "¿Por qué te hace todo esto? Es como si estuviera obsesionado contigo. ¿Por qué?".

Julián encogió sus hombros y negó con su cabeza. "No tengo ni la más mínima idea", me dijo. "Gustavo y Alberto me contaron que quizás lo cambien de equipo y esa idea no le gusta. Pero en cuanto a mí, no sé qué le sucede".

"Tal vez se siente así porque tú acabas de llegar y a él lo transferirán", le dije.

Julián encogió sus hombros. "Quizás, pero no lo sé. Podría preguntárselo, pero Miguel no parece ser un tipo amigable, de los que se toman unos tragos para conversar. Él sí es del tipo de hombres que pelea antes de hablar".

Reí. "Bueno, no creo que eso suceda. Y si sucede, tomaremos una decisión".

Julián asintió. Pedimos la cuenta y pagué. Julián llevó su mano a mi cintura justo cuando me levante de mi silla. Era algo íntimo que un famoso estaba haciendo en un restaurante, a la vista de todos.

"¿Adónde irás ahora?", me preguntó. Tenía un brillo en su mirada y tensión en su cuerpo.

Sostuve el aliento por unos segundos. Lo deseaba como nunca, pero sabía que, aunque mi calor respondiera a su tensión, debía evitarlo.

"No puedo aceptar la invitación que estás haciéndome", le dije.

Se desanimó.

"Te deseo bastante, pero ahora simplemente no puedo", le dije. Esbozó otra sonrisa mientras volvía a atraparme con sus ojos. "Ya nos han visto en lugares públicos. Podrían verte los fotógrafos por lo que dijo Miguel. Si nos ven juntos...".

Julián asintió y suspiró. "Sí, te entiendo". Retiró su mano de mi cintura mientras sentí cómo el calor se evaporaba poco a poco.

"Apenas encontramos una solución a todo el problema de las acusaciones falsas. Lo peor que podríamos hacer sería echar más leña al fuego".

Julián asintió. Me miraba, y sentía que podía encontrar mi alma con su intensidad. Casi me convence de hacer el amor, pero vi hacia otro lado. Debía impedir que cediera ante sus instintos.

"Luego te llamo", le dije.

Julián asintió y apenas pude contenerme para no besarlo. Él sentía lo mismo. Lo supe por su respiración.



"Espero tu llamada", me dijo, y se marchó. Suspiré y también salí del hermoso lugar.

Seguía pensando en él mientras me dirigía a la oficina. Las dos ocasiones que estuvimos juntos había sido fenomenal para ambos. Había despertado algo en mí que ningún hombre había despertado. Aunque no había estado con muchos, pero todos eran muy diferentes a él.

Julián también tenía un cuerpo musculoso por sus años de entrenamiento y una anatomía bien cuidada y viril. No había conocido a un hombre tan sexy como él y que además tenía dinero y una gigantesca casa. Era el mejor de todos, aunque no me importaba esa parte tan superficial de lujos y excesos.

Sí, eso era todo. Tenía que evitar enamorarme. En mi agenda no había espacio para relaciones de ningún tipo. Quería tener la certeza de que nuestra relación se reducía a lo profesional... o al sexo casual.

Mi hermano también ocupaba parte de mi tiempo, incluso el que podría dedicar a estar en pareja. Ya era suficiente con un hombre problemático en mi vida, aunque fuese mi hermano. Iván, además, conocía Julián, por lo que quizás eso también traería problemas.

¿Por qué pensaba todo eso? A fin de cuentas, Julián era solo un cliente más, no estaba perdidamente enamorada de él, y nos veíamos de vez en cuando para hacer el amor. Ninguno había planteado dar el próximo paso.

Solamente me hacía falta tener eso en mente.

Ya en mi oficina, busqué en mi computadora organizaciones benéficas y encontré una que Julián estaría encantado de ayudar. Encontré sus datos y se los envié. Teníamos que actuar rápido para salir del problema.

Julián también quería ayudar a las personas sin hogar. Eso me gustó de él. No se sentía mal por tener dinero, simplemente quería usar parte de sus ganancias para hacer un mundo mejor. Aparentemente, él solamente se interesaba por su imagen, pero yo ya veía otras virtudes en Julián. Su mala fama era una equivocación.

Yo manejaba sus relaciones públicas y quería que todos vieran lo bueno que podía ser. Esa era la única razón por la que quería mejorar su imagen... ¿o no?

# Capítulo 21: Julián

Nos enfrentamos a los Cohetes del Sur en su cancha. Su estadio estaba totalmente lleno y había un gran ambiente de competitividad. Seguíamos en la pretemporada, pero faltaba menos para iniciar la liga, y los fanáticos del equipo rival estaban animados como si fuese un partido de temporada.

Gustavo y Alberto querían jugar cuanto antes. Compartimos tiempo durante el viaje, y cada vez me sentía más tranquilo dentro del equipo.

La novia de Gustavo, Tatiana, e Isabel, la esposa de Alberto, estaban en las gradas, viendo a sus hombres en la cancha, con el hijo de Isabel, Enrique, saltando por todos los brazos. Carla empezó a hacerme falta cuando descubrí esa tierna imagen. Isabel había manejado las relaciones públicas de Alberto antes de que empezaran a salir, así que pensé que Carla y yo podríamos tener una cita algún día. Me preocupaba por ella, aunque solo habíamos tenido sexo casual.

Seguía repitiéndome eso para convencerme. Parte de mí sentía que ya estaba bajo el hechizo de su amor, aunque otra parte lo negaba rotundamente.

Jugamos bien todo el tiempo. Ya me sentía como parte del equipo y tenías buenas condiciones físicas. Miguel no pudo jugar, y eso me alegró aún más. Mi nota de prensa había salido, todos habían creído que estuve con Carla para organizar mi donativo, y Miguel quedó como un mentiroso ante todos. El entrenador lo había suspendido para ese partido como represalia por mentir.

Pero no estuve de acuerdo. Quería un castigo más contundente por lo que me había hecho. Por poco arruina mi carrera y la de Carla. De todos modos, sentí que debía conformarme y disfrutar.

Jugar de nuevo me produjo una inmensa satisfacción. Casi llegué a creer que jamás volvería a jugar y me limitaría a entrenar después del cargo por agresión, y que era mi destino ser un fracasado. Pero tener al público gritando, la pelota en mis manos, mis compañeros esforzándose; todo eso me causó una inmensa felicidad.

Jugamos bien desde que comenzó el partido, anotando muchos puntos y encestando todas las pelotas que lanzábamos. Nos entendimos bien en la

cancha, nos pasamos las pelotas sin problemas y hablábamos para corregir algún error. Todo transcurrió con calma y pensé que el origen era la ausencia de Miguel, pero me convencí de que no era así. Quizás una sola persona no era la responsable de afectar el juego colectivo, pero sí estaba claro que cuando él no jugaba, las cosas salían mejor.

Ganamos y me sentí renovado. Todos nos congratulamos por la victoria. Por fin estaba en forma, me sentía bien y era un Tigre más.

"Hay que celebrar este triunfo", dijo Gustavo en el vestuario, rumbo a las duchas.

"Ya me adelanté", le respondió Alberto. "Reservé en Cima. Sospechaba que ganaríamos".

Se abrazaron levemente.

"Tú también vas", me dijo.

Alberto asintió. "Sí, también reservé un lugar para ti. Eres parte del equipo".

"¿Lo dices en serio?"

Me alegré y al mismo tiempo me sorprendí de que Gustavo y Alberto me consideraran parte de los Tigres. Yo tenía mi habitación en el mismo hotel cinco estrellas donde estaba el restaurant Cima, pero que me invitaran fue muy agradable.

"¿Irás con nosotros?", me preguntó Gustavo.

Asentí con mi cabeza enérgicamente. Por supuesto que iría.

"Claro que sí", le respondí. Ya los consideraba mis amigos y sabía que me cuidarían y yo también los protegería.

"Reservamos una mesa para seis personas", me dijo Alberto. "Nos encontraremos en Cima porque Gustavo y yo iremos al centro comercial de compras".

Gustavo sonrió. "Sí, las chicas quieren comprar en cada ciudad a la que vamos".

Sentí envidia de ellos otra vez. Estaban acompañados de mujeres hermosas y valiosas para ellos. Pero yo no podía decir lo mismo, porque planeé pasar el resto de mi vida con Lucía y ella había tomado otra decisión. Por un tiempo

me había sentido como ellos, así que sabía lo que estaban viviendo.

Ella se fue y me dejó la vida hecha mierda. Era su culpa que me hubieran acusado de agresión. Y aún la gente lo recordaba, así como yo recordaba la desconfianza en todo momento. Tanto dolor por su infidelidad me había quitado las ganas de estar con alguien y volver a confiar en una mujer. Pero veía a Alberto con su chica, y a Gustavo también irradiando felicidad por su compañera, que me sentía envidioso porque sentía que ellos estaban en el paraíso.

Recordé a Carla y supuse que seguramente ella era el tipo de mujer que querría estar con un hombre el resto de su vida. Me sentía bien con sus preguntas sobre mi vida personal, con su preocupación por mi bienestar. Cuando estuve con Lucía, y ya estaba a punto de separarse de mí, ya ni siquiera me preguntaba cómo estaba. Yo no me di cuenta. Fui tan ingenuo.

Carla era una mujer muy distinta. Ella me preguntaba cosas sobre mí y no necesitaba hacerlo. Era solo mi relacionista pública, o tal vez algo más. Podía conocerme más, aunque no lo necesitara, y lo hacía porque se sentía bien conmigo.

Con su interés en mí me hizo sentir que yo podía ser una buena persona, que podía abrirme sin problemas. También me gustaba saber sobre ella y las cosas que había vivido. Poder ser parte de su vida y que mostrara aspectos que no le mostraba a nadie más era como un honor y un gusto para mí. Ella, al igual que yo, no solía abrirse con todo el mundo.

Pero no era mi novia, así que debía dejar de pensar que ese escenario sería posible en un tiempo, o quizás nunca. Era mi gerente de relaciones públicas. Mejoraría mi imagen y punto. Aunque no renunciaba a la idea de convertirla en mi novia y que me acompañara a todas partes.

Podía seguir pensando en esa imagen de nosotros dos caminando de la mano en público. Entendía que eso no quería decir que estaba enamorado de ella.  
*¿O sí?*

## Capítulo 22: Julián

Fui a mi hotel después de tomar una ducha y descansar un poco. Era uno de los mejores hoteles de la ciudad, con acabados de lujo, ducha caliente y fría y unas ventanas panorámicas con vista a la ciudad. Trataba de encontrar la belleza en cada lugar que conocía. Sabía que nada de lo que vivía me pertenecía y que debía mantenerme en forma para seguir ganando dinero y ayudar a los demás, en vez de pensar en lujos y excentricidades.

Me vestí con un traje. Cima era un restaurante majestuoso, igual que el hotel, y los otros también se vistieron elegantemente. Me vestí de azul para combinar con mis ojos. Afortunadamente, al estar en forma el traje se veía bien en mi cuerpo. Acompañé el traje con unos zapatos negros.

Pero Carla no estaba ahí.

Alberto y Gustavo me esperaban con sus chicas. Isabel se veía muy bien con su largo vestido verde y sus ojos azul profundo. Tatiana llevaba su cabello recogido y su vestido rojo parecía mostrar su naturaleza pervertida. Fui a saludarlos, ellos llevaron a sus chicas de la mano y nos ubicamos en la mesa.

Cima era un lugar con buen ambiente, decorado de mármol en las mesas y madera en el piso y los pasillos. Sobre el techo, unas luces tenues de varios colores nos iluminaban. La mesa también era de madera, muy bien cuidada, y nuestros asientos era de cuero.

Había frescos aromas a flores en el aire y las entradas. Todos nos miraban y hablaban al oído sobre nosotros. Sabían quiénes éramos. Eso me gustaba. Ser famoso por buenas razones.

La mesa estaba puesta para seis personas. Fruncí el ceño y miré a Alberto. "¿Por qué reservaste una mesa para seis personas?", le pregunté. "¿Quién se sentará en la otra silla?".

"Yo", me dijo una voz a mis espaldas. Carla estaba ya frente a mí cuando reaccioné.

Un elegante vestido blanco sin mangas delineaba su magnífico cuerpo. Había arreglado su cabello y se lo había secado. Me mostró una sonrisa malvada con sus labios pintados de rojo pasión, y quise poseerla en cualquier habitación

del hotel. Pero entonces habría perdido el tiempo vistiéndose tan bien.

"Vaya. Viniste", le dije.

Ella asintió. La saludé con un abrazo y moví su silla para que se sentara.

Era como un sueño hecho realidad. Carla estaba vestida como una diosa y se sentaba a mi lado en un restaurante elegante. Ella estaba acostumbrada a este tipo de cenas, lo supe al recordar cuando me pidió que habláramos en un restaurante sobre nuestra estrategia. Yo quería hacerla parte de *mi* mundo.

Pero debía moverme con cautela. Ella no era mi novia ni nada por el estilo. Mi cerebro estaba jugándome una mala pasada.

"Una gerente de relaciones públicas acompañando a un jugador de básquet conocido en todo el país a cenar, no es una imagen que se vea con frecuencia", bromeó Gustavo.

Carla sonrió. "Supongo que parte de mi labor es mantenerlo por el buen camino".

Todos reímos.

"Lo sé", dijo Isabel. "Si hubiera hecho lo mismo con Alberto desde el principio, me habría ahorrado muchas noches de insomnio".

Alberto parecía sentir vergüenza por ese recordatorio. Carla e Isabel rieron juntas. Estaba claro que eran buenas amigas, y al ser mujeres, podían compenetrarse de formas que los hombres jamás podríamos hacer.

"Puede que haya venido para felicitarme por mi buen comportamiento", le dije.

Carla sonrió y me miró con malicia. "Para felicitarte tendrías que tener un comportamiento ejemplar. No creo que aún lo tengas".

Isabel y Carla rieron al unísono y Tatiana las acompañó. Los dos hombres se rieron de mí y empezaron a hacer comentarios que no pude oír por las risas.

"Ustedes se ven bien como pareja", dijo Tatiana.

Carla y yo nos quedamos congelados por esa frase.

"Ahora que los veo, creo que tiene razón", dijo Alberto.

"Pero no somos pareja", dijo Carla. No me agradó recordarlo.

Alberto encogió sus hombros. "Es solo un comentario, aunque vimos cómo ambos se alegraron al verse. No lo nieguen, no es necesario".

Miré a Carla. Apenas sonreía, disimulando sus emociones. Estaba consciente de mi negativa a empezar una relación seria. Se lo había dejado muy claro desde el principio. No pasaría nada. Me bastaba, por ahora, con penetrarla hasta verme sin pensar en estupideces como la fidelidad, el compromiso y todo lo demás. Involucrarme de nuevo con alguien a ese nivel era un escenario raro para mí.

"¿Cómo estuvo el partido contra los Cohetes?", nos preguntó Carla cambiando el tema, para mi alivio. Le dije que jugamos muy bien y ganamos.

"Julián jugó estupendamente bien", dijo Gustavo. "Hoy jugó como un Tigre más".

"Gracias, Gustavo", le respondí.

"Sí, Julián se esforzó como nadie y nos inspiró", dijo Alberto. "No entiendo las barbaridades que dice Miguel".

"¿Cómo dices?", preguntó Carla.

Esperó con ansias la respuesta. "Miguel decía que como era suplente no podría demostrar que valía la pena dejarme en el equipo". Me encogí de hombros. Pero eso ya era parte del pasado. Esa noche fui titular durante todo el partido, y Miguel tuvo que vernos desde la banca. Ahora la mierda caía sobre él.

"¿Qué le sucede a Miguel?", preguntó Carla, mirando a Alberto y a Gustavo.

Ellos se miraron con tranquilidad.

"Puede que lo envíen a otro equipo", le respondió Gustavo. "Eso le molesta, aunque en realidad todo le molesta".

"Sí, siempre nos ha parecido un imbécil", añadió Alberto.

Carla asintió y me lanzó una mirada. "Bueno, si hace otra cosa podremos solucionarlo".

Alberto sonrió. "Nunca se sabe a quién podrás donar dinero después". Me guiñó un ojo.

Agité la cabeza y reí. Alberto sabía lo nuestro. Ignoraba si Gustavo también lo

sabía, pero de todas formas no lo contarían. Y también sabía que Carla y yo hicimos de toda esa noche, menos de hablar de donaciones a organizaciones de caridad.

Carla se sonrojó al escuchar a Alberto. Supo que los chicos se habían enterado, tal vez por la costumbre de muchos hombres de hablar sobre sus conquistas sexuales. Pero eso no la inquietaba. Me miró con pasión. Sabía lo que pasaba por su mente. También pasaba por la mía.

Se veía hermosa con ese vestido, pero me encantaría verla sin él en algún cuarto del hotel.



## Capítulo 23: Carla

Me pareció luego de un rato que se me había pasado la mano con el vino. Generalmente me emborrachaba rápidamente, por lo que en el pasado algunos hombres dijeron que yo era una chica fácil. Solo debían darme algunas cervezas y sería sencillo llevarme a la cama. Por esa razón, solo tomaba algunos tragos cuando salía con Isabel.

Ya estaba excitada después de unos tragos en el restaurante. Cada vez veía que Julián era más atractivo y sentía que un océano de placer me recorría. El alcohol incluso había hecho que olvidara las razones por las que no debía acostarme con él. No debía tomar ni una gota más.

Julián seguía tocándome. Me tocaba el brazo con “inocencia”, el hombro para recordarme algo o los muslos bajo el mantel. Sabía que estaba cerca de mi cuerpo y lo aprovechaba.

Yo también lo sabía. Usaba un nuevo perfume, tan penetrante que me hizo querer besarle el cuello allí mismo. Me vi en mi vestido, vi cómo podía ver parte de él debajo de la tela, y yo misma ideé cómo quitármelo.

Quería estar con Julián. Lo quería ya.

Terminamos de cenar y él sujetó mi codo. Se veía feliz. Apenas podía mantenerme en pie y usé eso como excusa para que me tocara. Nos despedimos del resto y ellos se marcharon.

"¿Quieres que te lleve a tu habitación?", me preguntó Julián.

Asentí con la cabeza. "Vaya. Qué caballero resultaste ser", le dije.

"Mereces que te acompañen. Eres una dama".

Sonreí y fuimos al ascensor para subir a mi habitación, que estaba en el piso seis. Subimos solos y ya la tensión estaba en el ambiente. Quería desnudarlo y que recorriera mi cuerpo con sus perversas manos. Ya me dolía la piel por las ganas de tenerlo dentro de mí, tocando mi cintura y apretándome el culo.

El ascensor se abrió justo en el piso seis y volví a sujetar a Julián “para no resbalar”. Fuimos a su puerta.

"Me alegra mucho verte", dijo Julián.

Sonreí. "Debía venir para evitar que te metieras en problemas".

Julián sonrió. "Deberías *meterme* en problemas". Posó su mirada maliciosa sobre mi boca, y yo también fui por la suya con mis ojos.

Lo besé para apaciguar mi ansiedad. Como pude, abrí la puerta y llevé a Julián adentro conmigo. El vino me había despojado de la timidez.

Julián se movió rápidamente. Me llevó contra la puerta una vez que se cerró. Quede atrapada entre la puerta y su pared y su gran erección ya apretaba mis muslos. Ambos estábamos a punto de explotar de placer.

"Te ves jodidamente sexy", murmuró Julián con sus labios sobre los míos. "Te ves estupenda en ese vestido".

Mencionó el vestido y quise quitármelo. Julián empezó a desabrochármelo y lo ayudé con mis manos. Sabía que los hombres desgarraban los vestidos porque eran torpes para quitarlos, así que no podía esperar por él.

El vestido quedó a medias sobre mi cuerpo, así que se le hizo más fácil deshacerse de él. Cayó sobre el aseado suelo de la habitación, y quedé en pie, mirándolo, con mi fina ropa interior blanca tapando parte de mí. Él se detuvo a contemplarme.

"Carla, qué buena estás", me dijo.

Sonreí y sus dedos fueron por mis pezones. Sin miedo, los apretó, los amasó y luego los soltó para volver sobre ellos. Fui a mi espalda para quitarme el sostén, y una ola de gemidos empezó a salir de mis labios presurosos.

El sostén quedó sobre mi vestido. Con rapidez puse un pezón sobre su boca hambrienta. Lo lamió, lo besó, lo mordió sin parar. Puse mis dedos en su amplia cabellera y sentí el vaivén de su cabeza sobre mi pecho. Llevó una de sus manos a mi vagina y grité mientras me tocaba el clítoris ente mis bragas empapadas.

Entonces me besó otra vez, con más necesidad. Quitó la chaqueta de sus hombros y también cayó al piso. Empecé a quitarle su camisa azul y él siguió tocándome por todos lados. Retiró sus zapatos, sus calcetines y sus pantalones.

Ya su pene latía frente a mí. Estaba caliente y quería meterse en mi vagina.

Acercó su erección a mi clítoris y gemí otra vez. Mis bragas, solo ellas, me separaban de él.

Fuimos a la cama. Me quitó las bragas y también se despojó de su ropa interior mientras movía mi cuerpo para él. Podíamos contemplar nuestros cuerpos libres, desnudos y tensos. Mi cuerpo, que esperaba con nerviosismo por él, sin detenerse en más preliminares, y que quería una penetración rápida y fogosa.

Abrí mis piernas y él se acercó a mí con sutileza. Se colocó un condón y me penetró. Su pene se sentía grueso, gigante, y acomodé mi cuerpo para recibirlo.

Me miró fijamente mientras me penetraba, y se retiró un poco. Mis piernas quedaron sobre sus muslos. Iba hacia adelante, hacia atrás, dándome placer y sacando gritos orgásmicos de mi garganta. Su pene me estremecía. Mi vagina temblaba por todos lados. Sentí más placer gracias al alcohol, y pude darme cuenta de que era más libre que antes y estaba más relajada.

"Vamos bien", dijo Julián, y me colocó en posición de perrito. "Me gusta que te portes así".

Era como mi jefe, y eso me encantaba. Lo que decía era como un mandato que yo no podía desobedecer. Me penetró analmente, y sus manos volvieron a azotar mi culo, causándome esa sensación que me hacía falta para sentirme plena.

"Eres una zorra, pero conmigo eres también una buena mujer", me dijo. Siguió dándome nalgadas cada vez más poderosas y frecuentes.

Me penetró con más fuerza, sin contemplaciones, y me vine. Él, sin embargo, tardaría un poco más. Me movió y puso mi cuerpo como quiso, me golpeó las nalgas decenas de veces, me besó, me chupó, me hizo venir de nuevo, y luego, se vino él.

Terminamos y ya había amanecido.

"¿Quieres que me quede aquí?", le pregunté.

Julián agitó la cabeza. "No deberías. Debe haber fotografías afuera".

Asentí con la cabeza. Tenía razón, así que decidí buscar mi ropa e irme.

"Voy a llamarte luego, guapa", me dijo.

Asentí con la cabeza. Se fue y un profundo silencio colmó la habitación.

Me acosté, agotada y sudorosa, aun sintiendo que quería tener el pene de Julián dentro de mí una vez más. No entendía qué carajo estaba haciendo ni por qué lo hacía.

Pensé que podría postergar esos pensamientos. Debía dormir y recuperar fuerzas después de una noche llena de placer con Julián.

Al cabo de unas horas, mi teléfono sonó varias veces, lo que me despertó abruptamente. Me sentí molesta por no poder seguir durmiendo. Lo busqué por toda la habitación, sin éxito, hasta que el sonido me llevó a la puerta del baño. Ahí estaba, justo al lado de la entrada al sanitario.

Sentí un leve mareo al incorporarme y unas extrañas ganas de vomitar. ¿Estaba teniendo una resaca? En mi mente había desaparecido el recuerdo de la última vez que había sufrido un episodio de esos.

Por fin contesté y el sonido molesto se apagó.

"Quizás quieras ver las portadas de los periódicos hoy", me dijo Isabel. Su voz sonaba seria.

"¿Por qué?", le pregunté.

"Por ti".

Me costaba entender sus palabras.

"Te llamaré luego", le dije, y colgué.

*¿Qué mierda está diciendo Isabel?* Vi mi celular y una montaña de notificaciones aparecía en la pantalla, pero no había oído los sonidos por mi profundo sueño. La primera de las noticias que vi me estremeció.

Julián y yo nos besábamos frente a mi puerta. Julián y yo entrábamos a la habitación. Julián salía a escondidas de la habitación al amanecer. Esas eran las fotos de las portadas de los diarios y ya atestaban las redes sociales. Las cámaras del hotel captaron todo y alguien había entregado esas imágenes a los periódicos.

Habíamos planificado una estrategia para salvar su carrera y todo iba por buen camino, y repentinamente todo el mundo nos veía besándonos y se imaginaban

que nos acostábamos.

Qué cagada tan grande.

Ahora sí era un desastre.

Lo llamé y respondió de inmediato.

"Sí, vi las fotos", me dijo con tristeza. "Ya no me importa mi imagen. Que se vayan todos al carajo",

"Julián, tienes que calmarte", le pedí. "Encontraremos cómo zanjar esta situación". Le decía cada palabra sin tener dentro de mí una pizca de convicción. Los problemas ahora eran mucho más graves para ambos. Estábamos conscientes de ello. Esas fotos nuestras nos delataban terriblemente. Había sexo entre nosotros, todo el mundo lo sabía por las fotos, y no podríamos ocultarlo. Besos, camisas a medio abotonar, despedidas en la puerta de una habitación de un hotel. ¿Cómo podríamos negar lo nuestro? ¿Íbamos a decir que planeábamos otra donación? Lo único que planeábamos en esos momentos era cómo hacer el amor.

Fui a la cama y me senté. Traté de tranquilizarme.

"¿Crees que podemos conversar?", me preguntó Julián. "A solas, pues creo que ya no deben vernos juntos dadas las circunstancias".

Asentí, aunque tuve dudas. "¿Dónde podríamos vernos?", le pregunté.

"Te avisaré cuando encuentre uno".

Julián terminó la llamada y me metí en la ducha para tratar de refrescarme y olvidar todo. Parecía un espectro cuando me vi en el espejo, con mi maquillaje nublando mis mejillas y mi cabello más desordenado que la melena de un león. Menuda cagada.

Después de unas horas, Julián encontró un lugar y me envió la dirección a mi teléfono. El lugar parecía sacado de una película en blanco y negro de los años cuarenta. Era como estar en una escena de una película de comedia, con luces de neón sobre mi cabeza, sillas pequeñas pegadas a la barra y viejas pinturas decorativas en las paredes.

Julián se sentó y cubrió su rostro con la capucha de un abrigo. Era él. Llamaba mucho la atención. Fui a su lado y me senté.

"¿Cómo te sientes con todo esto?", le pregunté.

Julián agitó la cabeza. "Bueno, creo que yo también debo preguntarte eso. Yo ya tenía una fama digna de un retrete, pero la tuya acaba de destruirse también".

Traté de clamarme, aunque sabía que tenía razón. "Trato de no pensar en mi fama. ¿Has pensado en algo para enmendar este error?", le pregunté.

"No todavía", me dijo Julián. "No tengo ni idea de lo que vamos a hacer, pero sí sé que tenemos que actuar rápido. Lo que está en juego son nuestras reputaciones. Lo único que me reconforta es que no estamos en los periódicos por nada violento. Eso me hace sentir un poco mejor, pero sé que no es suficiente para arreglarlo".

De nuevo tenía razón. No era nada bueno que los periódicos lo sorprendieran durmiendo conmigo, la encargada de manejar sus relaciones públicas. Esto significaría que todo lo que había hecho para él sería cuestionado. Además, todos creerían que me acostaba con todos mis clientes o que no podía controlar mis instintos ni separar el trabajo del placer. Muchos pensarían que era una puta.

¿Por qué el sexo tenía que ser tan difícil? Él y yo habíamos tenido sexo, a mí me había gustado y a él también, me parecía una buena persona después de conocerlo y estaba ganándose mi corazón. Pero ahora, con los diarios sensacionalistas revelando nuestra vida privada, todos empezarían a hacerse ideas que no corresponderían con la realidad y no se tomarían la molestia de preguntarme mi versión ni saber cómo me sentía.

Aunque si lo pensaba bien, todo esto tenía que ver con mi trabajo. Se trataba de limpiar imágenes y yo necesitaba limpiar la mía. Debía buscar un gerente de relaciones públicas para mí. Y no tenía muchos candidatos para escoger.

# Capítulo 24: Julián

Por fin podía ir a casa a descansar. Jugamos otra vez, me esforcé para ser el mejor del equipo, y traté de no pensar en la prensa y sus “noticias” sobre mí. Habíamos jugado bien y mis compañeros estaba apoyándome, más de lo que imaginé en un principio, a pesar de los chismes que seguían circulando sobre mi vida sexual y mi pasado, algo que ya era parte de mi vida y a lo que empezaba a ver como parte de mi desastre.

Gustavo y Alberto me entendían. Habían vivido situaciones similares y comprendían cómo se sentía la presión en esos casos. El equipo estaba en pie por mí.

Jugamos como equipo y todo salió bien, pero al final solo quería volver a casa a relajarme. Rumores, chismes e historias extravagantes sobre mí seguían saliendo a cada segundo, pero poder estar en mi casa en lugar de estar en un hotel me proporcionaba un bienestar que en ese momento necesitaba muchísimo.

Fui a la Universidad del Llano, donde estaba el campo de entrenamiento de los Tigres de Ciudad del Parque. Me relajé tomé algo de agua y dejé mi auto en el estacionamiento.

Entré al gimnasio y empecé a entrenar. Le dediqué mucho tiempo a correr. Necesitaba hacer mucho ejercicio para sacar toda la tensión de mi cuerpo. Debía evitar desestresarme de otra forma, como ir a un bar y beber alcohol, porque mi fama ya era un horror y los periodistas estarían muy pendientes de mí.

Seguí corriendo sobre la cinta y empujé mis piernas con más fuerza. Me llevé al máximo de lo que mi cuerpo me permitía, hasta quedar sin aliento ni fuerza en los muslos.

Estaba exhausto, no podía correr ni un minuto más, pero los nervios seguían ahí.

"Qué bien lo haces", dijo alguien sobre mi hombro. Era el entrenador Ignacio. "No sabía que tenías tan buena forma física como para correr así".

El entrenador dio unos pasos para acercarse a mí, mientras yo limpiaba mi cara de sudor y tomaba un sorbo de agua.

"Te felicito por el esfuerzo que haces", me dijo. "Este fin de semana tuvimos unos juegos difíciles, pero tú lo hiciste mejor y aportaste mucho al equipo. Eso vale oro".

"Se lo agradezco, señor", le dije. Pensé que diría otras cosas negativas, pero resultó que hizo lo contrario. Me felicitaba.

"Si siguen así, este año tendremos buenos resultados".

Asentí con la cabeza. El entrenador se despidió dándome la mano y golpeando mi espalda con suavidad. Justo antes de marcharse, detuvo sus pasos y giró para decirme algo.

"Pero sería bueno para el equipo que no salieras tanto en la prensa por noticias. escandalosas. Te digo que este es el equipo más buscado por los fotógrafos de la prensa". Agitó la cabeza. "Sé que todos mis jugadores son jóvenes y apuestos y las chicas los buscan, pero primero están los resultados". Me miró fijamente. "Busca una manera de controlar todo eso".

Asentí con mi cabeza y me sentí como un niño reprendido. "Lo haré, entrenador".

Finalmente se retiró. Sus palabras me habrían causado una sonora carcajada en otras circunstancias, pero tenía razón, Estaba otra vez en las portadas de la prensa. Además, era frecuente que uno de mis compañeros apareciera en la prensa por algún lío de faldas. Tal vez, como él decía, éramos jóvenes y apuestos, nos buscaban las chicas y nos costaba negarnos. O tal vez solo actuábamos como unos pendejos.

Aún no sabía cuál de las dos era la respuesta indicada.

Terminé de secar mi rostro. Luego tomé una ducha larga y me vestí. Quería llamar a Carla, conversar con ella y saber cómo se sentía con todo esto. Me preguntaba cómo estaba sobrellevando las cosas y qué planeaba hacer para intentar salvar su imagen. Ella tenía una imagen que apenas empezaba a gestarse y debía protegerla.

La llamé, pero estaba apagado, Volví a intentarlo y me pasó lo mismo. Dejé de intentarlo, pero ya me preocupaba su bienestar. Me costaba creer que me



ignoraría. Después de todo, estábamos atascados en esto juntos. Quizás estaba yéndome a los extremos, pero no podía deshacerme de esa duda en mi mente.

*Quizás tiene mucho trabajo*, me dije.

Entonces sonó mi celular y respondí inmediatamente, congelando mis pensamientos.

"Carla, ¿eres tú?", dije con nerviosismo.

"ya quisieras que fuese Carla", me dijo un hombre con cierta molestia.

"¿Cómo? ¿Quién carajo eres?", le pregunté. Su número aparecía como desconocido.

"Soy Iván".

Iván. Ese nombre me dio náuseas. No esperaba su llamada ni reaccionar de esa manera, pero ahí estaba su voz y mi tensión muscular.

*Esto era lo que faltaba.*

Había llegado el momento de hablar con quien había sido mi mejor amigo.

# Capítulo 25: Julián

"Iván, ¿cómo va todo?", le pregunté cortésmente.

No podía dejar de ser educado a pesar de todo.

"Bueno, ¿qué crees? Mi hermana se tira al tipo que me jodió la vida y salió en todos los diarios. ¿Cómo luce ese panorama?".

Me molesté un poco. "Iván, entiendo tu frustración, pero nada de esto fue planeado. Salió, pero de lo que pensamos".

"Tienes toda la razón. Salió mucho peor", dijo. Su molestia subía.

"De todas formas, tu hermana es una mujer independiente y lo nuestro no te incumbe".

"Bueno, ahora sí me incumbe. De hecho, le incumbe a todo el mundo porque ya apareciste en las noticias de todo el país con ella. Yo sé que así es como haces las cosas siempre. Te gusta que todos sepan lo que haces y con quién te acuestas. Seguramente no será la última vez que sales en los periódicos por una mierda como esa".

Suspiré. Me hizo recordar el enojo que sentía cada vez que alguien hablaba de mi pasado, la violencia y toda esa historia.

"Entonces te olvidarás de Carla. Es lo mejor para ti".

No. No tenía que obedecerlo y tampoco él tenía que ordenarme nada. Podía referirse a mi pasado, hablar lo que quisiera, pero ese era el límite.

"Carla sabe lo que hace y es una buena mujer. Si ella decide alejarse de mí y me lo dice por su cuenta, sin tenerte encima, respetaré su deseo. Mientras tanto, seguiré a su lado".

Iván soltó una carcajada. Pero en lugar de ser una risa chistosa, era irónica. "Julián, sigues siendo el mismo de siempre", me dijo. "Solo te preocupas por ti mismo y los demás que se jodan".

"¿Lo dices porque decidí jugar básquet profesional cuando me dieron la oportunidad? Jamás hubiera dicho que no solo porque tú no pudiste llegar a la liga".

"¿Sabes qué? Puedes irte a la mierda", me soltó Iván. Otra llamada llegó a mi teléfono. Vi y era Carla, en espera.

"Vete tú a la mierda y déjame en paz", dije y colgué. Atendí la llamada de Carla.

"Quería hablar contigo", le dije. "¿Te sientes bien?".

"Estaba reunida con mi jefe. Espero que sepas disculparme".

Respiré y relajé mis hombros. Fui un imbécil al pensar que había estado evitándome.

"¿Y qué sucedió? ¿Qué dijo tu jefe?".

"Bueno, la reunión no fue la mejor que he tenido. Ahora estoy en una especie de periodo de prueba, aunque seguiré trabajando. Creen que tuve una conducta poco profesional y muy desafortunada, y tomarán una decisión definitiva una vez que yo presenté un informe y los directivos vuelvan a analizar mi situación".

Mis pensamientos vagaron entre las dudas. Debí sentarme.

"Vaya, lo lamento", le dije. "Es terrible que te pase esto".

"No hace falta que lo laments", me respondió. "Decidimos estar juntos y yo debo asumir la parte que me corresponde".

Tenía razón, pero no dejaba de sentir que todo era mi responsabilidad.

"Debo decirte que Iván ya supo lo nuestro y anda muy molesto. No se explica por qué te elegí, pudiendo buscar a otra persona".

"Sí", dije interrumpiéndola. "Él cree que fracasó en el básquet por mi culpa". No me lo dijo, pero lo intuí por sus palabras. De todas formas, era absurdo. No podía decidir por los demás ni hacerme cargo de sus vidas.

"¿Habló contigo?", me preguntó.

"Sí, acabo de colgarle".

Ella exhaló profundamente. "Lamento que hayas tenido que escucharlo".

Agité la cabeza. "No tienes que disculparte", le dije repitiendo su frase.

"Iván cree que deberíamos alejarnos".

"Pero tú eres una mujer y sabes qué es lo mejor para ti. Él no puede decidir

cuáles serán tus acciones. Puedes seguir conmigo si quieres y él puede irse al carajo".

Ella dudó. "Bueno, es mi hermano, Julián. Y estoy haciéndome cargo de él ahora mismo".

"Precisamente por eso debes ser tú quien decida. Él ya es un hombre y ni siquiera es capaz de cuidarse solo".

Ella se inquietó un poco. "Te entiendo. Tú y yo tenemos un tremendo problema que resolver, y con Iván incapaz de madurar y crecer, metiéndose en tantos líos al mismo tiempo, todo se vuelve más complicado".

Sí, comprendía la situación de su hermano. Con ese comportamiento infantil, Iván le jodía la vida a su hermana, y ella lo ayudaba porque era su hermana gemela y se sentía obligada. Eso me parecía un gran error, pero yo no podía decirle que hacer, así como Iván tampoco decía hacerlo.

Entonces decidí callar lo que pensaba.

"Honestamente creo que puedes salir con quien desees sin la interferencia de nadie", agregué.

"Tú y yo no estamos saliendo, Julián", dijo ella como un susurro.

Agité mi cabeza. Ni reciente enojo con Iván estaba apareciendo en la llamada con Carla.

"Dijiste que estábamos en esto juntos. Supuse que querías transmitirme algo con esas palabras. Disculpa si me equivoqué".

"Yo hablaba de las noticias. Te digo que esto es un gran problema, ¿y me pides también que comience una relación de pareja?".

"Mierda, Carla. ¿Por qué no te abres?".

"Me he abierto contigo", dijo ella. "Y resuelvo tus cagadas porque es mi trabajo, y si ahora soy parte de esa fama personales porque me abrí demasiado contigo".

Me dolió en el alma lo que decía.

"¿Te arrepientes?", le pregunté.

Tardó en responder. "En este momento no sé", me dijo.

"Y tardaste para decírmelo".

"Julián, no necesito esto. Bastante tenemos con la prensa encima de nosotros".

¿Qué la limitaba a estar conmigo? Me había hecho pensar que estaba a mi lado porque me quería o quería avanzar. Cuando le pedí que me lo dijera, se negaba a reconocer lo que sentía por mí, a pesar de que habíamos pasado por todo el infierno de los chismes juntos y pasado buenas noches de sexo. Yo jamás podría verme a mí mismo como un simple amigo. No me desecharía de esa manera. No era su naturaleza. Si algo me gustaba de ella era su pureza.

"Entonces, ¿qué? Lo que sale en los tabloides es verdad, tenemos sexo y nos gusta mucho a ambos, ¿y eso no significa algo para ti?".

"Eso no fue lo que dije", me contestó.

"Entonces, ¿qué es lo que quieres decirme? Para mí no es solo sexo. Creo que tenemos algo más".

"¿Algo más? Tú realmente no necesitas algo más", me dijo. "Hablas como mujer, pero eres un hombre y además un gran idiota. Solo quieres tener sexo y desechar a las mujeres".

Me molesté y al mismo tiempo me alegré de que no pudiera verme. Mi enojo era un problema en situaciones así.

"Ahora mismo no sé qué tratas de decir", le respondí.

"Será mejor que lo olvides, Julián", dijo ella.

"¿Qué voy a olvidar?", le pregunté, pero me respondió un abrumador silencio después de que colgara.

¿Qué sucedía con nosotros? No lo sabía. Tampoco sabía qué sucedería. ¿Qué me pedía olvidar, la discusión? ¿La idea de tener algo más? ¿Nuestras noches de placer? Era muy difícil saberlo.

Pasé mi mano por mi cabello y gruñí. ¿Por qué todo estaba yéndose a un barrando? Solo quería jugar básquet y tener una buena mujer que me acompañara, pero en mi vida solo había habido peleas, infidelidades de mi exnovia o una mujer que aparentemente quería ser mi novia y luego se había arrepentido.

¿Qué podía hacer para facilitarme la vida?

## Capítulo 26: Carla

Pasé todo el día en la oficina para ocupar mi mente. Tenía a los periódicos llenos de mis fotos, un periodo de prueba encima de mí como una espada, y ahora Julián quería saber qué sentía por él. Quería calmar las aguas y él quería una tormenta.

No podía hacer lo que me pedía. Estaba ocupada y no quería más desastres. Iván ocupaba parte de mi tiempo, y ahora Julián quería exigirme respuestas, aunque oficialmente no éramos nada.

Yo tampoco entendía sus preguntas. El sexo era bueno. Me parecía suficiente. Sí sentía algo por él, pero siempre había logrado despojarme de esas emociones y concentrarme en el sexo. Julián era un hombre. ¿Acaso los hombres no quieren tener solo sexo sin complicaciones?

Al parecer no, pues yo era la única mujer con un tipo que me pedía ser su novia cuando yo solo quería sexo. Parecía que los papeles se habían invertido.

Salí de la oficina después de terminar mi agotadora labor. Pero lo peor no era la cantidad de trabajo sino las miradas de mis colegas. Todos me miraban como si fuese una extraterrestre, se fijaban en mí como nunca habían hecho y conversaban en los pasillos.

Después de ese desastre, volver a mi apartamento me calmó.

Bueno, no del todo. Iván estaba en el apartamento y estaba enojado. Vaya recepción.

"Estoy en casa", dije al entrar. Oí el silencio.

"Iván, ¿estás ahí?", pregunté.

Caminé para ir a su cuarto. La puerta estaba cerrada con llave.

"¿Iván?", pregunté de nuevo y toqué su puerta. No tenía forma de abrirla.

"Iván, ¿qué carajo estás haciendo?". Toqué su puerta de nuevo, esta vez con más fuerza. Me angustié por su falta de respuesta ¿Se había drogado? ¿Estaría agonizando? ¿Cómo podría ayudarlo desde afuera?

"No me preguntes qué hago yo. Déjame preguntarte qué carajo estás haciendo tú", gritó desde el cuarto y me calmé. Si estaba drogado, no era con algo fuerte. Podría hablar, con molestia, sí, pero su mente estaba bien y le agradecí a Dios por eso.

"Conversemos entonces", le dije.

"No quiero conversar contigo. ¿Quieres tirarte a Julián? Hazlo. No diré nada más".

En lugar de calma, empecé a sentir mucha molestia.

"Si estoy o no con Julián no es tu problema", le respondí agitada. "Soy una mujer adulta y sé lo que me conviene y lo que no".

"Parece que también sabes cómo tirar", dijo Iván.

"Deja de ser tan estúpido", le dije con furia. "Abre esa maldita puerta y actúa como hombre. Cada vez que la cagas te rescato, así que he actuado como tu madre y tu protectora siempre, en vez de actuar como tu hermana Si he hecho eso por ti, también puedo elegir a alguien para que esté a mi lado".

Iván rió con ironía. "Estoy de acuerdo contigo. Mi vida es un gran desastre y no logro enderezarla, pero siempre seré tu hermano gemelo, y cuando nos hemos necesitado, hemos estado ahí".

Había olvidado cuándo había sido la última vez que Iván había "estado ahí" para mí. Si no eran las drogas en su sistema sanguíneo lo que lo afectaba, era el alcohol. Aunque había tenido problemas, nunca había sido mi primera opción para que me ayudara a resolverlos.

"¿Sientes algo por él?", me preguntó Iván.

Vaya pregunta. Me congelé ¿Sentía algo por él? ¿Lo amaba? No tenía una respuesta certera a esa pregunta. Me costaba mucho responderme a mí misma si lo amaba o no.

"No es algo que te incumba", le dije. "Mis sentimientos por él u otra persona no son tu problema".

"Aunque sí lo son para el resto del mundo", dijo Iván y continuó: "Porque todo el mundo ya vio cuando se besaron en la puerta de una habitación de un hotel".

Agité la cabeza. "Iván, creo que debes recordar que este apartamento es mío.

Eres mi hermano y te he ayudado. Gracias a mí estás aquí. Respeto lo que piensas sobre él. Pero que me digas qué hacer, con quién puedo salir o acostarme. No voy a permitirselo a nadie, y mucho menos a ti".

"De acuerdo", me dijo Iván y abrió la puerta furiosamente. Parecía un espantapájaros por su desastrosa cara y su cabello despeinado. Llevaba un par de maletas cuando abrió. Me miró con rabia.

"¿Puedo saber adónde planeas ir?", le pregunté.

"Iré donde no puedas encontrarme", me espetó. "Me machacas lo difícil que soy, que no te gustan mis comentarios, pero resulta que no eres un angelito. Ya no cuentas conmigo".

Seguí sus pasos. Iván fue hacia la puerta y por primera vez sentí que lo perdería para siempre.

"Quédate", le pedí. "Podemos superar esto".

Iván se negó a responderme y se fue.

"Por favor, dime dónde puedo encontrarte", le dije. ¿Cómo podría ubicarlo si volvía a cagarla?

"No hace falta que lo sepas", dijo. Y se fue.

Mi alma se destrozó con su partida. Era mi hermano gemelo y me dolía su despedida. Entendía su tristeza y por eso insistí en ayudarlo. Su sufrimiento era mi sufrimiento y se incrementaba sin pausa desde que había perdido la oportunidad de jugar como profesional. Quería destruirse a sí mismo, pero yo trataba de estabilizarlo.

Pero aunque me dijera todas esas palabras en mi mente, él ya estaba lejos. Y lo peor es que no sabía adónde iría. El peor escenario en mi imaginación se volvía realidad. Había perdido a mi hermano gemelo.

Cerré la puerta y entré de nuevo en el cuarto, que ahora se veía enorme. Intenté darme consuelo, pero era difícil. Mi vida era un caos por donde lo mirara. Julián y yo distanciados, Iván yendo a un lugar que yo desconocía, mi carrera a punto de irse a la basura, y yo con una sensación de impotencia por no poder resolver nada.

Quise calmarme para pensar, porque nunca lograba concentrarme si me sentía enojada.



Finalmente encontré algo de calma y decidí llamar a Julián.

"¿Crees que podamos hablar?", le pregunté cuándo contestó.

"Está bien", me dijo. "Nos vemos en la playa, si te parece bien".

Playa quería decir "sexo". Habíamos ido a la playa, a la zona más retirada, cuando nos acostamos por segunda vez. Podríamos estar solos en ese lugar otra vez, y era un plan que me gustaría ejecutar. Nadie podría encontrarnos allí y tomarnos más fotos que salieran a la luz.

Nos vimos unos cuarenta minutos después en la playa. Llegó unos minutos después de mí. Usaba una gorra gris y unos lentes de sol bastante oscuros. Se sentó a mi lado. El ambiente en la playa me relajaba, como lo había hecho la primera vez que habíamos caminado por allí.

"Esta playa me trae muchos recuerdos agradables", me dijo.

Tenía razón. Cuando estuvimos juntos en la playa, sentí una química entre nosotros que nunca había logrado olvidar. Tener su enorme erección dentro de mí en medio de la arena mientras el viento sacudía mi cabello, era algo inolvidable.

"¿Qué querías contarme?", me preguntó Julián.

Suspiré. "Es que no sé qué debo hacer", le dije. Mi vida estaba llena de agujeros, con Iván fuera del panorama, y mi enojo secuestrando mi tranquilidad. Solo podía contárselo a Julián, a pesar de nuestros problemas recientes.

"Honestamente, yo tampoco sé qué hacer", dijo.

"Esto no me hacía falta y me jodió", le dije. "Me afecta a nivel personal y profesional".

Pensaba qué hubiera pasado si no hubiera tomado vino, si no hubiera cedido a mis deseos. Pero ya no podía hacer nada. No podía hacer nada pensando "qué hubiera pasado si". El pasado no podía cambiarse, aunque sí me gustaría volver atrás y evitar que todo esto pasara.

"Entiendo tu situación", me dijo Julián y continuó: "Te lo digo por experiencia. No es la primera vez que salgo en la prensa, y cada vez que salgo es por algo diferente. Lo que me consuela es que los escándalos van quedando atrás".

"Pero mi jefe no los dejará atrás", le aseguré.

Julián negó con su cabeza. "Ellos también lo hacen, como lo hizo el mío".

"Te suspendieron y te cambiaron de equipo", le recordé.

Julián asintió. "Sí, pero si te fijas, sigo haciendo lo que me gusta: jugar al básquet".

Agité mi cabeza y la furia volvía a mi estómago lentamente. No tenía ganas de escuchar a Julián decir ese tipo de cosas. Comentarios que no me gustaba oír, aunque en un momento así no sabía exactamente qué quería escuchar.

"Yo no puedo darme ese lujo de ser transferida a otra compañía. Quiero seguir donde estoy y disfrutar mi gran oportunidad. Trabajar con una celebridad era esa oportunidad. Me lo merecía por mis años de excelente trabajo. Eras como un premio para mí, y ahora todo eso se esfuma y no sé qué hacer".

Julián asintió. "Lo sé. Me acusaron de agresión y me cambiaron. Todo bajo el escrutinio de los periodistas. Eso dificultó mi camino".

Asentí con mi cabeza. Quise recordarle que él había sido la razón por la que yo estaba bajo la mirada de los periodistas. Pude notar que podía controlarme y saber cuándo callar para no decir alguna frase que empeorara todo.

"Todo esto me tiene estresada y molesta, y siento que es una avalancha que apenas comienza", le dije. "No logro pensar con claridad".

En mi mente la frase terminaba con mi relación ya casi inexistente con Iván, que destrozaba mi alma como nada.

"Yo también me siento mal, si me permites decirlo", me confesó Julián. "Pero creo que no debe importarme para nada. No pueden afectarme ni controlar mi vida si no se los permito. Es mi vida".

No podía creer lo que decía Julián. "Me parece bien por ti, pero a mí sí me importa. Esta es mi vida, y están dañándola como quieren".

"Porque se los permites", me dijo. "Te afectan porque dejas que lo hagan".

De nuevo sentía furia en mi estómago y mi corazón. Era una furia que estaba visitándome con frecuencia. Furia, tensión o molestia eran las tres emociones que más sentía en los últimos días.

"Pero ¿cómo me dices que no me afecte? Yo me esforcé para trabajar en lo que

me gusta y crecer en la oficina. Hasta que llegaste tú, que ibas a ser mi gran oportunidad, pero resultaste ser mi ruina", le dije.

Julián mostró cierta molestia. "Parece que me culpas de todo lo que pasa", me dijo.

"Porque tú y yo somos distintos", le dije. "Tú no dejas que te afecte porque eres famoso y todos quieren estar cerca de ti. Por eso es más fácil que olviden tus escándalos. Pero ese no es mi caso".

"¿Entonces eso es lo que piensas?", me preguntó Julián. "¿Que los ignoro porque mi vida es más fácil que la tuya? Te equivocas terriblemente. Para mí es difícil superar esos problemas, tener que llegar a otro equipo y que me acepten. Crees que eres la única que se siente mal, y no es verdad".

"Pero dijiste que no te afecta".

Julián negó con su cabeza. "Dije que no debías dejar que afectaran tu vida".

Estaba hablando como si nada me importara. Culpaba a Julián, cuando yo tenía parte de responsabilidad sobre lo que había ocurrido. Los dos éramos los culpables de llegar a este punto. Pero la molestia era lo que me hacía expresarme de ese modo, y también la impotencia. Sentía que no podía hacer nada para mejorar mi vida. Y eso no me gustaba para nada. Había sido correcta en mi trabajo y en mi vida personal siempre, y ese escándalo en la prensa había acabado con esa trayectoria.

Julián rompió el silencio y empezó a hablar con molestia. "Me parece que no debo quedarme a tu lado mientras me culpas por todo. También tengo una carrera y una credibilidad que proteger. Haré algo para resolverlo, y cuando te sientas preparada para que conversemos para que planifiquemos cómo salir de esta, con madurez y valor, podremos hablar. Mientras tanto, me parece que debemos mantener la distancia, porque claramente no estás pensando con calma y eso no te permite que trabajemos como equipo para enfrentar esto juntos".

Se marchó en silencio. Él tenía toda la razón y no pude evitar que se quedara. Quería esparcir mi culpa cuando yo era responsable de mis actos. Cómo me gustaría que todo esto se borrara de un plumazo.

Mencionó la palabra equipo para referirse a nosotros. Solo él y yo.

*¿Eso quería decir que quería estar conmigo?, me pregunté. Pero surgió la respuesta en mi mente y caí de bruces en mi deprimente realidad. Aunque lo quisiera, quizás ya sea demasiado tarde.*

La silueta de Julián se alejaba. Era el segundo hombre en mi vida que me abandonaba en menos de un día. Y me dolía el alma.

# Capítulo 27: Julián

Me retiré de la playa con molestia. Estaba decidido a avanzar y olvidar a para siempre los tabloides y toda esa mierda. Había sido el equipo el que había solicitado que tuviera una gerente de relaciones públicas, no yo. Esa mujer había causado un efecto tan poderoso en mí que incluso me había hecho pensar en volver a tener una relación seria después de mi fracaso con Lucía. Pero Carla aparentemente no quería tener una relación, así que debía dejarla en paz. Había un silencio y un gran vacío en el estacionamiento. Solo estaban su auto y el mío.

Subí a mi auto y supe que no quería dejar todo atrás ni separarme de ella. Había sentido una hermosa conexión con ella y no quería perderla por los obstáculos del camino.

Quería a Carla. Yo no entendía por qué ella rechazaba el compromiso, pero la quería. Y su furia la hacía ver más sexy de lo que ya era, tan perversa y sensual, que me costaba controlarme. Era una sexualidad que no desbordaba con otras emociones. Solo cuando estaba furiosa.

Entonces decidí subir a su auto en vez de marcharme de la playa. Estaba abierto. Me escondí en el asiento trasero y noté que nadie podría verme.

Ella subió a su auto al cabo de unos pocos minutos. Abrió la puerta del conductor y entró. Iba a encender su auto, pero se arrepintió. Se reclinó y respiró profundamente, buscando una calma que aparentemente era esquivada.

"Carla", le dije, y ella se sobresaltó.

"Julián", me dijo sin aliento. "¿Qué carajo haces ahí? Casi me cago del susto".

Me levanté y acerqué mi rostro al suyo. "Quiero hacerte el amor aquí".

Su furia había calentado mi cuerpo y ahora la deseaba.

"Pero ¿qué te sucede?", me preguntó. "¿Discutimos y ahora quieres hacerme el amor?".

Contuvo la respiración y humedeció sus labios. Note que su piel se erizaba y parecía que ya éramos los dos los que queríamos hacerlo. Y su cara de furia

levantaba mi pene hambriento.

"Ven, cariño. Ya olvídate del caos".

Ella negó con su cabeza, pero el resto de su cuerpo parecía decir lo contrario. Parecía indecisa entre entregarse a mí o seguir negándose.

Moví más mi cabeza y la besé. Se sorprendió al principio, pero luego me besó. Probé el interior de su boca y sentí su dulce paladar. Posó sus brazos sobre mi cuello y entendí que ella también quería hacer el amor de inmediato.

"Mierda, Julián", dijo y separó sus labios. Salió del auto, golpeó la puerta y golpeó el auto varias veces como si aún estuviera enojada, y abrió la puerta trasera para ponerse a mi lado. La besé de nuevo y ahogué sus palabras.

Toqué una de sus tetas con mi mano y la acaricié a través de su sostén. Gimió varias veces. Buscó mi pene con su mano y sintió mi erección a través de mis pantalones. Sentí un deseo imparable de penetrarla allí mismo y oír sus gritos cerca de mis oídos.

Con mis dedos quise quitarle la blusa, pero se alejó un poco y miró el estacionamiento.

"No te preocupes. Aquí no hay nadie", le dije.

"No debemos salir en los tabloides otra vez", me dijo.

Asentí con la cabeza. "Tienes razón, pero nadie nos verá aquí. Te ayudaré a olvidar todo eso".

Dudó durante unos segundos, pero volvió a besarme. Empecé a desabrochar su camisa y llevé mis manos a su sostén, que se veía fenomenal en sus senos turgentes. Paró su beso y se quitó los pantalones: el espacio era tan reducido que yo no podía ayudarla.

Estaba ya casi desnuda frente a mí, salvo por sus ricas tetas, y llevé mi mano entre sus muslos y luego los subí a su vagina. Me animé a meter dos dedos en su vagina y estaba ya mojada, lista para mí. Yo también estaba empezando a sentir la tensión en mi cuerpo.

Llevó sus manos a mis pantalones, y desabrochó el botón. Toqueteó la cremallera, y luego liberó mi pene erecto. Movié sus dedos desde mis bolas hasta el glande, lentamente, sacándome gemidos infinitos de placer.

Sabía que debía cogerla rápidamente. Ya estaba lista para mí, con su vagina empapada, y yo también estaba listo, con mi pene erecto. Busqué un condón y me lo puse. Ella se puso sobre mis caderas rápidamente, seguramente también pensando que no había mucho tiempo. Mi pene entró en su vagina y me moví con frenesí. Se movía rítmicamente, buscando nuestro ritmo y sintiéndome completamente. Me besó con malicia y mordisqueó mi labio superior. Su atrevimiento me encantó. Para mí, estar con ella me producía placer, pero su compañía también me gustaba, y eso me facilitaba hacerle el amor. Además, con cada encuentro sexual me convencía de que ella sentía lo mismo.

De hecho, mi conexión con Carla era cada vez mejor, o al menos eso me parecía. En todo el tiempo que estuve con Lucía jamás había sentido eso, y ahora, a pesar del poco tiempo que tenía con Carla, sí lo sentía. Estar con ella me permitía saber que mi pasado había sido una cagada porque no había estado con la mujer correcta.

Con Carla sí sentía lo bueno de estar con alguien que valía la pena y que ella correspondiera en sentimientos y placer.

Pero Carla comenzó a moverse con más rapidez y rompió esos pensamientos. Iba hacia adelante y hacia atrás y luego volvía, haciéndome llegar a lo más profundo de su cuerpo. Era estupendo estar así con ella. Me encantaba poseerla donde fuera y en la posición que fuera. A fin de cuentas, lo que más me importaba era poseerla.

Aunque, hablando con sinceridad, tenerla sobre mí me gustaba bastante.

Carla iba cada vez más fuerte sobre mi pene. Estábamos incómodos, con nuestros cuerpos tocando los asientos y el techo del auto, pero eso no parecía importarle. Estaba casi adherida a mí, con sus manos en mi cuello, sus labios sobre los míos y mis manos sobre sus ricas tetas, erguidas para mí. Las toqué y las lamí. Mordí uno de sus pezones y ella gritó excitada.

Cualquiera podría vernos y tomarnos una foto que luego saldría en todos los diarios. Ella era consciente de ello, así que miraba la playa por momentos, pero siguió encima de mí, por lo que supe que aún no nos habían visto. Tendríamos problemas aún más graves si nos veían, pero ese temor de ser vistos le agregaba un ingrediente especial al sexo que lo hacía más placentero.

O quizás todo lo que sentía el placer de tener a Carla sobre mi pene, con sus

tetas rebotando en mi boca y su cara orgásmica. Era todo. Todo lo que ocurría me hacía sentir que era el mejor sexo que habíamos tenido.

Era una sensación que tenía cada vez que hacíamos el amor.

Ella gemía sin parar, lo que me llevó a buscar su clítoris. Pude moverme a pesar del pequeño espacio, toqué su clítoris, y ella se afianzó sobre mi pene, con movimientos rítmicos, por lo que podía sentir la fricción en su clítoris cada vez que iba hacia arriba y abajo con sus caderas.

Gemía y jadeaba con más ahínco cada vez, por lo que supe que su orgasmo estaba cerca. Sentí que pronto se vendría, con sus gemidos incesantes haciéndose cada vez más poderosos, con su vagina apretando mi pene y sus ojos cerrados. Allí estaba su boca dulce, abierta entre orgasmos y gemidos, y recordé a qué sabía y cómo se sentía. Me encantaba que su boca besara mi pene, pero no era el momento. Quería esos labios alrededor de mi polla alguna vez. Pero no ahora. Ahora mismo, sus caderas cabalgaban sobre mis bolas, con una excitación tremenda, y yo no quería interrumpirla.

Pensaba en ella y su expresión y mientras lo hacía, se vino. Lanzó un grito más largo y cayó sobre mí, agotada. Posó su cara sobre mi hombro mientras respiraba con intensidad. Apreté sus muslos y la empujé sobre mí para penetrarla con más fuerza y venirme yo también. Aún temblaba por su clímax. Podía ver cómo su cuerpo mantenía la tensión.

Se relajó. Estaba aún exhausta. Me miraba asombrada y trataba de recuperar el aliento. Su cabello era un desastre, cayendo sobre sus hombros y sus mejillas. A pesar de que solo estuvo encima de mí, se veía jodidamente sexy. Era la mujer más sexy que había visto en toda mi vida, sin duda alguna.

"Me encantó", le dije. Ella sonrió con complicidad. Su vagina latía sobre mi pene, con cada parte de su cuerpo sintiendo aún el orgasmo. Seguí moviendo sus caderas sobre mí, pero pausadamente, para darme algo de placer.

Debía empezar a buscar mi orgasmo. Tomé sus deliciosas caderas, pues ambos brazos sobre sus muslos y desde mi lugar me moví con fuerza dentro de ella. Le di poderosamente, gemía con cansancio y disfrutaba el placer que yo le daba.

Me sentí feliz de poder tenerla en esa posición, poseer su cuerpo y hacer lo que me provocara con él, Estaba encima de mí, pero eso era lo de menos.



Recordé mi fuerte entrenamiento y me alegré de mantenerme disciplinadamente de no haber faltado ni un solo día al gimnasio.

Carla gritaba cada vez con más fuerza, y verla así, jadeante y bajo mi dominio, acercaron mi orgasmo. Ya casi iba a venirme. Sentí cómo mi pene incrementaba su tamaño dentro de su vagina y mis bolas se tensaban. Apenas si podía moverse por su agotamiento. Eso me excitó más. Era la sensación que me hacía falta para completar el panorama de placer que ya tenía.

Me vine. Llevé mi pene hacia lo más profundo de su ser. Liberé todo mi semen en el condón. Ella gimió, gritó, jadeó incesantemente. Con mi orgasmo se precipitó su segundo orgasmo. Entonces sus gritos fueron más fuertes, su cuerpo experimentó una corriente de electricidad, y luego pudo calmarse paulatinamente, respirando con cierta calma.

"Julián... por Dios", me dijo, con una expresión salvaje en su cara.

Fui por sus tetas y me metí una en la boca. La besé y la mordisqueé, lo que la hizo gemir y temblar nuevamente.

Salí de su cuerpo y pudo relajarse por completo. Nuestros cuerpos quedaron juntos cuando la atraje hacia mí. La abracé mientras se calmaba y yo acariciaba su espalda y sus cabellos para que pudiera recuperar la normalidad de su cuerpo después de tanto placer.

Después de estar tranquila finalmente, me miró fijamente.

"Creo que ya debo vestirme", me dijo.

Asentí con la cabeza y se levantó. Cuando yo salí del auto, jadeé. Sentí una sensibilidad que no había sentido, una extraña sensación que al mismo tiempo era agradable. Me moví para que ella estuviera más cómoda y pudiera vestirse. Acomodó su ropa interior, se puso su blusa y sus pantalones. Yo también volví a ponerme mi ropa. Si no estuvieran nuestros cuerpos cansados y su cabello despeinado, pensaría que no habías tenido sexo.

La tensión entre nosotros, la misma de la discusión previa, había vuelto también. La miré, pero ella evadió mis ojos.

"Debemos irnos antes de que nos vean", me dijo. Como si vernos en esa situación pudiera empeorar una situación que ya era bastante grave. Salió de la parte trasera del auto y subió al asiento del conductor. Se sentó y esperó que

me fuera. No sabía qué pensar ni qué decir, así que callé.

Salí de su auto en absoluto silencio.

Carla por fin encendió su auto y se fue del estacionamiento. Nuevamente evitó mirarme.

Vi su auto mientras se alejaba en el horizonte. Fui hacia mi auto mientras sentía que ella todavía cabalgaba sobre mi pene. Mi cuerpo latía con el recuerdo de nuestro nuevo encuentro sexual.

# Capítulo 28: Carla

Me había acostado con Julián en vez de hacer todo lo posible para evitar que eso sucediera. Teníamos un escándalo en las portadas de todos los diarios y hacer el amor era el peor paso que podía dar. Debí negarme, pedirle que saliera del auto y quedarme sola mientras pasaba la tormenta

Pero no lo hice. Su sexy cuerpo me lo impidió. Además, su expresión facial añadía más placer y lujuria.

Hacerlo había sido un craso error, como todo lo que había pasado con él. Julián era el mejor error que había cometido en mi vida. ¿Pero qué quería decirme a mí misma con eso? ¿Había sido un error o no lo fue?

Simplemente no podía evitar sentirme atraída por él y el placer que me producía. Nunca un hombre me había hecho sentir tan feliz. Era imposible estar a su lado o no tener ganas de que me llevara a la cama. Era un problema para mí, porque tenía que poner límites y no lo había hecho, aunque me había esforzado.

Y no olvidaba que teníamos unos cuantos asuntos que resolver. Mi carrera y la mía estaban al borde de un despeñadero, y seguía siendo mi cliente. Lo hicimos en su auto, expuestos a la vista de todos, y si nos descubrían todo se pondría peor.

Pero sí sentía algo por él. Finalmente lo reconocí. Incluso en esa playa, con la posibilidad de que nos encontraran, lo supe. Lo supe aun cuando no quería meter a nadie más en mi complicada vida, quería estar con él por mucho tiempo.

Ya no podía renunciar a él ni sacarlo ni de mi vida.

Él seguía copando mi mente con la intensidad de su mirada y sus palabras fuertes. Aún tenía la sensación de sus labios sobre mis senos y la virilidad de su pene mientras trabajaba sobre él con mis caderas.

La sensación me hizo temblar y movió mis entrañas.

Recordé nuestros incómodos silencios y nuestras discusiones. En la playa estuvimos molestos y la química se había roto momentáneamente. Julián habló

como si yo no tuviera que hacer nada para arreglar los problemas porque todo se olvidaría, como si mi incipiente carrera fuese tan larga que pudiera soportar el peso de un escándalo gigantesco.

Para él era distinto. Era un jugador importante y el equipo quería mantenerlo. Mi trabajo consistía en evitar escándalos a partir de chismes o acusaciones infundadas. Pero yo ahora era la protagonista de los chismes.

Pero él parecía despreocupado por eso y me molesté bastante.

Me hubiera gustado llegar a algún acuerdo con él. Debíamos buscar la manera de llegar a algún punto sobre cómo lidiar con la prensa. No sabíamos cómo proceder. Eso era un problema más. Discutimos, y luego hicimos el amor, algo que yo no solía hacer. El éxito de mi carrera se debía a que siempre había trazado una estrategia y la había ejecutado.

Aunque eso también era cuestionable. ¿Por qué? Porque con Julián, mi primer cliente famoso, todo había salido mal por mi culpa.

Además de la distancia de Iván y mi vida personal hecha añicos.

Sonó el teléfono. Isabel estaba llamándome.

"Hola, Carla. ¿Cómo va todo?", me preguntó.

Era mi colega y conocía la respuesta. Había estado en una situación parecida a la mía hacía tiempo.

"Digamos que estoy... bien", le dije. "Tengo problemas para lidiar con Julián. Si no estamos peleando, estamos... tú sabes".

Isabel rió. "Lo sé, pero tienes que conversar con él con sinceridad y decirle qué sientes con todo esto que está pasando".

Agité mi cabeza. "Realmente no siento nada".

"De acuerdo...".

"No, Isabel. De verdad no siento nada".

Isabel suspiró. "Carla, déjame ser sincera contigo. Negar tus propios sentimientos no te ayudará a resolver tus problemas. Pasé por esa situación y creo que no es necesario que te recuerde lo que pasó entre Alberto y yo cuando empezamos nuestra relación".

"Para mí es distinto", le dije. "Yo creo que...".

"Lo niegas porque no quieres a nadie en tu vida", dijo para terminar mi frase. "Te entiendo porque tú misma me lo dijiste. ¿Pero qué pasa si de verdad sientes algo y te esfuerzas para negarlo? ¿Pasarás toda tu vida negándolo cuando las cosas son muy claras?".

"Es que no puedo hacerlo", le dije. "MI vida ya es un asco".

"¿Y? Pelear contra tus emociones no va a arreglarla".

Suspiré. Ella tenía razón. Negar mis emociones me haría sentir peor. ¿Pero qué pasaría si no tuviera tiempo para que funcionara con Julián? Estaba Iván, mi trabajo, mi carrera. Todos querían una parte de mi tiempo. ¿Y si Julián me impidiera cumplir mis compromisos? No. No podía darme ese lujo.

"Te repito que no puedo hacerlo", le dije. "Lo único que quiero ahora es solucionar lo que ya está mal y continuar con mi vida".

Isabel rió. Tuve curiosidad de saber qué le causaba gracia, pero no quise iniciar una discusión.

"Isabel, debo colgar", dije. "Te agradezco tu llamada y espero poder llamarte más tarde. ¿Te parece bien?".

Se despidió y volvía a suspirar. Quería a Julián y me convencí a mí misma de que ya no debía negarlo. Lo acepté, pero no quería contárselo a nadie más ni empezar una relación con él.

Ya había muchas cosas en mi vida como para agregar otra. MI trabajo, el asunto de la prensa e Iván, que ya ni siquiera estaba en mi casa. Pero debía seguir pendiente de él. Seguía siendo un desastre. ¿Cómo tendría tiempo para una relación?

Isabel tendría razón, si mi vida fuese como la de cualquier persona común y corriente, Julián también fuese un hombre común y corriente e Iván no actuase como un niño que necesitara cuidados de un adulto responsable. Entendía lo que me planteaba ella, pero había encontrado a su pareja ideal, un hombre que entendía que ella podía conservar parte de su independencia. Yo no sabía si Julián me permitiría hacer lo mismo.

E incluso si pudiera tener ese espacio, me costaba creer que podría funcionar en una relación. Yo tenía un sentido de independencia muy fuerte. Julián quería atención a toda hora y yo no podía dársela.

Mi celular repicó otra vez.

Respondí.

"¿Carla? Te habla Tatiana. Isabel me dio tu número. Espero que no te sientas molesta".

Agité la cabeza, aunque ella no podía notar mi reacción. "No, claro que no. ¿Cómo puedo ayudarte?".

"Bueno, en realidad no te llamo porque necesite tu ayuda. Solamente te llamé para que hablemos. También he tenido la desagradable experiencia de aparecer en internet y créeme, sé que es muy difícil de sobrellevar tanta presión".

Suspiré y me recliné en mi silla. "Me alegra saber que otras personas han vivido esta situación. Es bueno saber que puedo recibir apoyo. Es lo único que me alegra de todo este infierno.

"Definitivamente no estás sola", me dijo. "¿Sabes algo los problemas que teníamos Gustavo y yo antes de empezar a salir?".

"No, nada", le confesé.

Apenas si conocía a Tatiana porque era la novia de Gustavo, que era compañero de equipo de Julián.

"No queríamos que lo nuestro se supiera porque no estaba completamente segura de. Las razones de mi inseguridad son una larga historia. Lo importante es que nos esforzábamos para que nadie lo supiera, pero igualmente nos descubrían y salíamos en internet y en todos los diarios. Era un infierno para mí".

Me sentí identificada. "Lo sé", le dije. "¿Y qué hiciste después?".

"Gustavo fue quien me ayudó. Me dijo lo que sentía y ese fue el primer paso. Nos dimos cuenta de que sin importar lo que hiciéramos, siempre saldríamos en los tabloides. Serás famosa, aunque no lo quieras, pero no tienen que saber todo sobre ti y tampoco tiene que importarte. ¿Me entiendes?".

Sí entendía, pero era diferente para mí. Julián no me había confesado nada. Además, no había nada oscuro en mi personalidad que tuviera que esconder a la prensa.

"Sí, entiendo lo que dices, Tatiana", le dije. "Pero no quiero arruinar mi carrera. Lo que hice estuvo mal y lo lamento. Pero lo que está en mi juego es mi carrera y quiero mantenerla".

"Te entiendo", me dijo. "Y lamento lo que está pasándote, pero sí creo que Julián es un buen hombre y vale la pena luchar por él".

Le agradecí sus palabras educadas. Nuestra conversación se detuvo porque ya no había mucho que decir. Apenas si nos conocíamos. Adicionalmente, aún tenía trabajo que hacer... antes de que me despidieran.

Pero recordé una de las frases que dijo. Gustavo le había dicho lo que sentía por ella. Isabel me había dicho lo mismo, que tenía que expresarle a Julián lo que yo sentía por él.

¿Pero si no me atrevía a decírselo? ¿Si él no sentía lo mismo que yo? Tenía más miedo de esa posibilidad de que no lográramos que la relación funcionara. Además, los problemas de mi vida también me afectaban. En el fondo, tenía miedo a ser rechazada por él.

¿Eso quería decir que mis sentimientos por él eran más fuertes de lo que pensaba? ¿O que tenía miedo de arriesgarme? Había tanto conflicto en mi mente y era totalmente innecesario.

Para olvidar todo ese drama me concentré en mi trabajo, lo que realmente me permitía vivir y pagar las cuentas. Había trámites que hacer, correos electrónicos que no se enviarían solos. No tenía tiempo para la tragedia. Estaba quitándome tiempo y arrastrándome por un mar de emociones. Emociones que iban desde la preocupación por mi hermano Iván, pasaban por la preocupación por mi carrera y llegaban a la incertidumbre por mis sentimientos por Julián.

Isabel y Tatiana tenían razón. Debía expresar lo que sentía.

*Mierda.*

Odiaba saber eso. Pero ya lo sabía. Y debía hacer algo al respecto.

## Capítulo 29: Carla

Llamé a Iván y esperé ansiosamente su respuesta. El teléfono sonó durante un momento que pareció una eternidad, y estaba tan nerviosa que sudé como nunca antes lo había hecho.

Mi mente preparaba un discurso, pero él contestó su teléfono. Me sorprendió que respondiera, pues esperaba que ignorara mi llamada. Quizás me había borrado ya de sus contactos telefónicos.

"Soy yo", le dije.

"Sí. Lo sé".

Quizás esa era la razón de su demora para atender mi llamada: no sabía si hablar o no conmigo.

"¿Crees que podemos conversar?", le pregunté. "¿En persona? Quiero arreglar las cosas entre tú y yo, especialmente después de lo que pasó entre Julián y yo. Quiero que hablemos".

"¿Él también irá?", me preguntó Iván con un tono de molestia e incertidumbre.

"Puede que sí", le dije. "Creo que él también merece estar ahí. Después de todo, ustedes también tienen cosas que arreglar. Creo que sería bueno que conversemos los tres con sinceridad".

Iván se mantuvo en silencio tanto tiempo que pensé que había colgado y yo no me había dado cuenta.

"Bueno, por mí está bien", dijo finalmente cuando ya estaba a punto de preguntar si seguía al teléfono.

"¿De verdad?". "Vaya, te lo agradezco mucho". Esperaba que se negara, pero me alegró su respuesta positiva. "¿Vendrías esta noche a mi apartamento?".

"Sí. Espérame allí", me dijo Iván. "Pero iré solamente si me garantizas que puedo quedarme en tu apartamento. Tengo un problemita con la habitación en la que me he quedado estos días".

Suspiré con su información. "Iván, eres mi hermano gemelo, y aunque siempre tienes problemas y me cuesta cuidarte, siempre habrá un lugar aquí para ti.



Nunca lo olvides".

"Te lo agradezco, Carla", me dijo Iván. "No sabría si estarías dispuesta a recibirme".

"Nunca lo he dudado. Lo único que quiero es que estés bien".

Se mantuvo en silencio de nuevo. "¿Nos vemos esta noche?".

"Así es. Ya preparé tu cuarto. Llamaré a Julián para que llegue a las ocho. Puedes venir antes, desempacar tus cosas y vestirme para que hablemos a esa hora".

"Por supuesto. Estaré allí una hora antes", me dijo Iván.

Me animé un poco cuando terminé de conversar con él. Por fin sentía que las cosas iban por buen carril.

Iván volvía a casa y tenía toda la disposición de hablar con Julián y arreglar las cosas. Actuaba con más madurez de la que me imaginaba.

# Capítulo 30: Julián

Carla me sorprendió gratamente cuando me invitó a su casa. Su auto había sido el lugar donde habíamos tenido sexo la última vez, pero eso no me brindaba certezas sobre el futuro de nuestra relación. Había puesto tantas barreras entre nosotros que rechazaba mi afecto por ella. No sabía lo que sentía por mí, pero sí sabía que se esforzaba por negarlo.

Y también sabía que se entristecía por el hecho de que todo el mundo supiera lo que pasaba entre nosotros. Quizás por esa razón quería evitar seguir adelante conmigo. De hecho, intentaba culparme de todo.

A pesar de todo, no podía rechazar su invitación. Quería estar a su lado y escuchar lo que quería decirme, fuera lo que fuera. Me interesaba que estuviera bien, por lo que ese canal que se abría entre nosotros para hablar era importante.

Llamé un taxi para que me llevara y evitar que vieran mi auto cerca de su apartamento. Si tenía que evitar algo era precisamente que nos encontraran los periodistas, como habían hecho con Tatiana y Gustavo cuando empezaron a salir. Ya había suficiente mierda como para que nos arrojaran más.

El taxista tenía acento extranjero y no me reconoció. Gracias al sistema de localización del auto, no tuve que indicarle la dirección con tanta exactitud. Cuando me di cuenta, ya estaba tocando la puerta del apartamento de Carla. Eran las ocho en punto de la noche y hacía frío.

Estaba asustado, pero meforcé a tocar la puerta por segunda vez.

Lucía esbelta cuando me abrió la puerta y me invitó a pasar. La elegancia era una de sus características, pero esa noche lucía una blusa celeste que combinaba con sus ojos y la hacía ver aún más elegante. Había recogido su cabello hacia atrás y aplicado un suave maquillaje en su cara. Estaba vestida para mí. Lo sabía.

Lo interpreté como una invitación.

"Iván está aquí", me informó. Me abrazó amistosamente.

"¿Lo está?". Pensé que solo estaríamos ella y yo. Esperaba conversar con ella

sobre lo nuestro y llegar a un acuerdo, pero con su hermano molesto en su apartamento, no íbamos a poder conversar. Me pregunte de qué se trataba todo.

Di unos pasos y el olor a comida caliente refrescó mi nariz. Iván llegó a la sala y se sentó en el sofá. Me miró sin expresión alguna.

"Hola, Iván", le dije. Me miró, pero no dijo nada. No estuvo tan mal después de todo.

Carla fue a la cocina. Fue a terminar de cocinar. Había pasta, trozos de pollo y verduras. Fui tras ella.

"¿Quieres que te ayude?", le pregunté.

Ella negó con su cabeza y sonrió. "No es necesario. Ya casi está listo. Cenaremos pronto".

"¿Por qué no me avisaste? Tu hermano gemelo me detesta. Pero eso creo que ya lo sabes".

Carla agitó la cabeza. "Pensé que no vendrías si te contaba que él estaba conmigo".

Fruncí mi ceño. "¿Pero no pensaste preguntarme primero?".

Encogió sus hombros. "Le pregunté a él y estuvo de acuerdo en verte. Está aquí porque quiere estar aquí", me dijo.

"Lo que significa que le preguntaste a él si estaba de acuerdo, pero no a mí".

Me miró y sentí que me desafiaba con sus ojos.

"Ya te lo dije. No sabía si vendrías y sentí miedo. Es importante para mí, Julián".

Suspiré. También era importante para mí que confiara en mí y me contara antes de que yo viniera. De todas formas, habría venido, estuviera quien estuviera en su apartamento. Solo me hubiera gustado que me contara.

"Está listo. Pueden comer", dijo ella y llamó a Iván. Él entró en la cocina y se sirvió el primer plato, como si ella no estuviera ahí. Esperé que Carla se sirviera antes de tomar mi cena.

"Vaya, huele y se ve bien", dije cuando nos sentamos a la mesa del comedor. "Gracias por preparar esta rica cena".

Cenamos e Iván se mostraba molesto. Empezamos a conversar y él apenas soltaba algún monosílabo, mirándome con cierta molestia. Eran omentos incómodos.

"¿Te sucede algo conmigo?", le pregunté cuando me cansé de sus miradas. Ya había terminado de cenar, pero Iván no, aunque parecía estar lleno. Carla era la única que seguía comiendo.

"Sí", dijo. "Sí me sucede algo contigo".

"¿Y quieres decirnos qué es?", le preguntó Carla.

Iván suspiró con fuerza. "Lo que sucede es que me parece injusto que tengas tantos lujos y la pases bien cuando yo estoy tan jodido", me dijo.

Sus palabras fueron tan contundentes que no supe cómo responderle.

"Es muy injusto, pero tú no sentirás esa injusticia", me dijo. "Eres 'la celebridad', ¿no? Haces lo que te place porque lograste llegar a la cima, y luego casi desperdicias esa oportunidad que tuviste, pero yo no. Me das asco".

Interrumpí sus palabras. "¿De qué hablas? ¿Te molesta que haya seguido jugando después de lo que me paso o que haya decidido tomar la oportunidad que a ti no te dieron? No habrías podido jugar, aunque yo me hubiera negado a hacerlo".

"Julián...", me dijo Carla.

"Tranquil, Carla. Él tiene razón", dijo Iván. "Me molesta que yo no haya tenido esa oportunidad. Porque por esa razón mi vida se devastó, y eso solo le importa a Carla".

La charla estaba tornándose extraña y no entendía adónde llegaríamos.

"¿Qué quieres decirme?" Explícate mejor, le pedí.

Iván respiró con nerviosismo. "Que espero que me disculpes".

¿Estaba molesto, pero pedía disculpas?

"¿Cómo dices?", le pregunté.

"Por mi rabia convertí mi vida en un desastre", me dijo. "Y te culpé por ello. Supe lo de ustedes y quise odiarlos y responsabilizarlos por mi conducta, pero no pude hacerlo. Soy el responsable de mi vida. Soy yo el causante de todos mis males".

Me quedé estupefacto. Era una montaña rusa de emociones. Había pasado de la ira a la tristeza.

"Es todo lo que puedo decirle", le dijo Iván a Carla. "Pero, al fin y al cabo, era lo que querías".

Carla iba a responderle, pero Iván siguió hablando. "Iré a mi habitación. Creo que ustedes también tienen mucho que hablar. Se ven a escondidas, tratando de ocultar sus sentimientos. Eso me molesta".

Iván se giró en silencio.

"Te equivocas", le dijo Carla.

Miró, pero no sé dio la vuelta. "No cometas el mismo error que yo", le dijo. "No arruines algo antes de que empiece".

Se retiró a su cuarto y nos miramos en silencio. Ella estaba más asombrada que yo.

"Se abrió por completo, y eso, me gusta, aunque fue un poco indiscreto", le dije.

Carla asintió. "Esperaba que se desahogara, pero nunca espera tanta sinceridad de su parte", me dijo.

"Aparentemente, las personas son capaces de hacer y sentir más de lo que esperas", le dije.

Su rostro se volvió un huracán de ira.

"¿Qué carajo quieres decir?", me preguntó.

"Que crees que no siento nada especial por ti, pero ya deberías saber que no es así. También tú sientes algo especial por mí. ¿Por qué no me lo confiesas y avanzamos?".

"¿Y por qué más bien no dejas de decirme qué debo hacer o sentir?".

Agité mi cabeza. "Cuando te enojas luces bastante caliente", le dije.

Al parecer, eso la molestó más. "No te permitiré que digas cosas así. Deja de creer que puedes convencerme de hacer el amor cada vez que discutimos".

Negué con mi cabeza. "No, no quería que pensaras eso. Carla, lo único que quiero es que seas sincera".

"Bueno, no es mucho lo que puedo decirte. ¿Desearía tener algo serio contigo? Eso no importa. No puedo permitírmelo. Estoy bastante ocupada con Iván, y el ventilador de mierda sacudiendo mi carrera. Pensar en una relación no está en mis planes y nunca lo ha estado".

"¿Pero sí quieres tener pareja?, le pregunté.

Se quejó, pero era inútil. Sus palabras, aunque alteradas, demostraban que quería tener una relación de verdad.

"Mira, no eres la única que está bajo presión. Yo también lo estoy", le dije. "Tengo una fama que me acompaña desde siempre, y tu compañía ha dificultado mi trabajo. Aún no estoy completamente seguro de que pueda continuar jugando con todo lo que tengo encima. Yo también tendría problemas para empezar una relación".

"¿Quieres decirme que te gustaría tener una novia, pero no es el momento ni el lugar oportuno?", me preguntó Carla.

Asentí con la cabeza. "Puede que así sea. Puedes sentir muchas cosas, pero en ocasiones simplemente no se puede. Como dices, el momento adecuado".

Ella asintió y guardamos silencio. Terminó de comer. Recorrí su rostro con mis ojos, deteniéndome en su nariz, su linda boca, su excitante mandíbula. Era preciosa.

¿Estaba perdiéndola?

Debía tomar riesgos. Si no lo hacía, podría perder a Carla para siempre.

# Capítulo 31: Julián

"Creo que debería ser sincero contigo sobre las razones por las que quiero estar a tu lado, en vez de discutir sobre los motivos por los que deberíamos mantenernos alejados", le dije sin anestesia.

Carla se quedó congelada por mis palabras. Abrió su boca para responderme, pero la interrumpí.

"Carla, eres la mujer más hermosa que he conocido", le dije. "Lo digo no solo por tu exterior. Eres una gran mujer, compasiva, sincera y motivada. El mundo puede estar a punto de derrumbarse, pero tú te preocupas primero por los demás antes que, por ti, y eso me gusta. Y no te he dicho lo que más me gusta de ti".

"¿Qué es lo que más te gusta de mí?", me preguntó en voz baja. Había captado su atención.

"Lo que más me gusta de ti es que has despertado en mí las ganas de volver a amar. Me encanta la idea de pasar el resto de mi vida contigo. Jamás pensé que sentiría algo así después de lo que me hizo mi exnovia. Estaba bien con mi soltería, pero ahora quiero estar con una mujer y solo con una: tú. Quiero ser tu compañero y que tú seas mi compañera".

Se veía irritada. "¿Quieres ser mi compañero por lo que te hago sentir?".

"No," le dije, "aunque es una de las razones. Quiero estar contigo porque siento algo real por ti. Lo que siento por ti es amor. Te amo, Carla".

Se congeló de nuevo ante mis palabras. Fui hacia sus besos con suavidad y los besé mientras mi mano se posaba sobre su cuello. Ella recibió mi beso con timidez, como si tratara de convencerse de lo que sentía, pero unos segundos después sus labios se movían con más libertad.

Rodé mi silla para quedar más cerca de ella y quedó frente a mí. Inundo mi rostro con su aroma, ese perfume que hechizaba mi nariz. Así quería tenerla para siempre, cerca de mí, luego de comer juntos, con el sabor de su cena aún en nuestros labios, y su boca besándome solo a mí. Quería vivir eso el resto de mis días.

Sentía que ella me correspondería, que me daría todo su amor y no me abandonaría, porque no era ese tipo de persona. Mi corazón estaría seguro con ella.

"Quiero que seas mi mujer, Carla", dije mientras separaba mis labios de los suyos. "Olvida tus miedos. Te prometo que estaré a tu lado siempre y te amaré como mereces".

"De acuerdo", me dijo, con su hermosa cara llena de llanto.

Ya era la dueña de mi corazón. Una mujer tan perfecta como Carla estaba en mi vida y no iba a abandonarla. La amaba por su carácter, por estar dispuesta a luchar conmigo, y también porque era espectacular en el sexo. La amaba porque ella sabía que yo sería su esposo y nunca dejaría que el amor se acabara entre nosotros.

Le prometí estar a su lado y amarla y honraría esa promesa.

Era la primera vez que prometía algo tan grande, y también la primera vez que hablaba con tanta seriedad. Tenía todo a mi disposición para hacer todo bien, porque en poco tiempo, Carla había pasado a ser todo para mí.



## Capítulo 32: Carla

Con su rico beso sentí un tremendo estremecimiento en todo mi cuerpo. Mi vagina ya estaba empapada. Fue sincero y confesó sus sentimientos, y eso me excitó más de lo que sus palabras me habían excitado antes.

Yo no le había dicho que lo amaba, pero él lo sabía. Y quería demostrárselo.

Le pedí que fuéramos a mi cuarto y lo tomé de la mano. La habitación de Iván estaba cerrada, pero eso ya no me importaba. Podía oírnos, porque a fin de cuentas ese era mi apartamento y Julián era mi hombre, e iba a hacer lo que siempre había querido hacer.

Iba a hacerle el amor.

Entramos en mi dormitorio. Julián me empujó contra él y su abdomen chocó con mis pechos. Introdujo su lengua en mi boca y me besó con fuerza, sintiendo mi paladar y mi lengua necesitada de sus besos. Gemí varias veces.

Con sus dedos tocó una de mis tetas a través de mi sostén. Apretó uno de mis pezones, ya endurecidos por la excitación, y yo volví a gemir cuando lo apretó con mucha fuerza

Interrumpió su beso para subir mi blusa y yo levanté mis brazos para facilitarle el trabajo.

Luego me quitó el sostén y lo dejó caer al piso. Posé para él, con mi torso totalmente desnudo.

Acarició mis senos con sus manos y luego se llevó uno a su boca. Moví su cabeza con mis manos, moviéndola para que se deslizara entre mis dos senos y me diera más placer.

Levantó su cabeza y me besó de nuevo. Aproveché el movimiento para despojarlo de su camisa. Su pecho musculoso apareció frente a mí.

Entonces tomé su cinturón y se lo desabroché, y bajé la cremallera de sus pantalones. Con rapidez, pero también con suavidad, saqué su pene duro para besarlo. La suavidad de la piel de su pene contrastaba con la tela rugosa de su pantalón. Bajé sus pantalones y fui bajo sus bolas, quedando inclinada bajo su erección.

Puso sus dedos sobre mi cabello y presionó mi cabeza.

Abrí la boca para él.

Introdujo su rico pene entre mis labios. Lo chupé varias veces, hasta que pude abrir mi boca ampliamente para que entrara completamente. Esa noche su erección parecía más grande de lo habitual, quizás por la ansiedad o por lo que me había dicho sobre sus sentimientos.

Cubrí la base de su pene con mis dedos y con la otra mano trabajé en sus bolas. Las toqué, acariciándolas y sintiendo su tamaño. Sintió mis caricias y empezó a gemir. Mi cabeza iba arriba y abajo de su poderoso pene. Él hacía lo propio, metiendo y sacando esa gran erección de mi garganta.

Continuaba sujetando mi cabeza para indicarme cómo moverme, pero sin tanta fuerza. Yo sabía qué hacer.

Llevé su pene más profundo, lo que haría a muchas mujeres vomitar, pero a mí no me producía ninguna otra cosa que placer. Relajé mi boca y mi garganta y seguí chupando hasta donde su tamaño me lo permitía.

"Mierda, Carla", gritó.

Continúe chupando su pene, hasta que lo saqué para recuperar el aliento. Después de respirar varias veces, lo llevé con velocidad a mi garganta y él se estremeció.

Sacó su pene de mi boca rápidamente y empezó a masturbarse.

"Voy a acabar antes de penetrarte si no te detienes ya", me dijo, y me levantó. Besó mis labios por un segundo antes de alejarse un poco y caminar hacia atrás. Llegó a la cama.

Caímos sobre la cama y retrocedió otros dos pasos. Bajó sus pantalones y quedó desnudo. Su pene estaba más erecto que nunca. Se puso un condón en su gran erección. Abrí mis muslos, con la mayor expectativa.

Lanzó una breve mirada de malicia sobre mis ojos y fue hacia mi vagina. Lamió mi vagina con lentitud, desde la entrada hasta mi clítoris, ya húmedo. Grité, gemí y me moví son poder controlarme cuando su lengua insaciable pasó varias veces por mi clítoris y el frenesí se apoderaba de mí.

Cerró sus labios sobre mi clítoris y lo chupó. Otra vez los gritos salieron de mi garganta. Toqué su cabeza y sentí cómo se movía otra vez sobre mi vagina.

Me metió un dedo en la vagina y pudo sentir mi humedad. Me penetraba con ese dedo y con su boca me lamía, y esa combinación despertó otras ondas de placer en mí.

Metió más su dedo y aceleró mi clímax, cuando su lengua se posó sobre mi clítoris otra vez y sus dedos llegaron a mi punto G. Su dedo dentro de mí y su boca que seguía besándome me hicieron venirme. Mis caderas quedaron sobre sus dedos y me agité sobre su cabeza y sus dedos en mi piel.

No había bajado de él y mi orgasmo seguía en mi cuerpo, tensando mis músculos. Logré frenar mis temblores y recuperar la normalidad de mi respiración entrecortada. Entonces Julián sacó su dedo de mi cuerpo.

Siguió besándome encima de mi vagina, dejando besos en cada palmo de mi abdomen, mis costillas y mi ombligo. Lamió las curvas de mis pechos y finalmente llegó a mis labios. Mi cuerpo sentía electricidad.

Metió su lengua en mi boca, y sentí el sabor de mis jugos en la mía.

Gemí tres veces con la sensación.

Me lanzó sobre la cama y me metió el pene sin contemplaciones. Su pene pasó mi punto G y arrancó alaridos de placer. Me moví hacia adelante, hacia atrás, lo que hacía que se moviera dentro y fuera de mi vagina. Se apoyó en sus codos y mis tetas quedaron frente a su pecho. Movié sus caderas para impulsare y quedar dentro de mí con comodidad.

Iba sobre mi vagina con calma, y yo les respondí moviéndome también con lentitud. Luego aceleró su ritmo y sus caderas empezaron a moverse con más rapidez. Su pene estaba cada vez más tenso.

"Cómo me gusta cogerme tu vagina cuando está así de empapada por mí", dijo, azotándome ligeramente en el culo mientras me penetraba. A mí también me gustaba que me penetrara, y, sobre todo, cuando me azotaba las nalgas sin piedad. Decidí pedirle que me azotara otra vez.

"Julián, azótame por favor. Pégame más en el culo".

*Carajo.*

Me hizo caso. Me encantó sentir sus golpes en el culo.

Empezó a cogerme más fuerte, con su pene sacando sonidos al chocar con mi cuerpo y sus caderas llevando a mi cuerpo de un lado a otro de mi cama.

Podía oír mi respiración en su oído y sentir su pecho golpear placenteramente mis tetas. Podía sentir su golpe dentro y fuera de mi vagina, estremeciendo cada célula de mi cuerpo.

Sentí que mi mundo se reducía a su presencia, a su cuerpo dentro del mío, al placer infinito de mi orgasmo pasando por mi piel y ocupando todo su espacio.

Julián se retiró de mí y me molesté. Me giró y quedé con mi boca sobre las sábanas. Me llevó hasta la orilla de la cama y quedé parada sobre mis gelatinosas piernas. Puso su mano en mi espalda y me agaché, con mi culo esperándolo.

Sentí sus dedos en mi vagina otra vez y yo gemí otra vez, aunque sonó como un tímido susurro después de ser penetrada por su pene. Me metió su pene y cuando lo llevó a lo más profundo, no pude evitar gritar

Estaba en mi parte trasera. Para evitar que cayéramos, puso sus manos sobre mis caderas y clavó sus uñas en mi piel erizada. Me penetraba una y otra vez, cada vez más fuerte, más intenso. Mi cuerpo iba y venía, mis tetas rebotaban y mis gritos retumbaban en las paredes.

Tocó mi cuerpo y maniobró sobre mis tetas. Las apretó con fuerza y mantuvo sus manos en ellas, atrayéndome hacia su abdomen para empujar más y más dentro de mi vagina.

Grité una vez más al sentir su pene a punto de estallar y el sonido crudo de nuestros cuerpos encontrándose. Julián gruñó, y yo respondí con gemidos. ¿Iván estaría oyendo nuestro sexo? No lo sabía, pero el placer que me daba Julián con su cogida me hizo olvidar esa posibilidad velozmente. Julián me cogía y yo quería concentrarme.

Recorrió mi espalda con su mano y con la otra haló mis cabellos. Se aferró a él cerrando su puño y llevó mi cabeza hacia atrás. Quedé con mi espalda arqueada, por lo que mi culo sobresalía más para él.

Me excitó mucho estar en esa posición, porque sentí que él se ocupaba de todo. Me encantaba sentirme así cuando me penetraba. Ahora sentía de nuevo esa sensación mientras azotaba mi trasero y me penetraba.

"Esa es mi chica", dijo. "¿Puedo hacerte lo que me plazca?"

"Puedes hacerme lo que quieras cuando quieras", le dije.

Soltó mi cabello y su mano caminó por mi cuerpo. Buscó hasta que encontró mi clítoris.

Lo tocó, primero suavemente, y luego lo masajé hasta empezar a mover sus dedos con más rapidez. Gemí y después grité. Mi clítoris estaba ya sensible por mi primer orgasmo, y ahora la fricción en mi vagina se sentía con más poder, con su pene dentro de mí en lugar de sus dedos. Su pene y sus dedos me estremecían.

Me vine unos segundos después. Un orgasmo que rápidamente atravesó mi cuerpo desde los dedos de mis pies a mi cabeza y arrojaba ondas de calor a mi piel.

Mi cuerpo era una mezcla de calor y temblores. Ese orgasmo fue más poderoso, más profundo que el primero. Ahora mi universo se reducía a ese calor. El cansancio me venció, y caí de bruces sobre la cama, pero Julián todavía empujaba dentro de mi ser, y ese pene insaciable seguía cortando mi respiración y tensando mis muslos.

Supo que me había venido, y él fue aún más profundo. Grité sin parar, con su empujón subiendo el calor de mi cuerpo, y él apretó sus caderas dentro de mí, liberando su semen. Acabó y gimió, gruñó, levanto sus pies. Nunca había sentido una emoción tan íntima como la de venirme con él.

Terminó de liberar sus bolas y salió de mí, con lentitud y agotamiento. Solo podía mantenerme de pie por las manos de Julián sobre mis caderas. Mi respiración y mis brazos aún era un manojo de nervios.

Se alejó un poco de mí mientras se calmaba y yo traté de hacer lo propio.

Estaba tan exhausta que solo podía acostarme en la cama. Julián quedó a mi lado. Me llevó cerca de su cuerpo y buscó mantas para los dos. Se quedaría conmigo y pasaría el resto de la noche conmigo. Yo *deseaba* que se quedara.

Me abrazó amorosamente y con sus dedos acarició mis hombros y mis brazos. Pude sentir los sonidos de su corazón y su respiración cerca de mi cuello. Nunca me había sido tan feliz con alguien. Me había negado a estar con él y ser parte de su vida, pero ahora que sentía esto, supe que jamás renunciaría a él. Estaba escapando de una felicidad infinita. Ya no lo haría más. Pensé en él, y cerré mis ojos para disfrutar su aroma.

# Capítulo 33: Julián

Era lo que había querido. La felicidad que me daba estar en la cama con mi amada. Apagó la única luz encendida, la de su lámpara nocturna, y quedamos en una total oscuridad. Allí estábamos, juntos y abrazados, en el silencio de la noche. Su piel aún estaba caliente y podía escuchar su respiración sobre mi abdomen.

Giró y su cabeza quedó sobre mi brazo derecho. Yo también me giré y mi cuerpo quedó alrededor del suyo. No lo supe, pero rápidamente me quedé dormido.

Desperté a la mañana siguiente y su cara preciosa fue la imagen que inició mi día. Ella aún dormía y parecía un sueño hecho realidad. Se veía como una mujer más joven o tímida que cuando estaba despierta. Todo su rostro era un poema a la belleza, con sus labios perfectos y su cabello acariciando su rostro. Era maravillosa.

Despertó y sonrió. Se dio cuenta de que la miraba.

"Esto me gusta", me dijo.

"¿Qué te gusta?", le pregunté.

"Despertar a tu lado".

Sonreí y la besé con alegría.

"A mí también me gusta", le confesé.

Me abrazó. Nos quedamos en silencio.

"¿Iván estará de acuerdo?", le pregunté.

Carla negó con su cabeza. "Ya no me importa lo que piense. Este apartamento es mío, y quiero que formes parte de mi vida".

Reí con su respuesta. Era firme, algo que se oía extraño viniendo de una persona que había ocultado sus sentimientos a pesar de mi insistencia.

"Ya sé lo que haremos", dijo al cabo de un rato.

"¿De qué hablas?", le pregunté.

"Hablo de nosotros y la gente".

Me miró y empezó a hablar. "Necesito que te vistas y hables con todos los periodistas que puedas o emitas un comunicado de prensa. ¿Eres buena para eso?".

Asintió con su cabeza. "Por supuesto que sí, cariño. Ya lo he hecho y creo que soy buena en eso".

"Perfecto", le dije.

"Voy a escribirte un discurso y le pediré a los periodistas que vayan a tu gimnasio para que declares cuando termines de entrenar".

Me levanté y aprobé su idea. Por primera vez, nos bañamos juntos. Quería estar a su lado siempre. Estuvimos en el baño más tiempo de lo que cualquier pareja habría durado, y tuve mis manos sobre ella todo el tiempo, hasta que salí de su apartamento y regresé a mi casa. Carla escribiría mi discurso y debía vestirme elegante y relajarme para aparecer ante las cámaras.

Le pedí a Carla que escribiera las palabras que diría y me sentía tranquilo. Sentí que todo saldría perfecto. Era la primera vez que me sentía así. Carla sabía mejor que nadie lo que nos convenía. Me había aceptado en su vida y estábamos oficialmente juntos. Eso me convenció de que podía hacer todo lo que se propusiera y apoyarme.

Hablé con los periodistas en un auditorio de la Universidad del Llano. Ya un grupo de fotógrafos y reporteros me esperaba con micrófonos y cámaras en sus manos cerca del podio que estaba preparado para mí.

Fui hacia el podio y empezaron tomarme miles de fotos. Terminé de caminar y aclaré mi garganta para empezar a hablar.

"Es del conocimiento público que la señorita Carla Querales, la encargada de mis relaciones públicas y yo, hemos salido en las noticias. Tengo un anuncio que hacer. Carla y yo somos novios".

Tomaron más fotos cuando pronuncié esa frase. Me preguntaban por todos lados y acercaban los micrófonos a mi boca. Les pedí silencio para seguir hablando.

"Después responderé sus preguntas", les dije. "Carla y yo ya estábamos enamorados antes de que la información saliera en los diarios. Sentíamos que

no era el momento oportuno, porque queríamos estar seguro de lo que sentíamos antes de revelar los detalles, pero se publicó la información, y pensamos que ese anticipo era la puerta de entrada para oficializar nuestra relación. Si alguien de nuestro entorno o mis fanáticos se sintió molestos por las informaciones publicadas, les pido mis más sinceras disculpas".

Los periodistas continuaron haciendo una lluvia de preguntas, y decidí responder en lugar de tratar de callarlos.

"¿Cuál es la opinión de Carla sobre esta manera de informar tu relación?", me preguntó una mujer.

"Estamos felices de hacer pública la noticia sobre nuestra relación", le dije.

"¿Cómo afecta a tu carrera esta noticia?".

"Cualquier persona que esté enamorada sabe que hace las cosas mejor cuando la gente que ama está a su lado. Carla está a mi lado y seguirá estándolo todo el tiempo".

"¿Qué pasará con la carrera de Carla?", me preguntó otra periodista.

"Carla seguirá manejando mis relaciones públicas y quiere lo mejor para mí. Siempre lo ha querido. Creo que tiene claro que me parece la mejor gerente de relaciones públicas que un deportista profesional puede tener".

Se rieron de mis palabras y yo respondí con una sonrisa.

"¿La amas?", preguntó alguien. El silencio llenó el auditorio.

"La amo con todo mi ser", le dije sinceramente. Sentí que me liberaba de una inmensa carga. Los periódicos sensacionalistas tendrían algo de qué hablar por un tiempo, y me encantaba ser yo el que les diera esa información de ese modo.

Terminé la conferencia y Carla me esperaba en la parte trasera.

"Me encantó hacerlo", le dije. Besé sus labios.

"Escuché todo", dijo ella, feliz. "Gracias por dar la cara".

Quedó frente a mí.

"Déjame decirte una última cosa", me dijo mirándome a los ojos. "Yo también te amo".



Sonreí. Mi felicidad era genuina y grandiosa. Por primera vez me decía que me amaba y mi alma se alegró como nunca antes. Carla era la mujer de mis sueños, gentil, trabajadora y cariñosa. Además, tenía un sentido de independencia que le permitía conservar su personalidad, incluso conmigo a su lado. No sabíamos qué pasaría después, pero estaba convencido de que ella nunca cambiaría. Seguiría siendo la misma de siempre. Eso me alegraba.

Carla y yo salimos con Alberto e Isabel esa noche a cenar en El Tren, un restaurante de comida oriental que estaba de moda. Carla lucía elegante, como de costumbre, ahora con un pequeño vestido de un tenue negro y unos tacones altos que hacían que sus piernas parecieran no tener fin. Yo usaba un traje.

Alberto e Isabel también lucían muy elegantes. Isabel llevaba un vestido rojo que se ceñía a su cuerpo y su cabello negro estaba suelto. Alberto usaba un traje similar al mío.

Nos sentamos a la mesa que habíamos reservado.

Había un buen ambiente y muchos comensales. Amaba a Carla. Ella también me amaba. Me lo recordaba cada vez que me miraba. Alberto e Isabel sonreían con nuestras miradas.

"Pronunciar esas palabras en público fue impresionante", dijo Isabel después de que pedimos vino. "hay que ser muy valiente".

Alberto asintió. "Así es. Ser famoso es algo muy difícil de manejar".

"Ni me lo recuerdes", le dije. "Pero esta vez me siento bien. No creo haber sentido esa emoción nunca. Le debo esa felicidad a Carla".

La miré y tomé su mano.

"Es buena en su campo", me dijo Isabel. Ella también era gerente de relaciones públicas, así que sabía lo que se sentía en ese ambiente. Tener amigos que hubieran pasado por lo mismo y pudieran transmitirte tus experiencias era relajante.

"Pero ahora debes prepararte", me dijo Isabel. "Ya todos saben que son novios, pero tus fanáticos siempre querrán verte caer o que algo salga mal. A la gente le gusta el sufrimiento de los demás. Es triste que cualquier cosa que suceda puede ser motivo de chismes".

"¿Qué significa eso?", le preguntó Carla.

Alberto suspiró. "Que debes separar lo público de lo privado. Puede que tu mundo personal se derrumbe, pero cuando estés en público debes sonreír y aparentar que todo está bien".

Carla me miró. Sabía que sería difícil de manejar, pero lo lograríamos. Las dificultades habían curtido nuestra piel y nuestro carácter. De todos modos, si dejábamos en casa nuestros problemas, como dijo Alberto, sería más fácil para ambos.

"Te agradezco esa estupenda recomendación", dijo Carla.

Isabel asintió. "Sí, es bueno saber qué esperar. Fue muy difícil para mí al principio, porque me costaba lidiar con los fotógrafos en todos lados. Por eso te sugiero que mantengas tu vida personal en secreto. Si tienes que hacer algo público, tómate tu tiempo, y así tendrás tiempo para ti, para prepararte emocionalmente".

Vi a Carla mientras Isabel hablaba. Yo ya estaba acostumbrado a los periodistas, pero no dejaría de ser difícil. Y más para ella, pues apenas estaba llegando a este mundo.

"Podremos lidiar con los escándalos, sobre todo si son como el que se produjo con las fotos del hotel", dijo. Me miró y sonrió. Yo también sonreí. Sabía que hablaba con ánimo, con el deseo de que todo estuviera bien, y eso era lo que me importaba. Estábamos listos para hacerle frente a las circunstancias.

La pasamos de lo mejor con nuestros amigos. Sentí que estaba en mi espacio, jugando con los Tigres. Nos había costado subir por la cuesta tan empinada, pero ahora tenía buenos amigos, un equipo al que pertenecía, y una mujer que valía oro. ¿Vendrían cosas fuertes? No lo sabía, pero sabía que podíamos resolverlo. Estábamos juntos, teníamos nuestras carreras y nuestros amigos estaban ahí para avanzar.

Salimos de Rojo y ya era tarde. Fuimos a mi casa, porque mi intención era pedirle a Carla que viviera conmigo, que dejara a su hermano en su apartamento. Pero no lo haría todavía. Por ahora, estar con ella me bastaba para ser feliz.

Entonces sonó el teléfono de Carla.

"¿Sucede algo, amor?", le pregunté. Si su celular sonaba era para notificar

algún escándalo. Al menos había sido así las últimas semanas. Esperaba que esta vez fuese diferente y tuviésemos tiempo para estar bien.

"Salió un artículo sobre tu comunicado de prensa", me dijo Carla. Lo leyó en su pantalla y yo la miré tratando de descifrar su expresión. "Es bueno".

"¿En serio?", le pregunté.

Ella asintió y me sonrió. Tocó mi pierna y lucía contenta. "Sí. Es muy bueno".

Fuimos a casa, y su teléfono recibía notificaciones sobre nosotros. Todas eran buenas opiniones y comentarios de simpatía. Carla las leyó todas a medida que llegaban. Había tantos que luego eligió los mejores para leérmelos. Había una opinión mayoritaria entre los fanáticos de mi equipo: estaban felices por nosotros.

Se sentían felices de que yo pudiera renacer en el amor después de la vida tormentosa que había llevado, mi fracaso en el amor y la tortura por mi suspensión. Además, Carla les parecía buena persona. También hablaban sobre mi talento en la cancha, mi aporte al equipo y lo bien que Carla y yo nos veíamos como pareja. Otros escribían sobre lo felices que estaban por nuestro esfuerzo para sobreponernos a las dificultades. Otros decían que esperaban ver a Carla en mis juegos, donde sabíamos que los periodistas le tomarían miles de fotos.

Cuando llegamos a casa ya todos habían hablado sobre lo nuestro.

"Me encanta ver las respuestas positivas de la gente. No las esperaba", dijo Carla cuando fuimos a la cama. "Es bueno que la gente pueda identificarse con nosotros".

"Sí, lo sé", le respondí. "Es raro sentir esto después de recibir críticas duras durante toda la temporada y a estar acostumbrado a la lluvia de mierda cayendo sobre mí".

Carla me abrazó y luego se separó. "Espero que te acostumbres pronto. Estoy seguro de que las cosas están cambiando para bien. Se sienten felices por nosotros".

"Así es. Después de la tormenta bien la calma", le dije.

Carla asintió. "Sí, lo sé. Y aunque vuelva otra tormenta, nos tendremos el uno al otro".

Tenía toda la razón. Ya la charla había terminado. Empecé a desnudarla con desesperación. Tenía otra cosa en mente, y nos involucraba a los dos, acostados en mi cama.

# Epílogo

*Carla*

## *Un año después*

El primer partido de la temporada siempre era más ensordecedor que el resto y los aficionados se animaban más. Los Tigres de Ciudad del Parque jugaban como locales contra los Cohetes del Norte. Iván y yo estábamos en el palco preferencial, preparados para ver el juego.

Este juego despertó mis recuerdos. Los Cohetes habían jugado contra los Tigres hacía un año, la atmósfera era distinta, pero nuestra relación estaba a punto de empezar. Las cosas habían cambiado, estábamos en Ciudad del Parque, y Julián y yo teníamos un año de relación. Peor los recuerdos seguían ahí, recordándome todo lo que vivimos y sufrimos juntos.

"Cuánta emoción tiene esta gente", me dijo Iván. Asentí y lo miré. Era un hombre distinto, con ropa nueva y su cabello recién cortado. También había recortado su barba.

Julián y yo habíamos empezado a vivir juntos unos tres meses después de que oficializáramos nuestra relación. Iván se quedaría en mi apartamento, de acuerdo a lo que acordamos. Se encargaría de mantener todo en orden a un precio muy bajo, pero debía cuidarse y permanecer sobrio. Teníamos el deseo de que consiguiera un trabajo de medio tiempo o con sueldo mínimo y ayudara con las cuentas del apartamento.

Me sorprendió. Fue más allá. Retomó sus estudios universitarios y obtuvo un título de Administración, con honores, mientras trabajaba como camarero a tiempo parcial. Una vez que se graduó, se postuló para ocupar el puesto de gerente en el lugar donde había estado trabajando mientras finalizaba sus estudios. Lo contrataron de inmediato. Había convencido a sus jefes con su profesionalismo y esfuerzo. Iván era el encargado del local mientras los dueños estaban de viaje. Además, estaba en el proceso de alquilarme mi apartamento.

Se había forjado un presente por sus propios medios y eso me hacía inmensamente feliz. Era un hombre renovado. Estaba lejos del alcohol y las drogas. Quería mantenerse en pie y había vuelto de las cenizas. Yo sabía que su camino tampoco había sido fácil y me alegraba que hubiera podido encontrar su pasión.

El juego terminaba, y yo volví a concentrarme en los últimos minutos. Julián jugó todo el partido y anotó más de veinte puntos. Su estado físico era excelente, y su equipo contaba con él. Ya era un Tigre. Los fanáticos lo amaban y querían verlo jugar siempre.

Miguel Lucena ya era parte de otro equipo, los Detectives del Oeste. Ya era parte del pasado. Solo sabíamos de él cuando veíamos los resúmenes de los juegos. Y los antecedentes de Julián también habían quedado atrás, aunque yo era consciente de que en algunos momentos emergería. Si eres famoso, tu pasado nunca te abandona definitivamente. Pero al menos ya no lo perjudicaba ni le impedía estar bien consigo mismo. ¿Qué más le hacía falta a un hombre para ser feliz?

El partido llegó a la mitad. Hubo una pausa para el descanso y la charla de los entrenadores con los jugadores. Los Tigres ganaban por paliza. Los Cohetes volverían a su casa humillados.

Julián entró solo en la cancha. Las luces lo iluminaron.

"¿Qué sucede?", le pregunté a Iván.

Solo se encogió de hombros. Sin embargo, sonreía con emoción.

"Carla e Iván Querales, me gustaría que, por favor, bajaran a la cancha", dijo Julián, con su voz sonando en los altavoces del estadio.

"Vaya. ¿Qué carajo sucede?", le pregunté.

Iván encogió sus hombros de nuevo. "No tengo idea. Mejor bajemos. Todos nos ven con incertidumbre".

Respiré con nerviosismo. Iván empezó a bajar y yo fui detrás de él. Bajamos por los pasillos y llegamos al túnel que llevaba a la cancha. La cancha era brillante, y cuando Julián me vio, una sonrisa atravesó su cara. Había tanta iluminación que apenas pude ver su cara. Tampoco podía ver a ninguno de los fanáticos. Nada me intimidaba, después de todo.

"Antes que nada, quiero premiar a Iván con la camiseta de mi equipo, los Tigres de Ciudad del Parque. El mejor equipo de la liga".

Levantó una camiseta del equipo. Detrás estaba su nombre y su número. Los aplausos me hicieron sentir que quedaría sorda. Iván le agradeció a Julián y se puso la camiseta. Giró, señaló el número y los aplausos volvieron a retumbar en el estadio.

"¿Por qué no me dijiste que harías esto?", le pregunté a Julián.

Se limitó a sonreír. "Espera un momento y lo verás, nena".

Volvió a hablar con el micrófono mientras una suave música empezó a sonar. Por un momento pensé que interpretaría alguna canción romántica para mí, pero luego se arrodilló frente a mí. Casi me desmayo.

"Por todos los cielos", dije, aplaudiendo con las manos en mi boca y conteniendo mis lágrimas. Todos empezaron a gritar y aplaudir.

"Carla Querales, eres el amor de mi vida y lo sabes", dijo Julián en el micrófono. "¿Me harías el honor de casarte conmigo?". Una pequeña caja de terciopelo negro estaba en sus manos.

Todos me miraban y esperaban mi respuesta. Los gritos anteriores se habían convertido en un silencio estremecedor. Los periodistas empezaron a tomarme fotos. Nunca había visto una propuesta con tanta magia. Y yo sabía que responderle.

Le quité el micrófono y respondí. "¡Sí! ¡Acepto!".

La multitud explotó en aplausos y saltos. Julián sacó el anillo de la caja y lo puso en mi dedo. El diamante era tan grande que casi se me sale del dedo. Lloraba y reía, al igual que los aficionados, y Julián se levantó. Quedó frente a mí, me levantó del suelo, me giró sobre la cancha y atrapó mis labios con un beso.

Reaccioné y recobré el sentido de la realidad. Estaba mareada de felicidad y mareada por su giro frenético. Su cara también estaba inundada de alegría.

"Tú lo sabías", le dije a Iván.

Iván rió y confirmó mi sospecha. "Sí, y me siento feliz de que ahora tengo otro hermano", me dijo.

Abrazó a Julián con fuerza. Se dieron fuertes palmadas en sus espaldas.

"No quisiera interrumpir este momento de felicidad, pero debo volver a la cancha y ganar este juego", dijo Julián mientras me besaba otra vez. "Pero nos veremos después y organizaremos la boda".

Me guiñó su ojo derecho.

Salimos de la cancha y la multitud seguía aplaudiendo a rabiar. Fuimos a nuestros asientos, y en el camino sentí que caminaba entre las nubes.

Gustavo, Tatiana, Alberto e Isabel llegaron para felicitarnos. Enrique estaba con ellos y lloraba sin parar.

"Me alegra verte tan feliz", me dijo Isabel mientras me abrazaba.

"¡Estoy sumamente feliz!", le dije. "Jamás pensé que el amor me haría tan feliz".

"Ahora sabes lo que se siente", me dijo. "Yo ya te lo había dicho. Deberías escucharme con más frecuencia. Soy tu mejor amiga y sé qué es lo mejor para ti".

"Después de esto, te aseguro que lo haré", le dije.

Nuestro equipo ganó. Fue una paliza. Debieron haber sido piadosos y parar el juego durante el entretiempo. Los Cohetes no habrían podido remontar una desventaja de cincuenta puntos, aunque lo intentaran.

"Debo irme", me informó Iván. "Me siento exhausto y mañana temprano debo trabajar".

Asentí y lo abracé.

"Felicitaciones, hermana gemela", me dijo Iván. "Me alegro mucho por ti. Julián es un buen tipo y te hará muy feliz".

Sonreí y le agradecí. Mi hermano gemelo tenía razón: Julián era un gran tipo. El mejor que había podido conocer.

Fui al vestuario de los jugadores, donde tomaban una ducha y se vestían cuando el partido terminaba. Esperé afuera. Salieron de uno en uno y me felicitaban, poniendo besos en mis mejillas y dándome efusivos abrazos. Sentía que todos éramos parte de una familia que crecía.

Julián no apareció, así que toqué la puerta y pasé.



"Ahí estás", dije, y entré. Solo quedaba él en los vestuarios. Fui a la puerta y la cerré con llave.

Julián sonrió por lo que había hecho. Anticipaba lo que vendría.

"Estaba buscándote. Me costó encontrarte", le dije.

Fui hacia él y besé sus labios. Abrazó mi cuerpo y besó mi boca, yendo por el fondo de mi garganta. Su aroma a jabón y champú me atrapó. Allí estaba ya su erección tocando mi cadera. Caminé por su cuerpo con mis manos, palpando cada centímetro de su exquisita musculatura.

Gimió y subí mi camisa, bajé parte del sostén y saqué uno de mis senos para él. Ya eran suyos para siempre. Atrapó mi seno con su boca y lo chupó. Después lo mordió ligeramente, sacándome varios gemidos que salieron de lo más profundo de mi alma. Mi cabeza quedó ligeramente inclinada hacia atrás. Esperé lo que me haría después.

Besaba mis senos con frenesí y sus dedos llegaron a mis pantalones. Tocó mis caderas con suavidad y luego las apretó. Me encantó esa sensación que me produjo mientras me desnudaba. Retrocedió ligeramente para poder terminar lo que estaba haciendo, mientras yo bajaba sus pantalones y sujetaba su pene.

Me masturbé esperando la acción. Sus ojos estaban bien abiertos y su boca se deshacía entre gemidos de placer.

Fui hacia mis piernas y notamos mis jugos en mi vagina y mi clítoris. Se excitó tanto al ver esa imagen que me llevó atrás. Quedé pegada a la pared. Se puso rápidamente un condón y yo me quité mis zapatos, expectante.

Saqué mis pantalones y Julián tocó mis muslos con fuerza. Quedé atrapada entre la pared y su cuerpo. Su pene estaba frente a mi vagina. Con mi mano, lo ayudé a penetrarme. Él empujó con potencia.

Un grito de placer salió de mis entrañas cuando lo sentí dentro de mí.

Me penetraba con velocidad, a diferencia de otras veces, cuando había empezado lentamente. Eso me facilitó las cosas. Empujó con velocidad dentro de mí desde el principio. Me cogió duro, veloz, con perversión animal. Así me gustaba más. Solía llevarme a casa, hacerme el amor románticamente. Pero ahora quería cogerme, sin piedad, y yo quería que sintiera cada parte de mi vagina con esa fuerza salvaje que estaba poseyéndolo.

Continuó cogiéndome y yo continué gimiendo, sintiendo espasmos cada vez más frecuentes. Se fijó en mi mirada y sentí que mi orgasmo se acercaba. Me penetraba con ímpetu, con virilidad, y no podía controlar mis gritos. El eco de las duchas y el amplio espacio entre cada baño hacía que los gritos se oyeran en todo el vestuario.

Pero ya no importaba que nos descubrieran. Podrían oírme y ese grito solo les haría saber que nos amábamos y hacer el amor en un vestuario era nuestra forma de celebrarlo. Nadie debía escandalizarse por eso.

Cerré mis ojos y dejé de pensar cuando me vine. Un orgasmo viajó por mi cuerpo, tensando mis músculos. Grité su nombre, tomé su camisa con mis puños y lo acerqué a mí. Julián también se vino. Derramó su semen en mi interior, liberándose mientras yo lo atraía hacia mis tetas. Nos habíamos venido juntos, otra vez, y cada vez que eso pasaba fortalecía nuestro amor y me provocaba un éxtasis cada vez más celestial.

Julián gruñó cuando notó que pude recuperar mi respiración y relajar mis músculos. Bajó mi pierna y subí mis pantalones. Estaba presentable otra vez. Él también se vistió.

Me besó y posó sus dedos en mi mandíbula con amor.

"Vayamos a nuestra casa", me dijo. "Podemos terminar esto como debe ser".

Asentí con mi cabeza. Extendió su mano para tomar la mía y llevó su bolso a su hombro. Tomé su mano y abrí la puerta con mi mano libre. Caminamos por el pasillo y fuimos a casa. Un futuro brillante nos esperaba.

*Fin*